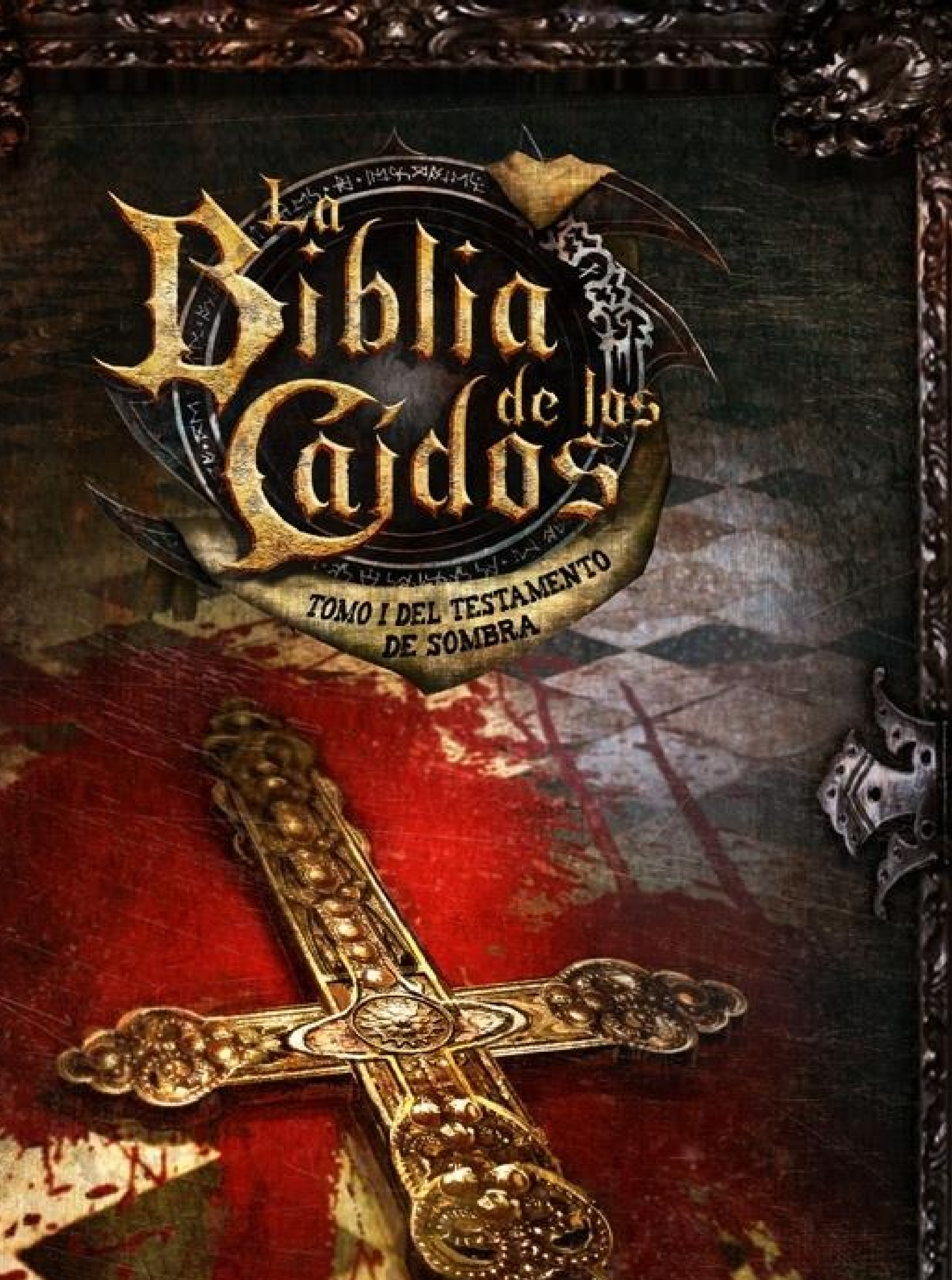


FERNANDO TRUJIL

El mundo cuenta con un lado oculto, una cara sobrenatural que nos susurra, que se intuye, pero que muy pocos perciben.

La mayoría de la gente no es consciente de ese lado paranormal… ni de sus riesgos.

A veces la gente se topa con esos peligros y desespera, se atemoriza, y no sabe qué hacer ni a quién recurrir. Pero no todo está perdido…

Dicen que en Madrid reposa una iglesia muy antigua, cuyo origen es desconocido. Allí, en su interior, frente a una cruz de piedra tallada en la pared, se puede alzar una plegaria.

También dicen que aquel que no tiene alma la escuchará, y si la fortuna acompaña, el ruego será atendido. Pero exigirá un elevado precio por sus servicios, uno que no todo el mundo está dispuesto a pagar. Mejor será asegurarse de que se quiere contar con él antes de recitar la plegaria. Eso es lo que dicen.

Fernando Trujillo Sanz

Tomo 1 del Testamento de Sombra

La Biblia de los Caídos - 1

ePub r1.0
XcUiDi 15.12.15

Título original: *Tomo 1 del Testamento de Sombra*
Fernando Trujillo Sanz, 2011

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2


La Biblia de los Caídos
TOMO I DEL TESTAMENTO
DE SOMBRA

TESTAMENTO DE SOMBRA

Tomo 1

Habrá quien opine que las andanzas de un asesino no merecen ser incluidas en estas crónicas. Pero solo yo, que poseo una visión global, estoy en disposición de saber qué acontecimientos deben ser narrados. Y la historia del vampiro llamado Sombra tendrá el hueco que le corresponde.

Es mi deber advertir que no es posible leer el presente tomo sin conocer los hechos narrados en el Tomo 0 de La Biblia de los Caídos, el origen de estás crónicas y el punto de partida de toda esta historia.

Aquí comienza la historia de Sombra, el asesino.

RAMSEY



1

—Suelta ese crucifijo, anormal —gruñó Julio, lanzando un zarpazo a las manos de su compañero.

Óscar retrocedió para esquivar el golpe mientras aferraba con más fuerza la cruz de plata que había robado en una iglesia poco antes de acudir allí. Era grande, pesada y estaba recargada con profusión de detalles ornamentales.

—Nunca he visto a un vampiro —dijo con un leve temblor en la voz—. Tener un crucifijo me da confianza.

Julio carraspeó. El sonido rebotó entre las paredes curvadas del andén. Eran las tres de la madrugada y la estación de metro de San Bernardo estaba desierta.

—No eres creyente —se burló—. No te servirá de nada. Pero no temas, los vampiros no beben sangre de idiotas. Tengo entendido que les produce diarrea. Se cagan patas abajo.

Óscar no se dejó provocar ni desvió la atención de las manos de su compañero. Sabía que esperaba una oportunidad para arrebatarle la cruz. Julio podía ser muy molesto cuando se aburría. En el último trabajo que les encargaron, les tocó escoltar a una de las chicas del jefe. Tuvieron que esperar en el coche cerca de cuatro horas mientras la mujer se probaba toda la ropa de un centro comercial. Julio no paró de incordiarle con cualquier pretexto. Y ahora, en aquel solitario andén, no había mucho que hacer.

Además, él sí tenía miedo. No podía admitirlo abiertamente porque eso no ofrecía una buena imagen en alguien de su profesión. Se supone que nada puede asustar a un matón a sueldo, y normalmente ese era el caso, pero no esta vez, no cuando se trataba de un…

—¡Cerrad el pico de una vez! ¡Los dos! —Gruñó Emilio, el jefe.

Los dos guardaespaldas obedecieron. Irguieron sus musculosos cuerpos y aguardaron. En eso invertían la mayor parte del tiempo, en esperar. Emilio era un jefe

razonable, quizás demasiado para ser el cabecilla de una red de tráfico de drogas que introducía toda clase de sustancias ilegales en Madrid. Hablaba mucho. En opinión de Óscar, Emilio sobreestimaba el poder de la palabra y la conversación, lo cual dejaba poco lugar para la acción intimidatoria, que era la especialidad de los dos guardaespaldas. Como consecuencia, tenían bastante tiempo libre, que Óscar invertía en el gimnasio. Curiosamente, ahora que daba menos palizas a los morosos, estaba más fuerte que nunca. Qué desperdicio.

En cambio, con su anterior jefe, las cosas eran muy diferentes. Allí cuando alguien se pasaba de la raya, Óscar se encargaba de señalarle al insensato su error, de un modo doloroso, por supuesto, porque si no, se corría el riesgo de que el pobre infeliz no aprendiera la lección.

—No creo que venga —dijo Julio—. En cualquier caso, sea o no un vampiro, es un impuntual.

Emilio consultó el reloj.

—Esperaremos —dijo el jefe—. Su reputación es intachable. Es el mejor, nunca falla, y siempre cumple su palabra. Si se ha comprometido a venir, vendrá.

Óscar se preguntó cómo el jefe sabía tanto del vampiro. No es que figurara en las páginas amarillas, precisamente, aunque en realidad, ningún asesino a sueldo lo hacía.

Julio se había ofrecido para hacer el trabajo él mismo, asegurando que entre él y Óscar podrían liquidar al objetivo sin problemas. Óscar se puso bastante nervioso cuando se enteró del atrevimiento de su estúpido compañero, que por supuesto no había contado con su opinión antes de abrir la bocaza. Por fortuna, Emilio era un hombre sensato y desestimó la oferta, les aseguró que ya tenía al hombre indicado para el trabajo. Óscar suspiró aliviado. Una cosa era proteger al jefe por la calle, intimidar a algún camello que se pasara de la raya, y dar alguna que otra paliza a quien se retrasara en un pago, pero matar a una persona, asesinarla a sangre fría, era algo muy diferente. Hacen falta algo más que músculos para lograrlo; es necesario talento, inteligencia, y otras cualidades que seguro que Julio no tenía. Tal vez el bocazas de su compañero podría liquidar a un delincuente vulgar, en la calle, a solas y sin un plan complejo. Pero se trataba de matar a un juez y de eso solo puede ocuparse un profesional.

Óscar consiguió mantener la compostura cuando Emilio les dijo que iba a contratar a un vampiro. No sonrió ni frunció el ceño, ni preguntó si había oído bien. Por el contrario, se mantuvo serio y esperó a que el jefe explicara que había sido una broma.

Pero no lo era.

Óscar había oído rumores en las calles sobre vampiros, demonios y otras criaturas. Estupideces. La gente dice cualquier cosa cuando está drogada o para asustar a los demás. También se hablaba de fantasmas, ángeles y toda clase de figuras sobrenaturales muy poco originales. Incluso oyó una vez una leyenda sobre un

hombre que no tenía alma. Menuda basura. Óscar se estaba cansando de lidiar con tanta chusma en su trabajo, a veces incluso a pesar del dinero que ganaba. Estaba ahorrando y calculaba que en un par de años, o tal vez tres, podría salir de aquel asqueroso mundo.

Sin embargo, su jefe sí creía en esas historias, al menos, en los vampiros. Cuando les explicó que tenía a un asesino infalible y que se trataba del reputado Sombra, Óscar no pudo evitar sorprenderse. Aquel nombre le sonaba, estaba seguro de que lo había oído antes y en más de una ocasión. La incertidumbre de no recordar más datos le llevó a robar el crucifijo, por si acaso.

Julio le dio una patada a una lata abollada, que fue rodando con un molesto chirrido hasta caer en las vías del metro. Dos ratas salieron corriendo entre los raíles.

—¿No puedes estarte quieto? —le reprendió el jefe.

Julio se encogió de hombros.

—A lo mejor el ruido asusta a los vampiros.

Un periódico que descansaba sobre un banco se elevó en el aire y osciló en un baile lento y pausado. El panel electrónico que mostraba el nombre de la estación parpadeó. De la oscura boca del túnel surgió humo, tal vez niebla. El aire susurró.

—La verdad es que el ruido no nos asusta. —Se giraron. Había un hombre justo detrás de Julio, con una sonrisa turbia en la cara—. Lo cierto es que los que asustamos somos nosotros.

Julio dio un paso atrás, sobresaltado. El recién llegado era un hombre bien parecido, de cabello castaño, un poco más largo de lo que dictaba la moda, pero que le confería cierto aire rebelde y atractivo. Calzaba unas llamativas deportivas de color rojo, vaqueros gastados y una camisa de cuadros por fuera del pantalón, formando un conjunto muy informal. Medía metro ochenta, más o menos, y aunque no estaba ni la mitad de fuerte que los fornidos guardaespaldas de Emilio, se adivinaba cierto tono muscular y bien proporcionado.

—Tú debes de ser Sombra —dijo Emilio.

—El mismo —confirmó el asesino—. Mis disculpas por el retraso. Otro asunto reclamaba mi atención.

Se movía con aire despreocupado, despacio, pero sin dejar de pasear. A Óscar le llamó la atención que tuviera la piel bronceada, le había imaginado tan pálido como una hoja de papel. A pesar de que fuera un vampiro y un asesino implacable, su aspecto no le impresionó. No aparentaba más de treinta años, pocos para un auténtico profesional, a menos, claro, que de verdad fuera inmortal. Lo cierto era que contemplarle estaba disipando sus miedos, empezaba a creer que no se trataba de un vampiro.

—Tengo un trabajo para ti. —El jefe chasqueó los dedos.

Óscar sacó un sobre con documentación y se lo tendió a Sombra, pero la atención del vampiro se había dirigido a otra parte.

—Bonita cruz —dijo. Alargó la mano y acarició los bordes plateados con el dedo

índice—. Es una cruz presbiteriana. Su diseño está basado en las cruces celtas medievales de Irlanda y Gran Bretaña. Representa una doctrina protestante del siglo XVI, una opción religiosa interesante.

—Yo no… —Óscar se quedó momentáneamente sin palabras—. ¿No te desagrada?

—¿A mí? —se extrañó el vampiro—. Yo tengo tres, de oro.

—¿Podemos centrarnos en los negocios? —dijo Emilio.

—Desde luego. —Sombra tomó el sobre y extrajo la documentación. La repasó con mucha rapidez, un par de segundos por página—. Un juez… No es una petición habitual.

—¿Ya has leído todo el informe? —preguntó Óscar un tanto asombrado.

—Leo muy deprisa —aseguró Sombra.

Óscar no le creyó. Estaba claro que era un fanfarrón. Sintió el impulso de preguntarle algún dato concreto para desenmascararle, pero supuso que al jefe no le gustaría la idea. El vampiro retomó sus andares tranquilos, deslizándose entre ellos, silencioso, echando algún vistazo esporádico a las páginas del informe.

—¿Algún problema? —quiso saber el jefe.

—En absoluto —contestó Sombra—. Entiendo que este caballero ha interferido en tus negocios y quieres librarte de él.

—Tu tarea es matar y los motivos no te interesan —dijo Emilio—. O al menos eso es lo que dicen de ti. Eso y que nunca fallas.

El vampiro se detuvo. Quedó de espaldas a ellos, mirando las vías del metro.

—Puedes estar seguro de que yo no fallo jamás. La pregunta era por simple curiosidad profesional.

Emilio suspiró.

—Es un juez muy testarudo. No quiere aceptar un soborno y eso que le he ofrecido una cantidad más que razonable… Es una de esas personas con moral, no las soporto. Ha encarcelado a varios miembros de mi organización y se ha convertido en una amenaza para mi red de tráfico de drogas. Lo quiero muerto. Si eres tan bueno como se dice, puedes fijar el precio que te convenga.

—Ya veo. Es una gran oferta, sin duda —dijo Sombra aún mirando a la oscuridad del túnel—. Claro que asesinar a un juez no será fácil. Provocará una investigación…

—¿Y eso qué más te da? —le interrumpió Óscar—. ¿No eres un vampiro?

—Lo soy —dijo Sombra sin volverse.

—Entonces no tendrás problemas en matarle —siguió Óscar—. A no ser que te hayas inventado esa chorrada para cobrar más pasta y dar miedo a los demás.

Sombra se volvió, le miró directamente a los ojos.

—¿Te doy miedo?

Óscar dejó la cruz en el suelo y sacó su pistola.

—No. Y no creo que seas un vampiro —dijo mientras le apuntaba directamente al pecho—. Más bien eres un fantoche.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Julio. Su forzudo compañero retrocedió un paso.

—Guarda el arma —le ordenó el jefe.

Óscar no obedeció.

—¿Por qué? Si es un vampiro de verdad, la bala no le hará nada. ¿No es así?

Sombra empezó a andar hacia él, con una sonrisa encogida en los labios. Se acercaba despacio, zigzagueando.

—Cierto, una bala no puede detenerme.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Julio.

—No lo hagas —insistió el jefe.

El vampiro se acercó más, siempre mirando directamente a Óscar.

—Quieres apretar el gatillo, ¿verdad? Lo veo en tus ojos. —Sombra comenzó a caminar en círculos alrededor de Óscar, que mantenía el cañón apuntándole en todo momento—. Tienes dudas, deseas dispararme y averiguar si de verdad soy o no un vampiro. Suponías que el crucifijo te protegería de mí, pero has comprobado que no y eso te ha puesto nervioso.

Sombra aceleró un poco el paso, estrechando un poco el círculo con cada vuelta. Julio y Emilio le pedían a Óscar que bajara el arma, pero el guardaespaldas no les hacía caso.

—¡Retrocede! —gritó Óscar. Una gota de sudor resbaló por la mejilla. La pistola empezó a temblar en sus manos—. Dispararé, te lo advierto.

El asesino aumentó la velocidad.

—Veo que eres un hombre muy fuerte y musculoso. Si no soy un vampiro, no deberías necesitar esa pistola para reducirme. Como puedes ver, estoy desarmado. —Sombra sacudió su camisa de cuadros para hacer patente que no ocultaba nada. Siguió girando. Pasaba delante de Julio y Emilio cada vez más rápido, siempre bajo la amenaza del cañón de Óscar—. Pero no guardas la pistola. El miedo te domina.

Óscar estiró un poco el brazo. Ahora la pistola estaba a menos de un palmo del pecho de Sombra. La mano le temblaba.

—¡Te he dicho que retrocedas!

—¿Por qué iba a hacerlo? La bala no puede conmigo. Vamos, dispara y compruébalo. No me pasará nada.

—¡Baja el arma, imbécil! —gritó Julio.

—¡Dejad de dar vueltas! —ordenó Emilio.

Sin detener su movimiento alrededor de Óscar, Sombra separó los brazos y colocó su pecho a un centímetro escaso del cañón de la pistola.

—Así, justo en el corazón —dijo. El guardaespaldas, que continuaba girando al ritmo de Sombra para mantenerle encañonado, empezó a sentirse confuso y mareado—. Mantén el pulso, no tiembles tanto. Mucho mejor así… Ahora dispara, acabemos con esto.

—¡Tú te lo has buscado!

—Hazlo —dijo Sombra, con suavidad, casi en un susurro—. No seas cobarde, vence tu miedo. ¡Dispara!

Sombra sonrió y mostró los colmillos. Se inclinó un poco hacia delante.

Óscar apretó el gatillo. Un disparo atronador resonó en el andén y quedó ahogado por la punzada de un gemido. El corazón de Óscar latía descontrolado. Cuando su mano temblorosa se abrió, la pistola humeante rebotó contra el suelo.

—¿Qué has hecho? —gritó Emilio.

Óscar aún no lo entendía. Hacía un instante que Sombra le provocaba delante de él, rozando la pistola con el pecho, y de repente ya no estaba.

—Te dije que no me pasaría nada —susurró el vampiro al oído de Óscar, desde su espalda.

Emilio se agachó junto a Julio, que yacía en el suelo con una mancha oscura que empapaba su jersey. El disparo le había alcanzado en el cuello. Intentaba hablar, pero solo emitía sonidos incomprensibles, asfixiados por las pequeñas burbujas rojas que emanaban de sus labios.

—¡Maldito estúpido! —Gruñó Emilio—. ¡Te ordené guardar el arma!

Julio convulsionó y le salió un borbotón de sangre por la boca. La cabeza cayó inerte sobre su hombro.

Óscar estaba horrorizado. No podía creer lo que había hecho. Había matado a una persona y todo por culpa de ese asqueroso…

Un golpe le obligó a doblar la rodilla. Su brazo se retorció hacia atrás y el codo crujió con un dolor insoportable. Sombra apareció de nuevo ante él, con los colmillos extendidos, blancos y afilados, hermosos, terribles. Le mordió en el hombro del brazo que había mantenido ileso. Óscar aulló. Después sintió un corte en el vientre. Cayó al suelo y notó algo húmedo y caliente que resbalaba hacia las piernas.

Vio las zapatillas rojas de Sombra alejándose, despacio y sin prisa.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Emilio, alarmado, desenfundando su arma.

—¿Otra pistola? —El vampiro avanzaba tranquilo y despreocupado.

—¡Ya basta! Le has dado su merecido a ese estúpido. —Emilio le apuntó—. El trato sigue en pie. El juez…

Óscar solo consiguió ver un borrón. El vampiro se colocó sobre el jefe en un movimiento apenas perceptible. Con un mordisco le arrancó de cuajo la mano que sostenía el arma. Emilio abrió la boca y los ojos en una máscara de estupor ante la visión del muñón sanguinolento. Se tambaleó hasta caer de rodillas. La sangre manaba abundantemente, derramándose sobre el sucio suelo del andén.

El vampiro escupió la mano que aún sostenía la pistola. Su mandíbula estaba manchada de rojo. Se agachó sobre Emilio y clavó los colmillos en el cuello. Los ojos de Emilio apuntaron directamente a Óscar mientras el vampiro sorbía con ansiedad. El muñón se agitaba descontrolado, regando el suelo de sangre.

Después de varios segundos eternos, Sombra soltó el cuerpo de Emilio, que se desplomó sobre un charco purpúreo.

—¿Por… qué? —preguntó Óscar agonizando.

El vampiro se acercó hacia él.

—No estoy interesado en el trato —dijo Sombra—. El dinero no era el problema, como habrás podido deducir. No quiero matar a ese juez. Y la verdad es que no quiero que nadie lo haga.

Puso su mano alrededor del cuello de Óscar y levantó un poco la cabeza para que pudiera verle mejor.

—Pero… eres un asesino… a sueldo —murmuró el indefenso guardaespaldas.

—Lo soy, pero este caso es diferente. Verás, ese juez que queríais que matara es mi hermano.

Óscar palideció.

—Tu… reputación…

—¡Oh, eso! Tampoco es un problema. Hay dos formas de mantener una reputación intachable. La primera es no fallar nunca, algo que se me da bastante bien. La segunda es para situaciones como esta. Cuando no cumplo con lo que se espera de mí, nadie sale con vida y así no pueden ensuciar mi fama, ni extender rumores que alejen a posibles clientes. Lo entiendes, ¿verdad?

Claro que lo entendía y demasiado bien.

—Piedad… Puedo unirme a ti… convertirme.

El vampiro acarició su barbilla. Abrió la boca, como previendo un sabroso placer, y un rojo brillante goteó de sus colmillos.

—Otra oferta interesante —dijo con gesto reflexivo—. Desgraciadamente para ti, eres demasiado feo para ser vampiro. Se requiere cierto estilo. Además, la conversión es prácticamente imposible. Eso de que solo basta con morder es un mito, como las cruces. Lo que por cierto me recuerda… Toma, sostenlo. —Sombra tomó el crucifijo y lo colocó en el regazo del moribundo—. Tal vez te proporcione algún consuelo.

Lo último que Óscar vio fueron dos afilados colmillos cayendo implacables sobre él, y lo último que sintió fueron dos punzadas atroces en el cuello.

Después, todo fue frío y oscuridad. Ninguna luz, como siempre había creído.



2

Saltar la tapia del cementerio resultó más complicado de lo que Pablo esperaba. Ya no era ningún jovenzuelo.

Resbaló por el muro de piedra y aterrizó en mala postura, se torció el tobillo.

—¡Qué asco de trabajo! —farfulló.

Caía una lluvia suave, fina, de esas que lo empapan todo. La pálida luz de la luna se fundía con el resplandor amarillento y artificial de las farolas, creando tonalidades deprimentes.

Pablo masajeó el tobillo. Le dolía, pero no parecía nada serio, no estaba inflamado. Se levantó, acomodó la mochila que llevaba a la espalda y estudió el muro de nuevo. No era muy alto, casi alcanzaba la parte de arriba con un salto. El problema era él, su sobrepeso, los más de cincuenta años que tenía que alzar hasta el otro lado y la ausencia total de ejercicio físico en las últimas décadas.

Encontró un punto mejor para la escalada, un poco a la derecha, fuera del haz de luz derramado por la farola. Encajó el pie derecho en un pequeño socavón y trepó hasta tocar la parte de arriba con las manos. El agua resbalaba por la piedra y caía incesante sobre él. Palpó con las manos hasta encontrar un agarradero firme. Cuando por fin estuvo sentado sobre la tapia, se había quedado sin aliento, y tuvo que permanecer allí unos minutos recuperándose.

Al caer en el lado del cementerio, le atravesó un aguijonazo en el tobillo. Maldijo.

Pablo avanzó entre las tumbas con cuidado de no tropezar, alumbrando el resbaladizo camino con una linterna. Estaba muy oscuro. La noche difuminaba los contornos de las cruces y las lápidas que le rodeaban. La lluvia tintineaba en los charcos. Al pasar junto a un árbol, Pablo escuchó un débil aleteo.

La mochila cada vez pesaba más, obligándole a caminar encorvado. Se alegró de arrojarla al suelo en cuanto llegó a su destino. Estaba en un pequeño montículo cercado por arbustos, con una cruz de madera clavada en la parte más elevada.

Pablo sacó la pala de la mochila. Retiró su cabello hacia atrás y se secó la frente lo mejor que pudo. Empezó a cavar. Enterró la punta de la pala y luego la pisó con fuerza. Retiró una paletada de barro arrojándola a un lado. El principio fue bastante fácil, pero la tierra estaba cada vez más dura. El agua seguía cayendo en su espalda, mezclándose con el sudor. Pablo tenía frío.

La pala se partió. El mango, hecho de madera, se quebró bajo aquella presión incesante. Pablo tuvo que arrodillarse y seguir cavando con la plancha metálica, el agujero aún estaba a la mitad. Pronto, Pablo estuvo cubierto de barro y con los dedos doloridos.

—¡Qué asco de trabajo!

Algo más tarde se detuvo. Ya no podía más. Le ardían sus manos de oficinista, acomodadas al manejo de un bolígrafo o un ratón y poco más. La lluvia y el frío no hacían sino empeorarlo todo.

Pablo examinó el agujero, cerró un ojo y sopesó. Tal vez fuera suficiente. Sacó la caja de plata de la mochila y la arrastró hasta el agujero. Demasiado pequeño, una de las esquinas sobresalía demasiado. Tendría que cavar más. La madre que…

—Tranquilo, ya estoy aquí.

Pablo se sobresaltó al oír una voz justo detrás de su oreja. Resbaló, cayó de lado, rodó hasta quedar boca arriba con el agua salpicando su cara.

Un hombre le contemplaba arropado por las sombras. El pelo mojado le caía sobre el rostro. A Pablo le llamó la atención que no tuviera una sola mota de barro en sus playeras azules.

—¿Sombra? —preguntó Pablo.

—Ese soy yo —contestó el vampiro.

Pablo se sentó con dificultad y, con mayor esfuerzo aún, se levantó. Se había puesto perdido de barro.

—Iba a dejarte toda la información necesaria según el protocolo que me han explicado —dijo Pablo—. Tenemos un objetivo que queremos que elimines.

Sombra asintió. Caminó sobre el barro sin dejar huellas ni mancharse. Sacó la caja de plata del agujero.

—Hay mucho trabajo últimamente —dijo distraído. Acarició la cerradura de la caja, que se abrió con un chasquido—. Vayamos bajo ese árbol. Es molesto leer bajo la lluvia.

Pablo le siguió. Se sintió torpe enterrando los pies en el barro mientras el vampiro se deslizaba sobre él. No caía agua bajo las ramas, alguna gota suelta a lo sumo, pero tampoco había un resquicio para la luz. Pablo apenas distinguía el rostro de Sombra, no estaba seguro de si le miraba directamente, y por supuesto, no podía ver su expresión.

Oía las hojas pasando, doblándose, deslizándose unas sobre otras. Le impresionó que Sombra pudiera leer en la oscuridad.

—Una información muy completa —dijo el vampiro—. Me gusta, te confiere un

aire profesional. Te felicito, es una presentación impecable. ¿Quién requiere mis servicios con tanta diligencia?

—Mi jefe desea permanecer en el anonimato —contestó Pablo.

—Y yo deseo justo lo contrario.

Pablo se removió incómodo. Seguía empapado y el frío le estaba provocando una leve tiritona.

—No es eso lo que dicen de ti. Se supone que solo necesitas la información de la víctima.

—No creas todos los rumores que corren por ahí.

La silueta del vampiro permanecía inmóvil, apenas perceptible en las tinieblas.

—¿En serio? También dicen que nunca fallas —apuntó Pablo.

—Eso sí es cierto.

—Me alegro, porque te hemos escogido por tu reputación. Nadie mejor que tú para matar.

—Ya veo. En honor a la verdad, te diré que normalmente no indago sobre quién me contrata porque no es asunto mío ni me importan sus motivos. Eso es así para matar escoria normal y corriente.

—Entiendo que con escoria te refieres a seres humanos.

—Con algunas excepciones, pero veo que captas la idea. —El vampiro se acercó un poco. Pablo se mantuvo en su sitio, sin disimular el malestar que sentía por el dolor de sus manos y el tobillo torcido. Sombra no llegó a tocarle—. Matar seres humanos, normales y corrientes, no supone ninguna complicación, tiene su precio y punto. Pero este objetivo es muy distinto y no me cabe duda de que lo sabes.

—Lo sé. —Pablo frotó su mano derecha. Un hilillo de sangre manó de un pequeño corte y resbaló por su muñeca—. Pero la identidad de mi jefe no es relevante para que des muerte a la víctima.

Sombra dio otro paso, silencioso, y se quedó a un palmo escaso de la cara de Pablo.

—Eso lo decidiré yo. Tengo mis normas —susurró—. Veo que tiemblas. No, no te defiendas. Sé que es por el frío y tal vez por el esfuerzo de cargar con ese cuerpo tan gordo. Hay que cuidarse, Pablito. —El vampiro se desplazó con pasos laterales, rodeando a Pablo en círculo y confundiéndose con las tinieblas. La lluvia seguía cayendo sobre el árbol—. También veo que no tienes miedo, aquí, a solas conmigo, con un vampiro, un depredador, un asesino. Y en un cementerio. Qué curioso.

Pablo esperó a que Sombra estuviera a su espalda para hablar.

—Tu reputación me protege. Soy un cliente.

—Mientes. —El vampiro completó el círculo, se detuvo ante él—. Tus ojos te delatan, incluso en la oscuridad, sin apenas poder verme. Tu voz, tu respiración, todo encaja. No tiene nada que ver con mi reputación. Realmente no sientes miedo. La razón es obvia. Ya has tratado con vampiros antes. ¿Me equivoco? No lo creo. Como poco, estás al corriente del lado sobrenatural del mundo, como dirían los humanos. —

Pablo no respondió. Sombra retomó sus desplazamientos circulares—. Por eso quiero conocer a tu jefe. Sé que solo eres un peón. No aprecio en ti cualidades más allá de las humanas, no puedes ser un vampiro o un hombre lobo, por ejemplo. Al principio pensé que eras un mago, pero lo descarté en seguida. Ningún mago descuidaría de esa manera su forma física. Tu jefe es muy listo al utilizarte, está ocultando su identidad al enviarte a ti. Eso me desagrada y no es bueno que pierda mi buen humor, Pablito.

—Si no vas a aceptar el trabajo, mejor me marcho —repuso Pablo—. Estoy empapado y tengo frío. No puedo revelar la identidad de mi jefe.

—Lo voy a aceptar, siento curiosidad —aseguró el vampiro—. Y es un auténtico reto. Pero tengo que asegurarme de que no estoy trabajando para un ángel. Me dan asco, como podrás imaginar.

—¿No te basta saber quién es el objetivo para deducir que no puede ser un ángel?

—Lo cierto es que sí, pero tenía que desquitarme. En general, me gusta que la gente sepa por qué la destripo. Es una manía mía. Pasemos al asunto del precio.

—El importe está especificado en los documentos. Es muy elevado. Seguro que supera el de tus anteriores contratos.

Sombra agitó los papeles en su mano.

—Me parece una cantidad decente… para el primer pago —dijo el vampiro—. Quiero el doble. Seguro que tu enigmático jefe te ha autorizado a negociar las cuestiones económicas.

—Es demasiado.

—¿Esa es toda tu argumentación? —Sombra le miró, se pasó la mano por su largo flequillo—. Bien pues yo digo que no lo es. Te toca. Vamos, muéstrate elocuente.

—Puedo incrementar el importe hasta llegar a…

—¡Mal! —le interrumpió el asesino—. Has cedido demasiado rápido. Así no se negocia, Pablito. No eres tan bueno como pensaba. Oh, lo sé, el dinero no es tan importante. Eso es lo que delata tu actitud. Podrías pagar más. Tu jefe solo quiere que me contrates, estabas predispuesto a rendirte.

—Eso no es cierto. Yo…

—Y ahora vuelves a mentir. Ya deberías saber que no puedes. Esto abre una línea de pensamiento interesante. ¿Contaría con ello tu jefe? ¿Sabría que yo leería tus intenciones? De ser así, estoy justo donde él quiere que esté. Claro que también puede ser irrelevante. ¿Tú qué opinas?

Pablo se sintió un poco desconcertado.

—Pues yo…

—No importa —le volvió a cortar Sombra—. No puedes saber si tu jefe te utiliza o no, no lo intentes. Claro que yo en tu lugar me aseguraría para futuros encargos.

El vampiro se paró delante de Pablo e inclinó levemente la cabeza. Tenía algo en las manos que Pablo no podía ver en la oscuridad.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó Pablo.

—Casi —respondió Sombra—. No te robaré mucho más tiempo, Pablito. Me caes bien. Otros mensajeros que han venido a contratarme han montado toda clase de espectáculos desagradables. Alguno hasta se ha meado encima. Un asco. Pero tú te has comportado muy bien, muy digno, sin titubear. Tu jefe puede estar orgulloso. Y tu mujer también. Has cumplido con tu trabajo a la perfección. Incluso tu hija, Natalia, debería saber lo bien que se ha portado su papá. —Pablo palideció. El vampiro siguió hablando—. Esa preciosa niña de diez años debería presumir en el colegio del magnífico padre que tiene, de cómo se enfrenta incluso con un vampiro. Claro que a lo mejor los demás niños no la creen y le pegan. Podrían desfigurarle ese bello rostro, con esos ojos verdes tan grandes. Las desgracias ocurren. Su autoestima se resentiría y ya no sacaría tan buenas notas, ni se le daría tan bien la pintura. Aunque si te soy sincero, ese último cuadro que pintó, el del barco pirata, es una bazofia. Los colores…

—¡Ya basta! —Esta vez fue Pablo el que le interrumpió con la voz quebrada por el miedo—. ¿Cómo puedes saber todo eso de mi familia? ¡Nunca nos habíamos visto!

—Tranquilo, Pablito. No hay que gritar en los cementerios, despertarás a los muertos. Lo he sabido del mismo modo que he sabido tu nombre.

Pablo cayó en la cuenta de que no se había presentado. Pero eso le daba lo mismo, tenía que averiguar si su familia corría algún peligro. Su jefe le había dejado bien claro que eso era imposible. Sin embargo, el vampiro conocía detalles privados acerca de su mujer y su hija.

—¿Cómo has sabido todo eso? —repitió forzándose a hablar en tono bajo.

—Mucho mejor así. Pensé que un hombre tan bien informado como tú lo sabría. Verás, algunos vampiros, como yo, podemos leer la mente. Es un talento poco habitual, que solo dominamos unos cuantos privilegiados.

—¿Qué?… No tenía ni idea… No… No me…

—Relájate, Pablito, calma. —Sombra se situó junto a él y le pasó la mano por los hombros—. Respira hondo… Eso es, ya está… Una bromita de nada y casi te da un ataque. Espero que me perdones. La verdad es que no puedo leer la mente, ni ningún vampiro que yo sepa, claro que yo no le sé todo. El caso es que te robé la cartera. —Sombra la agitó en el aire. Pablo se apresuró a cogerla y examinar su interior—. No te he robado el dinero si es lo que te preocupa. Unas fotos muy bonitas, por cierto. La de tu hija pintando el cuadro es la que más me gusta.

—¡Maldito hijo de…!

El vampiro le agarró la muñeca y la retorció. Pablo cayó al suelo de rodillas.

—Cuidadito, Pablo. No tengo hambre, pero no me provoques. —Le sacó a rastras de debajo del árbol y le arrojó al suelo. Pablo cayó sobre el barro, boca abajo—. Ahora escúchame bien. —Sombra le levantó la cabeza tirando del pelo. Pablo gimió, escupió tierra—. Ves esa cruz de madera, ¿verdad?, donde estabas cavando. Mañana enterrarás una caja con el primer pago, el que figura en el documento que me has entregado. Al día siguiente enterrarás otra caja, con el mismo importe. Y cuando

termine el trabajo una tercera. Y lo harás tú solito. No quiero ver más que tu cuerpo gordinflón por aquí o lo lamentarás. ¿Lo has entendido?

Pablo agitó la cabeza.

—Sí… pero eso es el triple… —dijo con mucho esfuerzo, empapado por la lluvia y tragando arena—. No sé si mi jefe lo aprobará.

—Pues más te vale —le advirtió el vampiro—. Si no tengo ese dinero, me ocuparé de tu familia. Lo primero que haré será arrancarte los párpados para obligarte a ver cómo las desangro. Me las comeré mientras aún estén vivas. Puede que las muerda en las piernas. ¿Sabes para qué? Para no dañar su garganta, para que puedan llorar y suplicar mientras las devoro lentamente. La agonía de sus voces será lo último que llegue a tus oídos.

—No lo hagas, por favor —suplicó Pablo.

—Es fácil evitarlo. Paga.

Sombra le soltó. La cabeza de Pablo se estrelló una vez más contra el barro.

—Lo haré. Pero a lo mejor tengo que poner de mi propio dinero. Me obligarás a hipotecar la casa.

—No haberte mezclado conmigo o con vampiros —replicó el asesino—. Tampoco es fácil lo que me habéis pedido. Estoy razonablemente seguro de que no se ha hecho nunca. He matado a toda clase de personas y seres, pero nunca he asesinado a un santo, a uno de verdad, de los que están en sintonía con Dios.



3

La música fluía por toda la casa. Las notas surgían del piano, en el salón, con naturalidad. Se fundían en acordes y melodías que transitaban por todos los estados de ánimo, desde la más profunda soledad hasta el calor de una amistosa conversación entre amigos.

Susana no pulsaba las teclas, las acariciaba en un baile de dedos perfectamente sincronizados, guiados por el sentimiento. Tocaba con los ojos cerrados porque no necesitaba mirar la partitura, se la sabía de memoria.

Cuando acabó la pieza, se sintió satisfecha y relajada. Entonces, escuchó unas palmadas a su espalda.

—Una interpretación excelente —dijo una voz que conocía. Susana no se volvió —. Tu técnica me asombra.

—Tú siempre encuentras algo de qué quejarte —replicó ella en tono cansado—, algún detalle que criticar.

—No son críticas, son observaciones para que mejores, consejos.

Eso no impedía que Susana odiara aquellas observaciones. Podía soportarlas de cualquier persona, pero no de él. Un vampiro no es una persona. Permaneció dándole la espalda, de todos modos no podría verle si él no quería. Seguramente estaría oculto en alguna esquina, al amparo de una sombra, entre las cortinas, puede que en el techo. Era imposible saberlo.

—Vamos, dilo —le instó Susana—. Indica en qué he fallado. No puedes resistirlo.

Finalmente se giró. Sombra estaba sentado en el sofá, sonreía. El pelo le caía casi hasta los hombros y el flequillo ocultaba parcialmente su ojo derecho. Llevaba una camisa de cuadros y unas playeras, como siempre, nunca le había visto con un traje. Con todo, y muy a su pesar, no pudo negar su atractivo. No era especialmente guapo, pero tenía… algo.

—Esta vez, no —dijo el vampiro—. Has estado impecable. Nunca había

disfrutado tanto de un nocturno de Chopin. Tu mano izquierda ha tocado las secuencias de corcheas a la perfección durante toda la pieza. La última vez te apresuraste un poco al final. Y tu mano derecha se ha movido con total libertad entre las frases de once, veinte y veintidós notas. Ha sido digno de un profesional.

Eso pensaba ella. Pero se resistía a creer que Sombra estuviera satisfecho del todo. Su oído de vampiro era muy superior al suyo, ambos lo sabían, pero ella no le consideraba alguien con quien compararse. Ni siquiera aunque fueran familia.

—Si de verdad no añades nada —dijo ella—, yo sí que me quedaré asombrada.

Sombra separó las manos.

—No tengo nada que criticar, no me has dado opción. Lo juro por lo más sagrado. Únicamente…

Lo sabía. Siempre había algo. Lo había hecho a la perfección, ambos lo sabían, pero eso no importaba. Si no había nada mal, se lo inventaría. La cuestión era dejar constancia de su asquerosa superioridad, esa era la esencia de Sombra.

—Únicamente, ¿qué? —le cortó ella—. Suéltalo de una vez. Venga, escupe tu reproche, me da igual, estoy acostumbrada.

El vampiro la miró sin variar su expresión.

—No es ningún reproche, ya te lo he dicho. Solo quería llamar tu atención sobre el piano. —Sombra se acercó a su lado en un suspiro. Pulsó una tecla—. ¿Lo ves? Esto no es un la, es un la sostenido. Está ligeramente desafinado. Bájalo un semitono y quedará perfecto.

—¡Bájalo tú, que tanto sabes de pianos!

Susana se levantó. No se molestó en comprobar si efectivamente el piano estaba desafinado. Seguro que así era o Sombra no lo habría dicho. Debería sentirse molesta por no haberlo comprobado antes de tocar, pero lo que en realidad le enfadaba era que Sombra se hubiera dado cuenta y ella no.

—Espera un segundo —dijo el vampiro. Susana se detuvo en la puerta del salón —. Te pediría que retiraras el espejo del pasillo, el de la entrada. Cuando venga Eva, no creo que sea bueno que pregunte por qué no me reflejo en él. ¿O has cambiado de opinión respecto a contarle quién soy?

—¡No! —repuso Susana—. Ni se te ocurra decírselo nunca. Solo tiene quince años. ¿De verdad quieres decirle quién es su tío en realidad?

—Esa decisión te corresponde a ti. Eres su madre.

—Por supuesto que me corresponde a mí y sigo pensado lo mismo. Eva no lo sabrá. ¿Quieres contarle también a qué te dedicas? ¿Esa es tu idea de cómo educar a una adolescente? ¿Le contarías cómo asesinas?

—No me gusta mentir —reflexionó Sombra—. Pero en ese punto estamos de acuerdo. Ya sabes que por Eva haría cualquier cosa.

Eso era cierto y otra de las razones por las que odiaba a Sombra. Cuando Eva tenía cinco años, el vampiro salvó a la niña de caerse desde un quinto piso. Un día ventoso, justo antes de ir a trabajar y con la niña aun en brazos, Susana salió a la

terraza a coger al gato, que estaba escarbando en los tiestos y poniéndolo todo perdido de tierra. Un repentino golpe de viento la cogió desprevenida y la desestabilizó, provocando que resbalara con la tierra esparcida por el suelo. Susana perdió el equilibrio y se precipitó sobre la barandilla que daba al exterior. La niña se le escapó de los brazos. Llegó a verla caer al vacío, agitando las manos con los ojos y la boca abiertos. Sombra apareció de repente y la atrapó. Se quedó colgando boca abajo, aferrando la pequeña mano de Eva, y sujeto por los pies a la barandilla. Susana oyó los gritos de su pequeña, llamándola, muerta de miedo. Amanecía. Cuando el sol se abrió paso entre las nubes, la espalda del vampiro empezó a expulsar humo. Los gritos de Sombra se unieron a los de su hija, los ahogaron por completo. Susana nunca había pensado que una garganta pudiera producir unos alaridos tan espantosos, jamás los olvidaría. Sombra resistió hasta que Susana consiguió tomar a su hija y ponerla a salvo. Luego se estrelló contra el suelo. Susana le vio arrastrarse hasta una alcantarilla y desaparecer en su interior. Pasaron tres años hasta que le volvieron a ver.

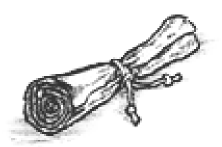
Por eso Susana consentía en mantener el contacto. Al principio, le dio las gracias de corazón. Su hija vivía gracias a él, pero era un vampiro. Mataba a la gente, ¡por dinero! El odio fue creciendo en su interior con el paso del tiempo. Intentaba reprimirlo por haber salvado a su pequeña, algo que nunca podría pagarle, pero sus sentimientos no atendían a razones. No podía aceptar plenamente a un asesino, así que cuando Sombra pasaba largos periodos de tiempo sin visitarles, se alegraba.

—Si le dices la verdad, si se te ocurre contarle que eres un asesino, te juro que no la volverás a ver.

—No lo haré, tienes mi palabra.

—Quitaré el espejo —dijo ella—. Tu hermano llegará pronto, no revuelvas nada.

Susana salió del salón.



Esteban odiaba llegar a casa de noche. Significaba que había pasado otro día más apartado de su familia, sepultado por el trabajo.

Se limpió los pies en el felpudo aunque no estaban sucios. Era complicado mancharlos cuando no pisaba el mundo. Su trayecto diario le llevaba del garaje de su casa al del trabajo, y ni siquiera tenía tiempo para salir a comer fuera. Sus pisadas se limitaban a su casa, al coche y a la oficina.

Esteban pateaba el felpudo mecánicamente, guiado por la rutina, mientras abría la puerta con la llave. Siguiendo esa misma rutina, colgó su abrigo en el ropero de la entrada, dejó el maletín en el suelo y se miró en un espejo de cuerpo entero con el marco de madera. Allí se aflojó el nudo de la corbata mientras anunciaba:

—¡Ya estoy en casa!

—Bienvenido —susurró una voz.

Sonó justo detrás de él, muy cerca. Sintió el aliento sobre su nuca, un aliento frío.

—¡La madre que…! —Se sobresaltó Esteban.

En el espejo no se reflejaba nadie, estaba él solo, con cara de susto. Se volvió. Había un hombre a un palmo escaso de distancia, sonriendo.

—No pronuncies el nombre de nuestra madre en vano —dijo el vampiro.

—¡Sombra! —Esteban le abrazó con fuerza. El vampiro palmeó su espalda—. Me alegro de verte. Cuánto tiempo. —Le soltó y se retiró un poco para observar mejor a su hermano—. Odio ver cómo te conservas, me hace sentir viejo. Y nunca me acostumbraré a lo del espejo.

—Ni yo. Me cuesta mucho peinarme.

—Muy gracioso. Ven, vamos a tomar una copa. Hace mucho que no hablamos. —Esteban le llevó al salón. Tomó dos vasos y una botella de *whisky*. Sombra dio un sorbo e hizo un gesto de aprobación—. Y hablando de nuestra madre. Deberías llamarla. Ella y papá me preguntan siempre por ti.

El rostro de Sombra se oscureció.

—Lo haré.

Esteban sabía que no lo haría. Era uno de los temas más delicados para su hermano vampiro. Hacía años que Sombra no veía a sus padres y eso era comprensible. No podría explicar por qué era más joven que su hermano menor. Pero llamarles por teléfono no debería suponer ningún problema.

Los dos hermanos habían acordado mentir a sus padres. Les contaron que Sombra tenía un nuevo trabajo en Japón y que no podría regresar a España en mucho tiempo. Esteban no imaginó que su hermano rompería todo contacto con ellos. Discutieron sobre ello una vez, solo una. Fue la única ocasión en que vio a Sombra enfurecido y se le quitaron las ganas de volver a verle en ese estado. Al principio sospechó que tenía algo que ver con su nueva naturaleza, pero eso no explicaba que mantuviera el contacto con él y su familia. Y no le cabía la menor duda de que Sombra les quería mucho a todos, a él, a sus padres, a su hija, incluso a su mujer, aunque Susana no se lo pusiera nada fácil.

Algo especial tenía que justificar que Sombra no llamara a sus padres. Tal vez le dolía demasiado relacionarse con ellos. De todos modos, nunca lo sabría, dado que su hermano no era dado a discutir ese asunto. Tampoco le gustaba hablar de su vida anterior a la conversión. No miraba fotos de cuando era joven, de cuando era humano.

Por eso les había prohibido a todos emplear su verdadero nombre. Él decía que era para protegerles, para que no les pudieran relacionar nunca, y es posible que fuera cierto, pero solo era parte de la verdad. Su cambio de nombre también era un intento de borrar completamente su pasado.

—Al menos podrías darme un teléfono en el que localizarte —sugirió Esteban.

Ese era otro punto que habían comentado varias veces. La respuesta de Sombra tampoco varió en esta ocasión.

—Nada me gustaría más, pero sabes que no puedo hacerlo —dijo—. Es por vuestra seguridad. Si algo malo os sucede, no temas, lo sabré y acudiré a tiempo de impedirlo.

Esteban se recostó en el sofá y se sirvió otra copa. Sombra le imitó.

—No todo han de ser malas noticias, ¿sabes? Puedo querer hablar contigo para compartir una buena noticia, contarte las excelentes notas que ha sacado Eva o un caso importante que haya resuelto.

El vampiro asintió.

—Lo sé. Y me encantaría que fuera de otra manera, pero es imposible. Mi condición no es reversible, no tiene sentido discutirlo.

Esteban captó la tristeza en las palabras de su hermano. Se arrepintió de haber iniciado la conversación con el mismo tema de siempre, pero no tenía muchas opciones. Sabía que Sombra quería hablar de su familia, de Eva en particular, a la que adoraba, pero a Esteban también le gustaría saber más de su hermano, impedir que se fuera convirtiendo en un extraño que les visitaba de vez en cuando. Cada vez había menos en él del hermano mayor que siempre fue.

Paradójicamente, los hermanos se llevaban mejor desde que Sombra se convirtió en un vampiro. Antes no tenían una relación especialmente buena. El último contacto que mantuvieron siendo ambos humanos fue una riña que a punto estuvo de terminar en golpes. Sombra le quitó la novia que Esteban tenía por aquel entonces, una mujer morena, preciosa, con un tatuaje en forma de flor enroscada en la muñeca derecha. Aún se acordaba de su excepcional belleza. Llevaba ocho meses saliendo con ella y llegó a pensar que algún día se casarían. Entonces su hermano mayor se entrometió y se la arrebató. Le odió por ello. No le bastaba con ser el mayor, el primogénito y el favorito de sus padres, también tenía que robarle a su chica. No era un secreto que Sombra siempre había sido más atractivo que él, pero Esteban se consideraba más inteligente y más maduro. Sin embargo, la chica prefirió al hermano mayor. Después de aquella pelea, Sombra desapareció por dos años. Cuando volvió a verle ya era un vampiro y Esteban acababa de conocer a Susana.

Al principio tuvo miedo de su propio hermano. No fue fácil aceptar que los vampiros existían y que Sombra era uno de ellos. Nunca supo cómo sucedió, ni qué fue de su antigua novia. Le costó tiempo asimilar la nueva situación y tuvo un verdadero problema cuando Susana se enteró. Su mujer nunca le quiso cerca de ellos, hasta que Sombra salvó a Eva.

Ver a su hermano siempre le hacía recordar. Probablemente porque se conservaba exactamente igual, con el mismo aspecto joven, de treinta años. Esteban ahora tenía cuarenta y cinco, apenas le quedaba pelo en la cabeza, había engordado y el estrés del trabajo había hecho mella en su rostro, en forma de profundas arrugas que sumaban más años de los que tenía. Sombra, en cambio, estaba impecable. Había algo nuevo

en él, algo indescriptible que le confería un magnetismo especial, un nuevo atractivo. Tal vez fuera simple sugestión por saber que era inmortal.

—Te veo un poco cansado —dijo Sombra—. ¿Problemas en la judicatura?

—Mucho trabajo, demasiado —contestó Esteban, contento de alejar la conversación de la familia—. La labor de un juez nunca termina. ¿Cómo te va a ti?

—Igual que a ti, por lo visto.

Se quedaron en silencio. Esteban sabía a qué se dedicaba su hermano, con lo que su respuesta tenía unas implicaciones muy serias en las que prefería no pensar. Arrinconaba en su mente la idea de que su hermano mataba gente…, por dinero.

—Algún día me jubilaré —suspiró Esteban.

—¿Tanto trabajo tienes? —preguntó Sombra—. Antes te gustaba mucho…

—Me hago mayor —explicó el juez—. Es una sensación que tú no puedes comprender.

El vampiro meneó la cabeza y se sirvió otra copa.

—Es cierto. Ni siquiera la entendía cuando era humano, claro que nunca fui demasiado mayor. ¿Sigues con casos de tráfico de drogas?

Esteban asintió.

—Nunca se terminan —dijo con pesar—. Y eso que ha caído el cabecilla de una de las mayores redes de narcotráfico de España.

—¿Un tal Emilio no sé qué? Algo he leído en los periódicos —dijo el vampiro—. Creo que murió en el metro, si no recuerdo mal.

A Esteban le extrañó que su hermano estuviera al corriente de esos asuntos y más le extrañó que Sombra no recordara los detalles, ya que tenía muy buena memoria.

—Sí, le arrojaron a la vía, a él y a dos matones… ¡Espera un momento! —Esteban dejó el vaso sobre la mesa, miró a su hermano directamente a los ojos—. ¿Por qué me preguntas sobre esto? Tú no has tenido nada que ver, ¿verdad?

—Pues claro que no. —Sombra se llevó las manos al pecho—. Solo me intereso por tu trabajo. ¿Te he mentido alguna vez?

Esteban dudó, pero solo un segundo. Confiaba en su hermano y era cierto que no le había mentido nunca desde que se había convertido. Ni siquiera le ocultó el hecho de ser un vampiro y un asesino.

—Perdona, es que…

—No pasa nada —repuso Sombra. Así era su hermano, nunca se enfadaba o casi nunca—. El caso es que en el mundillo en el que me muevo me llega algún rumor de vez en cuando. Tal vez deberíais tomaros unas vacaciones.

—¿Por qué? Es mi trabajo y estoy haciendo progresos. Desmantelar redes de narcotráfico es una gran labor para todo el país. Estoy orgulloso de ello.

—Y yo lo estoy de ti, pero también me preocupo. Verás, esa gente no se detendrá ante nada.

—Ya lo sé —dijo el juez muy tranquilo—. Han intentado sobornarme en más de una ocasión.

—La cosa podría ir a más.

—¿Qué insinúas? ¿Que alguien va a matarme?

—No quiero ponerme dramático, pero es una posibilidad —dijo el vampiro—. Por eso quería pedirte que te alejaras de esto por un tiempo. Podrías pedir una excedencia o algo así…

—¡Pues claro! —se rio Esteban—. Podríamos irnos un año o dos a vivir fuera, al Caribe, que hace buen tiempo. Como la hipoteca se paga sola y todo es tan barato…

—El dinero no es un problema. Yo te lo puedo dar.

El rostro de Esteban se tensó.

—Dios mío, hablas en serio, ¿no? —Sombra no dijo nada, pero Esteban leyó perfectamente su expresión—. ¡No! No puedo hacer eso. No sé qué te asusta, hermano, pero esta es mi casa y la de mi familia. Eva tiene aquí sus amigos y su vida. Y no voy a abandonar mis responsabilidades. Yo creo en la labor que desempeño.

Se preparó para una réplica dura de Sombra.

—Lo imaginaba —dijo el vampiro muy tranquilo—. No pretendía que tomaras una decisión, solo que lo consideraras.

—A lo mejor es por tu… trabajo. Piensas que todo el mundo resuelve sus diferencias matando a los demás, pero no es el caso.

—Es posible —repuso Sombra—. Pero piénsalo, hazlo por mí. Y si accedes no quiero que el dinero sea un impedimento. Tengo de sobra y quiero dároslo, de verdad.

—Pero nosotros no lo queremos —intervino Susana entrando en el salón. Llevaba un albornoz y el pelo mojado. Era obvio que acababa de salir de la ducha. Esteban la besó, le hizo un hueco a su lado, en el sofá. Ella se sentó y le dio un trago a la copa de Esteban—. A saber de dónde lo habrás sacado, dinero manchado de sangre…

—Susana, no empecemos…

—No importa, hermano —le cortó Sombra—. No tiene sentido negar la verdad. Sí, el dinero está manchado, como tú dices, pero son mis manos las que están sucias, no las vuestras.

Susana bufó, dio otro trago largo, agitó el pelo mojado sobre su espalda.

—¿Eso cambia algo? Aceptar dinero de un asesino sería aprobar esa conducta.

—Susana, él no es un asesino como los demás —intervino Esteban—. Él tiene que hacerlo…

—¿Para vivir? —terminó ella—. Mentira. Podría matar mucho menos. Él está orgulloso de su modo de vida, de su… talento —escupió.

Sombra se mantuvo relajado en todo momento.

—Tú misma lo has dicho —dijo el vampiro—. Seguiré matando. Que aceptes o no el dinero no lo cambiará. Y el dinero no va a desaparecer. Tómalo, haz algo bueno con él.

Susana se removió, se sacudió el brazo que su marido había posado sobre sus hombros.

—He dicho que no. Podemos ganarnos la vida honradamente.

Esteban notó que su mujer se contenía. Estaba muy enfadada. Se preguntó si habría discutido con Sombra antes de que él llegara.

—No lo dudo —dijo el vampiro—. Pero ¿has pensado en Eva? La estás privando de un dinero que podría beneficiarla mucho, ahora y en el futuro. ¿Por qué negarle eso a tu hija?

—Porque el dinero no lo es todo. También tiene que aprender valores y nosotros debemos ser un ejemplo para ella.

—Ella no tendría por qué saber de dónde ha salido el dinero —insistió Sombra—. Puedes contarle que lo has ganado invirtiendo en cualquier cosa.

—Yo no miento a mi hija —dijo Susana, mostrando claramente su irritación.

—Entonces le habrás contado quién soy en realidad, ¿verdad?

Susana no respondió. Su rostro se encendió de rabia. Esteban supo que debía intentar rebajar la tensión.

—Es un tema complicado, hermano. Dejémoslo de momento. Yo entiendo tu preocupación por nosotros y te lo agradezco, de verdad.

—Eso ya es algo —afirmó Sombra.

—No me mires así, no lo soporto —dijo Susana—. Sé lo que estás pensando. Tú crees que solo aceptamos tu ayuda cuando nos viene bien, como cuando salvaste a Eva, y que otras veces te rechazamos porque yo lo quiero así. Esteban es demasiado bueno contigo para negarte nada. Pero no es personal, Sombra. Yo también veo lo que sientes por Eva. Es… tu trabajo. No se puede criar a una niña de ese modo. A lo mejor ya no puedes entenderlo, no sé qué implicaciones tiene el vampirismo en las relaciones.

—Ya te he demostrado cómo me afecta respecto a vosotros. No debería importaros nada más.

—Pero importa, Sombra —siguió ella—. Nuestros actos importan, dejan huella. Y los tuyos no son tolerables. Te propongo algo. ¿Quieres ayudarnos? Gana el dinero de manera legal, honesta y entonces lo aceptaré encantada. Ni siquiera tienes que dejar de matar, solo conseguir otro método alternativo de ganar dinero.

—¿Piensas que puedo echar un currículo en una empresa y asistir a una entrevista?

—Pienso que eres muy inteligente y que puedes esforzarte, pero no lo harás, ¿verdad? Claro que no, porque te gusta matar. Ese es el auténtico problema.

—Hago lo que sé hacer. No hay nada malo en que me guste.

Susana asintió con tristeza.

—Y aun así no entiendes por qué no puedo aceptar tu dinero.

—Por supuesto que no —dijo Sombra—. En primer lugar, no olvides que alguien me lo pide y me contrata. Si yo me negara, otro asesino mataría al objetivo. Pero la verdadera razón por la que mis víctimas mueren es por sus diferencias con los que me contratan y que a mí no me incumben. ¿Culpas a un soldado por matar en una guerra? No, sabes que se lo han ordenado y que esas órdenes son la consecuencia de un

conflicto, que es el causante de la guerra.

—¿Te estás comparando a un soldado? ¿Así es como te ves?

—No, es solo para explicar mi opinión. Lo cierto es que yo me considero mil veces mejor. Nunca podré matar tanto como vuestras guerras, ni exterminaré animales para llevar abrigos, por ejemplo. Ni haré las barbaridades que le hacéis al planeta. Es vuestro odio el causante de todo. Si de verdad buscas un monstruo no tienes que mirarme a mí. Los tienes mucho más cerca. ¿Sabías que los vampiros no se matan entre ellos? Ni un solo vampiro ha muerto a manos de un semejante desde hace más de dos mil años. A ver cuándo conseguís vosotros dejar las guerras, o que millones de niños dejen de morir desnutridos mientras tú y unos pocos gozáis de todos los lujos imaginables. Así que si os vais a seguir matando, yo me seguiré aprovechando porque tengo que hacerlo para vivir, y sí, también porque disfruto. Pero sobre todo, porque soy condenadamente bueno.

Esteban conocía la opinión de Sombra, no debería haberle sorprendido escucharla de nuevo. Pero en esta ocasión había algo diferente. Su forma de referirse a los humanos enfatizaba más que él no lo era. Antes no se expresaba así, sus palabras no le alejaban tanto de la especie humana.

Susana no se dio por vencida.

—Estás empleando los males de mundo para justificarte, tomando un problema universal, como el hambre del mundo para defender tu posición. Pero no funciona. Aunque hay cierta verdad en tus palabras, eso no cambia el hecho de que eres capaz de coger a otro ser humano y extinguir su vida, verle morir entre tus brazos, seguramente incluso escuchar sus súplicas… y disfrutar al mismo tiempo. No me creo que cuando matas a una pobre víctima estés pensando en el hambre del continente africano. Eso es algo que te dices más tarde para vernos como monstruos, para no sentirte mal.

—Mi visión del mundo…

—¡Basta! —le cortó ella—. Eres un asesino. Y yo decido cómo educar a mi hija, nadie más. —Susana le dio una palmada a Esteban dando a entender que él también. El juez asintió sin decir nada para no interrumpirla—. Y se acabó la discusión.

—Por supuesto —convino Sombra—. Ya te he dicho que nunca interferiría entre vosotros. Solo trato de ayudar. Pero necesito pediros algo, un favor simple que no os costará.

Susana puso mala cara. Esteban apretó su mano.

—Está bien. Te debemos mucho, Sombra. Intentaré hacerte ese favor, pero no nos pidas que nos mudemos.

—Es infinitamente más sencillo. Solo quiero que colguéis un cuadro.

Esteban y Susana se miraron.

—¿Eso es todo? —preguntó el juez.

—Hay algo más —dijo Susana—. Seguro que no es un cuadro normal. ¿Qué tiene ese cuadro de especial?

—No es un cuadro normal, tienes razón —admitió el vampiro—. Contiene una runa, un símbolo. No necesitáis saber qué significa. Os prometo que no notaréis nada extraño, será como un cuadro corriente. Pero yo me sentiré mejor si lo tenéis. Por favor, aceptadlo.

—De acuerdo —dijo Susana tras unos segundos de vacilación.

El vampiro fue a una esquina del salón, detrás del piano. Regresó con el cuadro en las manos y se lo tendió a la pareja.

—No veo ningún símbolo —dijo Esteban.

—Está camuflado en el dibujo —aclaró Sombra.

—Es bastante feo —observó Susana—. Buscaré un lugar en el que no se vea mucho. Tal vez ahí, al lado de la ventana.

—No —dijo Sombra—. Tiene que estar en la entrada de la casa. Podrías ponerlo en lugar del espejo. Así no tienes que quitarlo cuando yo venga.

Susana endureció su expresión.

—Como este símbolo nos traiga alguna consecuencia…

—No lo hará, te lo prometo. Solo me avisará a mí si tenéis algún problema. Eso es todo.

—Está bien, lo colgaré mañana —dijo Esteban.

—Así me quedo más tranquilo —dijo Sombra.

—Han descubierto tu identidad, ¿no es eso? —preguntó Susana.

—No. Te aseguro que nadie conoce mi verdadero nombre.

—Entonces, ¿qué pasa? Ese es el problema de andar entre asesinos y delincuentes. Nada bueno puede salir de esto.

—¡Ya basta! —dijo Esteban—. No vamos a volver a lo mismo. Es solo un cuadro.

—Está bien —dijo Susana—. Colgaré el maldito cuadro, pero no quiero más ayudas por tu parte. ¿Está claro?

Sombra acarició su barbilla con gesto pensativo.

—Entonces hay algo que debería confesarte.

—¡Lo sabía! —dijo Susana en tono triunfal—. Siempre hay algo más contigo. ¿Qué has hecho Sombra?

—Fue mientras esperaba a mi hermano… Afiné tu piano.



4

Un monje descendió por la escalera de piedra tan rápido como le era posible. Las pisadas resonaban entre los muros de la iglesia, en lo más profundo de sus entrañas, donde descansaba una estancia de cuya existencia muy pocos tenían conocimiento.

Portaba un pesado candelabro con tres velas a punto de consumirse. La cera resbalaba por su grueso soporte central, goteaba de vez en cuando.

El monje llegó a una puerta de madera antigua y resquebrajada, carcomida por la humedad en las esquinas. La llave giró con dificultad, la cerradura se abrió con un chasquido seco, chirriaron los goznes.

La luz oscilante de las velas despejó la estancia, ahuyentando la oscuridad lo suficiente para descubrir una figura arrodillada en el suelo delante de un libro. El monje inclinó levemente la cabeza y aguardó.

Pasó el tiempo.

El padre Jorge por fin se levantó, con el apoyo de su bastón, y se acercó al monje caminando lentamente. Demasiados años en este mundo para su desgastado cuerpo.

—Mis estudios han concluido por hoy.

—No quería interrumpirle, padre —dijo el monje—. Tengo un comunicado de uno de sus hermanos.

—Léemelo mientras subimos, hijo mío, y permite que me apoye en tu brazo.

El monje esperó a que el padre Jorge se aferrara a su brazo izquierdo antes de salir y cerrar la cámara. En su interior solo había libros. Tomos de una antigüedad incalculable, hechos de todos los materiales imaginables, la mayoría gruesos, con tapas duras y polvorientas. Se apilaban en estanterías amoldadas a la forma redonda de la estancia, que se alzaba muchos metros, tantos como recorría la escalera circular por la que iban a ascender. El monje no sabía cómo el padre Jorge era capaz de alcanzar la parte alta de las estanterías, la que estaba a varios metros sobre su cabeza.

—Sus hermanos están inquietos, padre —le informó el monje. Acomodaba el

paso al lento ritmo del anciano—. Consideran que está empleando un tiempo excesivo en estudiar al Gris y su posible cura. Alguno incluso cuestiona la conveniencia de seguir confesándole.

—¿Es todo? —preguntó el padre Jorge.

—No. Pero si me lo permite, me gustaría añadir que más gente comparte esa inquietud en esta iglesia, padre. Desde que conoció al Gris, no hace más que estudiar en esa cámara. Su salud se resiente, lo noto.

El padre Jorge jadeó.

—Mi salud durará hasta que llegue mi hora y ese momento lo decidirá nuestro señor. Mientras tanto, debo confiar en mi instinto. El Gris, aquel que no tiene alma, está relacionado de algún modo con los acontecimientos más importantes de los últimos tiempos, lo presiento. Debe ser curado.

El monje guardó silencio durante unos cuantos escalones, no se atrevía a contradecir al padre Jorge. Podía aconsejarle, expresarle una opinión, pero una vez que se pronunciaba sobre un asunto, no podía llevarle la contraria a un hombre santo.

—Algunos de sus hermanos —dijo el monje tras unos segundos— están considerando venir a Madrid a investigar la muerte de Samael. Hay uno en particular, un santo de quien no tenía conocimiento, que llama la atención sobre un hecho singular. Vive en París y hace referencia a una presencia extraña en la torre Eiffel. Se trata, según él, de algo nuevo, que nunca antes había sentido, y que escapa a la percepción de la gente normal. Es su condición de santo lo que le permite detectarlo. Otros hermanos no parecen considerar ese punto como prioritario…

—Yo sí. —El padre Jorge se detuvo. El monje no supo si estaba cansado o era debido a la noticia—. Ese hermano de París, ¿tienes su nombre? —El monje asintió —. Excelente. Tendré que comunicarme con él. Su hallazgo es de la máxima importancia, tengo que asegurarme de que esa presencia es la misma que he captado yo aquí, en Madrid. De ser así, podría ser algo demasiado grande, incluso para nosotros…

Se quedó mirando al muro con los ojos desenfocados. El monje esperó pacientemente a que el padre Jorge reanudara el ascenso.

La planta central de la iglesia estaba desierta. Era muy tarde, casi medianoche, y ya se habían retirado todos los feligreses. Caminaron en silencio por el pasillo central. El sonido del bastón del padre Jorge llenaba el vacío de la pequeña iglesia, acompañado por el susurro de su respiración entrecortada. El monje sospechaba que la agitación del padre Jorge era debida a las noticias de sus hermanos, no al esfuerzo físico de subir las escaleras. Se trataba de un hombre mayor, y aunque nadie conocía su edad exacta, no podía tener menos de ochenta años a juzgar por su aspecto. Aun así, le había visto muchas veces subir por la larga sucesión de peldaños de piedra, sin ayuda, salvo la que le proporcionaba el bastón.

La puerta de la iglesia se abrió en ese momento, dejando que el frío de la noche invadiera el interior. El padre Jorge y el monje se detuvieron. Alguien entró, cerró la

puerta y caminó hacia ellos. Era un hombre alto, de hombros anchos y postura recta.

Saludó con un ademán.

—Es algo tarde para una visita, hijo mío —dijo el padre Jorge.

El monje conocía al recién llegado. Se llamaba Javier Arnao, un empresario de considerable éxito y un firme creyente, que hacía muchos años que trataba con el padre Jorge. Como todos los asiduos a su iglesia, el empresario adivinaba algo especial en el anciano, pero no sabía que se trataba de un santo, un santo auténtico, de los que perciben a Dios. Ni siquiera la iglesia tenía conocimiento de la existencia de los santos.

—No he podido venir antes, padre —explicó Javier—. Y no he querido esperar a mañana. Me arriesgaba a que los negocios volvieran a absorber mi tiempo por completo. Creo que usted querrá conocer la noticia que le traigo cuanto antes.

El monje entendió el problema. Al padre Jorge no se le podía enviar un correo electrónico o llamarle al móvil. Si se quería contactar con él tenía que ser en persona y comprendía que un hombre de la posición de Javier estuviera muy ocupado como para hacerlo durante el día.

—Te ruego que seas breve, hijo mío —dijo el padre Jorge—. Otros asuntos reclaman mi atención.

—Desde luego, padre —dijo Javier—. Verá, hay un problema con el edificio de la calle Serrano. Voy a tener que venderlo.

El monje vio cómo cambiaba el rostro del padre Jorge.

—¿Cómo es eso, hijo mío?

—No he podido evitarlo —aclaró Javier. Se le veía inquieto—. La presión ha sido brutal. Una negociación durísima en la que he estado a punto de perder una de mis empresas. He hecho cuanto he podido, consciente de que ese lugar es importante para usted, padre. Pero no he podido conservarlo. Son muchas las personas que se quedarían sin empleo si no cedo, por no hablar de los accionistas, que quieren vender.

—Comprendo —dijo el padre Jorge. El monje empezó a preocuparse. Aquella debía de ser una mala noticia para turbar de ese modo al santo—. ¿Puedo saber quién es el comprador?

—Es Mario Tancredo —dijo Javier—. Naturalmente, se escuda en un mediador, pero yo conozco su organización lo suficiente. Es un hombre implacable, muy temido en el mundo de los negocios, se rumorea que nunca ha fracasado en una operación. Contaba con la mayor parte de las acciones de una de mis empresas y podía haberla absorbido, de hecho creía que esa era su intención, pero al final ofreció retirarse a cambio del edificio de la calle Serrano y alguna que otra condición insignificante. Confieso que no lo comprendo.

—No te apures —le dijo el padre Jorge—. Me consta que habrás hecho todo lo posible y tú mismo lo has dicho, te has preocupado por conservar los empleos de tu gente. Has obrado bien, hijo.

Se notaba el pesar que arrastraban las palabras del padre Jorge. El monje no

dudaba de la versión de Javier. Tiempo atrás había sido un tipo mezquino y egoísta, pero el padre Jorge le cambió, llegó hasta el fondo de su ser. Javier Arnao dio un giro completo a su vida y a sus negocios, se alejó de prácticas abusivas o poco éticas, y mejoró en general. También colaboró mucho con la iglesia desde entonces, con generosas donaciones. Incluso creó una fundación de ayuda a los huérfanos con el padre Jorge.

—Siento no haber podido hacer más —dijo el empresario.

El padre Jorge se acercó a él.

—Estoy orgulloso de ti, lo sabes, ¿verdad? —El santo puso una mano sobre el brazo de Javier. El empresario asintió—. Me gustaría visitar el edificio de la calle Serrano una última vez antes del traspaso. ¿Podemos ir mañana?

Era una petición sorprendente. El monje no la hubiera creído si se lo hubieran contado. El padre Jorge casi nunca abandonaba la iglesia, y en las rarísimas ocasiones en que lo hacía, era para ocuparse de asuntos de gran transcendencia.

—Puedo acompañarle por la tarde —dijo Javier—. Por la mañana tengo que supervisar un depósito importantísimo. Me entregan dos diamantes únicos de valor incalculable.

—Por la tarde entonces.

Se despidieron. Javier Arnao se alejó con los hombros un poco caídos. El monje entendió que no le había sido agradable transmitir aquella noticia.

—¿Puedo preguntarle algo, padre?

El santo inclinó la cabeza a modo de afirmación.

—Quieres saber qué hay en ese terreno.

—Es que no considero oportuno que salga de la iglesia, padre —explicó el monje.

—Debo hacerlo. Tengo que confirmar si está relacionado con el hallazgo de mi hermano en París…

Una cristalera saltó en pedazos. El estruendo cortó la conversación de raíz. Cuando los dos hombres alzaron la vista, vieron una pequeña lluvia de cristales derramarse desde la parte superior de la iglesia. Otra cristalera, que estaba situada enfrente, también reventó. Algo la atravesó desde el exterior. Una a una, las pocas vidrieras de la pequeña iglesia se fueron rompiendo. Por suerte, el santo y el monje estaban en el pasillo central y los fragmentos de cristal no les cayeron encima. Escucharon golpes pesados entre los bancos de madera. El monje se agachó entre dos que tenía a la derecha y después se levantó con un ladrillo en las manos.

—¿Qué es esto? —dijo atónito—. ¿Vandalismo?

—No —respondió el padre Jorge—. No es eso. Hay alguien ahí fuera.

—¡Espéreme!

El monje corrió a su lado. Le ofreció el brazo de nuevo, pero el padre Jorge lo rechazó. Nada más abrir la puerta, descubrieron cuál era el problema. Varios centinelas acudieron corriendo a la entrada de la iglesia. Se colocaron alrededor del padre Jorge, preparados para protegerle de cualquier amenaza.

Una pequeña escalera se extendía desde la puerta de la iglesia. Al final había un hombre, oculto por la sombra de un árbol, situado de modo que la luz de las farolas permitiera ver solo su silueta. Su brazo derecho estaba extendido, hacia arriba, fuera de la protección de las sombras, y en su mano aprisionaba el cuello de Javier. El empresario daba patadas en el aire, luchando por llevar oxígeno a sus pulmones.

—Volved dentro —ordenó el anciano—. Este asunto me concierne solo a mí.

El monje obedeció de mala gana. Entró en la iglesia pero se quedó justo detrás de la puerta, observando, sin perder de vista al padre Jorge ni al extraño sujeto que estrangulaba a Javier. Los centinelas dudaron algo más de tiempo, pero al final retrocedieron hasta la entrada.

El intruso abandonó el cobijo de las sombras y se acercó al primer escalón, arrastrando al empresario sin esfuerzo. Tenía que ser extraordinariamente fuerte. Se detuvo sin llegar a pisar la escalera. Tenía el pelo largo, le rozaba los hombros. Vestía una camisa holgada, por fuera de los vaqueros, y calzaba unas playeras muy llamativas. Inclinó la cabeza para mirar fijamente al padre Jorge. La sonrisa que lucía hasta ese momento desapreció para dar lugar a una mueca.

—Si no me equivoco —dijo el padre Jorge—, tu problema es conmigo, no con el hombre que estás estrangulando.

El desconocido se sorprendió.

—Impresionante —dijo—. No creía eso de que nadie puede hablar antes que un santo, pero es cierto. Una cualidad elegante, digna de mi admiración. No creo necesario recalcar que si no mantiene a raya a los centinelas, me veré obligado a cerrar la mano izquierda, hasta que la cabeza de este hombre se separe de su cuerpo. —El padre Jorge asintió—. Y sí, está en lo cierto. Mi problema es con usted. Aunque debo puntualizar que en realidad yo no tengo ningún problema. Usted sí que lo tiene, padre… Así es como le llaman, ¿no? Padre.

—Puedes llamarme como quieras, hijo. No cambiará la esencia de nuestra confrontación.

—Estoy de acuerdo, padre. Sin embargo, soy de la opinión de que las formas correctas facilitan la comprensión mutua. Yo, por ejemplo, no me he disculpado por mi forma de reclamar su atención. Verá, no me seducía la idea de llamar a la puerta, pero a la vez quería asegurarme de que me tomara en serio. Me imagino que unos cristales rotos no serán un gran trastorno, espero… Intento ser original, lo confieso. Mi nombre es Sombra, por cierto. Una presentación adecuada es indispensable. El suyo ya lo conozco, padre Jorge.

—Así es —dijo el santo—. Sin embargo, Sombra no es tu nombre, no concuerda con tu alma. Imagino que lo adquiriste tras convertirte en vampiro, para ocultar tu identidad, probablemente. De ser ese el caso, sigo sin conocer tu nombre, y por tanto no puedo considerar tu presentación como adecuada.

El monje se estremeció al escuchar que el agresor era un vampiro. No podía dejar que el padre Jorge se enfrentara solo a un ser tan peligroso. Debían hacer algo, los

centinelas tendrían que salir y acabar con ese tal Sombra, pero el santo les había dicho claramente que no se inmiscuyeran.

El vampiro se estaba tomando su tiempo para contestar. Javier gemía, a la vez que agarraba la muñeca de su agresor con las dos manos, intentando izar su cuerpo y reducir de ese modo la presión sobre su cuello.

—Una deducción muy perspicaz —repuso el vampiro—. Me gusta la gente inteligente. Por eso entenderá, padre, que no puedo revelar mi verdadera identidad. Con Sombra habrá de bastar. Ve usted mucho para haberse dado cuenta tan pronto de mi condición inmortal.

—Veo muchas cosas, hijo. Por ejemplo, que el motivo de tu presencia no guarda relación con el hombre que estás estrangulando. Te pido que le liberes. Es a mí a quien quieres.

Sombra agitó un poco a Javier. La cara del empresario se estaba tornando azulada.

—Lo haré encantado —dijo Sombra—. Únicamente tiene que descender por esa escalera, salir de la iglesia y venir hasta mí, solo por supuesto. De nada sirve fingir que no sabemos qué ocurrirá, padre. He venido a matarle. ¿Por qué retrasar lo inevitable?

—Es aventurado adelantar acontecimientos —repuso el padre Jorge—. El futuro siempre es incierto. De todos modos, me temo que mis actos están supeditados a los deseos de Dios, no a los tuyos, hijo.

El vampiro miró hacia otro lado, acariciando su barbilla con gesto reflexivo.

—No es una mala evasiva —concedió—. Recurrir a Dios en sus argumentaciones le confiere ventaja, padre. Aunque de verdad esté en contacto con él, como aseguran, yo no, y no puedo rebatir los supuestos planes de Dios porque solo usted los conoce.

—¿Cambiaría algo si tuvieras la certeza de que no miento ni tergiverso nada?

—Buena pregunta. No, nada en absoluto. He aceptado el contrato y tengo que matarle. Volviendo al tema de este hombre, creo que le haré caso. Lo soltaré como muestra de mi respeto por usted, padre. A cambio solo pido que prolongue un poco nuestra charla.

El padre Jorge cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra. Miró al vampiro y asintió.

Sombra abrió la mano. Javier Arnao se desplomó con un gemido y retrocedió asustado, aspirando todo el aire que le era posible. Miró al padre Jorge. El santo hizo un ademán con la cabeza y el empresario se alejó corriendo.

—Una buena acción por tu parte, hijo —dijo el anciano—. Ese es el camino.

—Mi camino, padre, se ha cruzado con el suyo. No sé a quién ha incordiado para que me contraten, pero tiene que haber sido alguien importante. Usted sabrá.

El monje tuvo ganas de gritar. El padre Jorge no había hecho nada malo a nadie, jamás. Sintió ganas de gritárselo a ese vampiro asqueroso. Las personas a las que el santo había proporcionado consuelo u orientación a lo largo de su vida eran incontables. Había participado en innumerables causas benéficas a favor de la

sociedad sin pedir nada a cambio, de un modo completamente altruista. Era un ejemplo para los demás, un modelo a imitar. El monje no tenía ninguna duda de que el mundo mejoraría si hubiera más gente como él, o que aspirara a ser como él. Tampoco tenía ninguna duda de que solo alguien esencialmente maligno podría querer matar a un santo.

Y sin embargo no estaba asustado. Quizá porque el padre Jorge se mantenía imperturbable, plantando cara al vampiro sin mostrar temor, como debía ser teniendo a Dios de su parte. El monje sentía el calor del orgullo recorriendo su interior al ver a aquel anciano enfrentarse a un asesino, a uno de los peores depredadores que existían. Tenía una fe absoluta en el santo y estaba convencido de que enviaría al infierno a esa aberración de la naturaleza que no podía mostrarse a la luz del sol.

—No conozco en profundidad la senda del mal —dijo el padre Jorge—. Mis humildes pasos discurren en otra dirección. Y reconozco que no sé quién puede desear mi muerte.

El vampiro permanecía inmóvil. Desde que había liberado a Javier parecía una estatua, solo sus labios se movían al hablar.

—De modo que asume que su muerte es algo malo. Se cierra a otras posibilidades. Curioso… Parece que no tiene miedo, padre. Me pregunto si es por su fe en Dios o por esos centinelas que le acompañan. Sé que nadie ha matado a un santo desde hace al menos un milenio, y también sé qué le sucedió a ese pobre desgraciado, cómo se consumió su alma en un instante. Un buen mecanismo de defensa…

—Dios nos quiere en este mundo, nos necesita para servirle y cumplir sus designios. El que mata a un santo ve su alma consumida en un fugaz suspiro.

—El problema es que mi alma no se puede consumir. Es lo que tiene la inmortalidad. Pero seguro que ya lo sabe, padre, un hombre de su posición… Y aun así, continúa sin tener miedo. No creo que dude de mis capacidades como asesino, no es tan ingenuo. No, debe ser otra cosa… Creo, padre, que se siente a salvo en su iglesia. Apuesto a que no piensa salir de ella de noche, solo de día.

El padre Jorge describió un arco con la cabeza, admiró el cielo nocturno.

—Mis obligaciones con Dios guiarán mis pasos, no tú, hijo. Cumpliré mi cometido, y si mi cometido me lleva fuera de esta iglesia durante la noche, así será.

—De eso estoy seguro —afirmó el vampiro—. Yo me encargaré de que su cometido le arrastre fuera de esos muros, y de noche, naturalmente. No podrá evitarme, padre. Verá, en realidad podría esperar. Para mí, un mes, un año o una década no son nada. Tengo la eternidad por delante. Podría acechar desde uno de esos tejados hasta que saliera, pero mi cliente es mortal, me temo. Fijó un plazo. Así que tendré que persuadirle para que salga a tomar el aire nocturno.

—Te repito, hijo, que eso no está en tu mano, ni en la mía.

—Lo veremos, padre. Voy a empezar por una técnica sencilla, pero efectiva. Primero me encargaré de sus feligreses más fieles y devotos. Les mataré uno a uno

hasta que cambie de opinión. A menos que prefiera resolver esta cuestión aquí y ahora.

—Accedería encantado, hijo, pero no puedo. Me requieren asuntos cuya importancia nos supera a ti y a mí. No puedo desatenderlos. Podría, tal vez, encontrar un hueco más adelante, si conservas las vidas de esas personas que no están implicadas en este trance.

—Lamentándolo mucho, eso no va a ser posible. Mis asuntos pueden o no ser tan transcendentes como los suyos padre, pero soy un profesional y tengo una reputación que defender. Respecto a esos pobres inocentes, está en su mano salvarles, no en la mía.

—¿De verdad no sientes nada al arrebatarles sus vidas, hijo?

El vampiro, que había comenzado a darse la vuelta, se detuvo y miró de nuevo al santo.

—Ni siquiera creo que usted lo pueda entender, padre. No importa que perciba o no a Dios. Usted es mortal, con un entendimiento limitado. Me llevaría mucho tiempo intentar explicarle mi punto de vista, pero digamos que antes o después todos van a morir. Es la finalidad de su existencia, la única certeza que tienen los mortales desde que nacen. ¿Qué más da el modo? Ya que van a morir, que me sirvan de algo.

—¿Nunca consideraste pensar en sus vidas en lugar de su muerte?

—Ya le he dicho que esa discusión llevaría mucho tiempo y ambos tenemos ocupaciones que atender —dijo el vampiro alejándose—. Celebro haberle conocido, padre. Es usted un mortal inteligente a su manera. Pero no vacilaré cuando extinga su vida. Saldrá de esa iglesia de noche, se lo aseguro.



5

La discoteca estaba abarrotada. La música retumbaba rítmicamente, inundando la totalidad del local. Los jóvenes obedecían su ritmo y melodía, se estremecían entre sus notas, se dejaban llevar. Sacudían sus cuerpos en la pista de baile, apretados unos contra otros, dando pequeños saltos, agitando la cabeza, vibrando.

Estaba oscuro. Una esfera enorme reflejaba una débil luz multicolor sobre los jóvenes. Eva se contoneaba en el centro de la pista. El pelo botaba sobre su cabeza, a veces cubriendo su cara por completo, otras cayendo sobre los hombros y la espalda.

Se dio cuenta de que un chico la miraba. No era el que a ella le gustaba, así que no le devolvió la sonrisa. Siguió bailando.

Al cabo de un tiempo se sintió algo cansada. Sudaba y tenía sed. Pagó una fortuna por un simple refresco y se lo bebió en pocos segundos. Al terminarlo seguía teniendo sed. Se había pasado toda la tarde bailando. Debería haberse ido hacía una hora, con sus amigas, pero había preferido quedarse un poco más, esperando a que él apareciera, el chico que siempre se quedaba mirando embobada y que nunca tenía el valor de saludar siquiera. Una tímida sonrisa era cuanto se había atrevido a ofrecerle por ahora.

Seguro que él pensaba que ella no era más que una cría, otra boba que suspiraba por él. Él era mayor, al menos tendría diecisiete años, y lo más probable era que tuviese novia. Demasiado guapo y demasiado alto para no tenerla. Nunca bailaba, se quedaba de pie, hierático, como una estatua hermosa y perfecta. Su sonrisa, su boca…

Eva se dio cuenta de lo tarde que era. Casi las once y media. Y debía estar en casa a las once. Sus padres le consentían pasarse un poco de la hora, pero nunca llegar más tarde de la media noche.

Le llevó una eternidad recoger la cazadora del ropero y abrirse paso entre la marea de jóvenes hasta la salida. El aire de Madrid se enroscó a su alrededor de

repente, enfriando el sudor de su cuerpo. Eva tiritó. Acomodó la escasa solapa de la cazadora a su cuello, metió las manos en los bolsillos y apretó los dientes. Siempre era igual al pasar del sofocante ambiente de la discoteca a la frescura de la noche.

Llegó al metro jadeando por la carrera y estuvo a punto de resbalar y caerse por las escaleras. Aún le zumbaban los oídos por la música de la discoteca. Vio que eran las doce menos diez en el reloj del andén mientras esperaba el próximo tren. Ya no podía evitar llegar tarde, así que lo mejor sería prepararse para la inevitable bronca.

Buscó una excusa decente mientras las estaciones se sucedían, una que no hubiera empelado ya. Pero al llegar a su parada, no se le había ocurrido nada. Su padre estaría en la puerta, no tendría tiempo ni de sacar la llave del bolso. Su madre era un poco más comprensiva, aunque en la cuestión de las salidas nocturnas tendían a estar de acuerdo con más frecuencia de la que Eva desearía. Y lo peor era que su padre solía imponer su criterio, un criterio arcaico y deformado por su profesión de juez. Había visto tantos casos de agresiones y violaciones en su trabajo, que se pensaba que las calles estaban atestadas de pervertidos y delincuentes, que una chica de quince años no podía andar sola…

Unas pisadas resonaron en el pasillo. Eva se percató de que no había nadie más y aún estaba lejos de la salida del metro. Se sintió un poco tonta al mirar hacia atrás, por encima de su hombro. Dos chicos caminaban en su dirección, a varios metros de distancia. Aparentaban algo más de veinte años. No recordaba haberlos visto en su vagón.

Apretó un poco el paso, esperando que no se notara. En las escaleras mecánicas decidió subir los escalones andando con mayor rapidez. No se atrevía a mirar atrás, pero ya no les oía. Seguramente estaba reaccionando exageradamente, como consecuencia del miedo que su padre le había metido en el cuerpo.

Cuando llegaba al final de la escalera, se arriesgó a mirar hacia atrás. Los dos chicos estaban al fondo, parados, mirando algo en el móvil de uno de ellos. Eva suspiró aliviada.

Entonces su espalda tropezó con algo.

Se giró con dificultad y se topó con una sonrisa siniestra, de esas que no vaticinan nada bueno, que acompañan a unos ojos demasiado abiertos y demasiado tétricos. Nadie debería sonreír sin cerrar un poco los ojos.

Era un chico muy alto. La agarró por los hombros. Eva se removió instintivamente y chilló. El chico le propinó tal bofetada que la cabeza se ladeó bruscamente hacia un lado, la mejilla se le encendió por el golpe. El asaltante le cubrió la boca con la mano y comenzó a arrastrarla hacia un pasillo más pequeño y apartado. Los dos chicos que la seguían no tardaron en unirse a su compinche.

Eva pataleaba y daba codazos, luchaba en vano por liberarse.

—Es mejor que te relajes y mantengas la boca cerrada, niña —le dijo uno inclinándose sobre ella.

Eva dejó de moverse, estaba rodeada. El que la sujetaba por la espalda retiró la

mano de su boca, lentamente, preparado para volver a taparla si intentaba gritar.

—Bien. Ahora quítate esa cazadora y saca la pasta. ¡Deprisa!

—P-Pero… yo…

La dieron otra bofetada. El que la sujetaba por los hombros la sacudió.

—Esta niña es tonta. Tendré que hacerlo yo.

Eva se sintió completamente impotente e indefensa. La sentaron en el suelo y empezaron a quitarle la cazadora. Quería darles lo que querían y que se marcharan, pero no controlaba su propio cuerpo, estaba demasiado asustada. Notaba tirones en los brazos y empujones por todos lados.

—Lo tengo, vámonos.

—Un momento… Oye, no está mal la cría.

Eva estaba tirada en el suelo con la cara dolorida por los golpes. Solo veía tres pares de pies frente a ella. Ya tenían lo que querían, ¿por qué no se largaban? Entonces sintió algo que multiplicó su miedo hasta el infinito.

—No tenemos tiempo para eso —gruñó uno de sus asaltantes.

Eva saltó involuntariamente. Una mano le estaba apretando el trasero, con fuerza, recorriendo sus nalgas de un modo obsceno y asqueroso.

—Se resiste —rio otro.

Cayeron sobre ella. Oyó cómo rasgaban su camisa. Notó manos palpando todo su cuerpo. Era vagamente consciente de estar resistiéndose, de revolverse como podía, pero no era suficiente. El pánico aceleró su corazón.

Le estrujaban los pechos con violencia, le hacían daño. También las piernas. Oía risas y jadeos, la llamaron puta en varias ocasiones. Las manos empezaron a buscar su cinturón, a acercarse demasiado a su zona íntima. Eva deseó desmayarse, no estar consciente ante lo que se avecinaba.

De pronto escuchó un fuerte golpe, juraría que en la pared de enfrente. Había menos manos sobre ella. Después, un gemido. Alguien gritó. Ya estaba libre, nadie la sujetaba. Eva abrió los ojos.

Un hombre retorció el brazo de uno de los chicos, le obligó a doblarse, a aplastar la cara contra el suelo. Otro de los agresores estaba tumbado en el suelo, inconsciente. El tercero se abalanzó sobre su salvador, por la espalda.

—¡Cuidado! —le advirtió Eva.

El hombre no soltó al que mantenía contra el suelo. Movió el brazo libre hacia atrás y golpeó al tercer chico, que cayó desplomado. Entonces el hombre se volvió y Eva pudo verle. Le conocía.

—¡Sombra!

Su tío la miró y sonrió.

—No te muevas —susurró al agonizante chico—. Si se te ocurre levantarte, juro que lo lamentarás. —Corrió junto a su sobrina, la abrazó y palpó sus extremidades—. ¿Estás bien? Dime. ¿Te han hecho algo?

—No —dijo ella conteniendo las lágrimas a duras penas—. Pero iban a… Me

quitaban la ropa… Me tocaban…

—Ya está bien, ya pasó. —Sombra la apretó contra su pecho—. Tranquila.

—Todo ha quedado en un susto gracias a ti, tío.

—Esa es mi chica. Solo alguien fuerte se repone tan pronto de una experiencia como esta. Lo que me recuerda… Ven.

Sombra agarró al tercer chico, al único que quedaba consciente, por los pelos de la cabeza. Tiró y le obligó a mirar a Eva.

Ella le devolvió la mirada. Aún tenía un poco de miedo, pero estaba empezando a sentir rabia por las terribles imágenes que se formaban en su mente, en las que tres chicos abusaban de ella brutalmente, ignorando sus súplicas, riendo y llamándola…

—Este cerdo me llamó puta —dijo con la voz quebrada.

Aún le costaba sostener su mirada.

—Vaya, vaya —dijo Sombra—. Tengo entendido que le has robado, tú y tus amiguitos, tres contra una chica. Qué valientes.

—Yo solo quería el dinero —dijo el chico—. Yo no iba a hacerle nada, lo juro.

—¡Mentira! Me sujetabas como los demás. No le creas, tío. Como poco colaboraba con sus amigos.

—Era un juego —se defendió el chico—. Solo necesitaba dinero.

—Ah, bueno —dijo Sombra. Apretó la mano, tiró más fuerte del pelo. El chico chilló—. Si solo era por dinero, estás disculpado. De hecho…, mira, me has convencido. —Sombra sacó un billete de cien euros—. Esto es para ti. ¿Es suficiente? ¿No? ¿Qué tal otro? ¿Y otro más? —El chico asintió. Una lágrima resbaló desde su ojo izquierdo—. Bien. Trescientos. Si solo era por dinero, ya está arreglado. —Sombra le metió los tres billetes en la boca, bien dentro—. Si escupes alguno te meteré otra cosa en la boca, algo de tamaño suficiente como para dislocar tu mandíbula. Ahora, vas a coger la cazadora de mi sobrina y se la vas a dar con delicadeza.

El ladrón se levantó, recogió la cazadora del suelo y se la tendió a Eva. Los billetes asomaban entre sus labios, llenos de babas. Sombra le sujetaba por el cuello en todo momento. Eva cogió la cazadora.

—El siguiente paso —dijo Sombra— es una disculpa. Creo que has llamado puta a mi sobrina… No oigo la disculpa. —El maleante se llevó la mano a la boca. Sombra le apretó el cuello—. Ah, ah, ¿qué te he dicho de sacarte los billetes…? Veo que lo has entendido. Sigo esperando la disculpa.

El chico masticó los billetes con la boca abierta. Se atragantó y tosió, le costó bastante tragárselos.

—Lo siento mucho —dijo con voz temblorosa. Eva le fulminó con la mirada—. No quería hacerte daño…

—¡Embustero! ¡Me estabais forzando! ¡Os oía reíros mientras me…!

—Lo has intentado —dijo Sombra interrumpiéndola. A Eva le costaba contener el llanto—. Pero como ves, tus disculpas no son aceptadas. Vamos a la última parte.

Separa las piernas. ¡Que las separes, vamos! No te conviene enfadarme. Así está bien. —Sombra miró a su sobrina—. Tu turno, cariño. Dale bien fuerte, justo en… ¡Eso es! —El chico se encogió por la patada, pero Sombra le mantuvo erguido—. No está mal. Pero presta atención, cariño. ¿Ves su respiración? No se asfixia. Eso significa que no le has dado donde apuntabas, que está fingiendo. Habrá contraído la pierna en el último momento. No importa, prueba otra vez. Y, tú, separa más las piernas. ¡Más! Perfecto.

Esta vez Eva acertó de lleno. El ladrón se dobló, se llevó las rodillas al pecho, abrió la boca al máximo y se puso rojo. En un momento dado tomó aire, parecía que se recuperaba, pero volvió a sufrir problemas para conseguir oxígeno en los pulmones.

Eva le vio agonizar y se sintió un poco mejor, pero no demasiado. A él se le pasaría el dolor en unos minutos, mientras que el daño que pensaban causarle a ella le podría haber dejado secuelas de por vida.

Esperaron un poco.

—Bien, ya estás recuperado —dijo Sombra zarandeándole un poco—. Te falta una patada. Una por cada miembro de la pandilla. Como eres el único consciente, te llevas las tres tú solito. Y tienes suerte de que cuente la primera, la que falló.

Eva contempló un segundo el triste despojo humano que su tío sujetaba por la nuca, su aspecto era lamentable. Por alguna razón que no entendía, no quiso golpearle de nuevo.

—No quiero hacerlo, tío.

—Gracias… —murmuró el chico.

—Por supuesto que no, cariño. Y no lo harás —dijo Sombra en tono dulce—. Eso es porque eres una gran persona. Contaba con ello. Pero ¿sabes una cosa? A esta escoria no le importaba lo buena persona que eres y es probable que dentro de unos días o unos meses tampoco lo importe lo buena persona que sea otra chica que camine sola por el metro. Por eso voy a asegurarme de que no se olvide de este encuentro. La tercera patada se la daré yo. Tú no quieres ver esto, cariño. Vete ahí, a la vuelta de la esquina, yo voy enseguida.

Eva obedeció. Se alejó con paso tambaleante, dobló la esquina y se apoyó en la pared. Escuchó el golpe. Hubo un grito muy alto, agudo, pero murió enseguida. Entonces llegó de nuevo la lucha por conseguir aire. Su tío se reunió con ella mientras aún se escuchaban los lamentos.

Le abrazó con todas sus fuerzas y rompió a llorar en su pecho. Sombra le acarició la cabeza hasta que terminó de desahogarse. Al salir, la condujo hasta el bar del hotel que estaba enfrente de la boca de metro, y pidió un chocolate caliente.

—Esto te tranquilizará. No es conveniente que tus padres te vean así de nerviosa.

—¡Cielo santo! ¡Mis padres!

—Yo me encargo de ellos —dijo Sombra—. Dame tu móvil y termina el chocolate, te sentará bien.

Había llamadas perdidas de su casa y del móvil de su padre. Eva escuchó a su tío mintiendo descaradamente. Se le daba bien, porque su voz no temblaba ni mostraba inseguridad. Podía oír las protestas de su padre desde donde estaba sentada.

—¿Quieres calmarte? —dijo Sombra—. No sabía que la película era tan larga… ¿Qué querías que hiciera? La otra noche no pude verla, ¿recuerdas?… Le mentí, le dije que os lo había dicho a vosotros… Que sí, pesado… No quiere ponerse… Porque tiene miedo de tus broncas, señor juez que nunca hace nada malo… Enseguida la llevo a casa. Y como se os ocurra regañarla por algo que es culpa mía la raptaré… En cuanto nos acabemos las palomitas.

Colgó y le devolvió el móvil a Eva.

—¿Estaban muy enfadados?

—Lo normal. Ya conoces a tu padre, pero no te preocupes, me culparán a mí, tu madre estará encantada de hacerlo.

Aquello no le sonó muy bien a Eva. Tomó un sorbo de chocolate. Estaba espeso y humeaba.

—A lo mejor debería decirles la verdad. No quiero que mamá se enfade contigo.

—Si lo haces, no te dejarán salir hasta que cumplas los cuarenta —dijo su tío—. Has tenido mala suerte. A veces pasa. Lo que tienes que hacer es aprender y tener más cuidado, no ir sola por el metro a estas horas. Pero quedarte encerrada en casa y amargada no es la solución. Hay que vivir.

Eva bebió en silencio, admirando todavía más a su tío. Le gustaba estar con él y no entendía por qué a su madre le caía tan mal. Había algo entre ellos que les distanciaba y ella no entendía qué podía ser. Sombra era el familiar más divertido que tenía. Le había enseñado de todo, porque de todo sabía. Incluso bailaba bien. Y ahora encima había descubierto que era fuerte y que la protegía. Y además era guapo. Solo le fallaba que era un viejo de más de cuarenta años, aunque solo aparentara treinta. Lo que siempre le hacía pensar…

—¿Puedo preguntarte algo, tío?

—Pues claro —contestó Sombra.

—Eres mayor que papá, pero pareces bastante más joven.

Sombra sonrió.

—Ya te lo he dicho, tengo la suerte de mantenerme muy bien. No durará, por desgracia. El tiempo pasa para todos. Además, el problema es tu padre, que se conserva muy mal. Es por su trabajo. La judicatura conlleva una gran responsabilidad, de mucho estrés, y tu padre se lo toma muy en serio. También se preocupa por ti y por tu madre. Todo eso envejece mucho. Si yo tuviera hijos estaría repleto de canas, o sin pelo, que es peor.

Sonaba razonable. Lo que Eva no entendía era por qué Sombra no estaba casado. Seguro que las mujeres mayores estaban locas por él. Quizá su trabajo era un impedimento. Eva no sabía qué hacía exactamente un marchante de arte, pero viajaba mucho, durante largos periodos de tiempo a veces, y así debía de ser complicado

mantener una relación.

—¿Y qué hay de tu nombre verdadero? ¿Nunca me lo vas a decir?

—Nunca. Es un nombre horrible, lo odio —dijo con una mueca desagradable—. Y ahora déjame que te eche un vistazo. —Tomó su cara con delicadeza, la volvió a ambos lados—. Seguramente te saldrá un moratón en el lado derecho. Tendrás que usar maquillaje.

Eva asintió.

—¿Por qué me hicieron eso, tío? ¿Por qué hay gente así?

Sombra suavizó la expresión de su cara.

—No tiene nada que ver contigo, cielo. Hay gente que apesta, siempre la habrá. Es parte de la condición humana. No merece la pena esforzarse en entender a la escoria, solo hay que evitarlos. Y eso me recuerda que no llevas la pulsera que te regalé.

A Eva le extrañó ese último comentario. ¿Qué importancia podía tener una pulsera?

—¿Esa que tenía ese símbolo tan raro dibujado en una piedra lisa?

—Esa. Te dije que no te la quitaras nunca.

—Pero, tío. Es que… es un poco fea. No pega con mi ropa.

—Puedes llevarla por dentro de la blusa, sin que se vea. Hazlo por mí, cariño. Créeme si te digo que ese símbolo trae suerte.

—Está bien… —repuso Eva de mala gana—. Solo porque tú me lo pides. Y como espante a algún chico, te dejaré de hablar.

—Genial. Una última cosa. Me voy de viaje y necesito que mi sobrina favorita me haga un favor mañana.

—¿Otro viaje de negocios?

—Sí. Tengo que ir a Berlín, a evaluar una nueva colección de cuadros…

—Vale, vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Es bien sencillo. Solo tienes que ir al banco que está al lado de tu instituto, ¿vale? —Ella asintió. Sombra siguió con la explicación—. Pues lo único que tienes que hacer es entrar a primera hora y entregar este sobre a algún empleado.

Se lo dio. Era un sobre marrón anodino, con un nombre escrito en el anverso.

—¿Y ya está?

—Sí. Se lo entregarán al dueño del banco. Hemos hecho algún que otro negocio juntos.



6

Era una noche perfecta, sin luna ni luz, de esas que celebran los depredadores nocturnos.

Sombra sonrió. Le envolvía una oscuridad impenetrable, secundada por los sonidos del cementerio. Había murciélagos planeando en círculos, ratas correteando entre las tumbas agrietadas, gatos encaramados a los árboles… y un vampiro.

Sombra enterró las manos en la tierra, al pie de la cruz de madera, y excavó, en silencio, alerta en todo momento a su entorno. Enseguida acumuló un montón de tierra apilado a un lado. El agujero no era demasiado profundo, pero era más negro que la noche. Aun así, el vampiro no tuvo problemas para distinguir una superficie metálica en el fondo.

Extrajo la caja y la abrió, contó el dinero de su interior. Estaba todo.

—¿El pago por otro trabajo, Sombra?

La voz sonó cerca, demasiado para que él no hubiera advertido su presencia. Muy pocos seres deberían ser capaces de aproximarse tanto. Sombra sabía que no vería a nadie al volverse, pero lo hizo igualmente, sacó los colmillos en un acto reflejo.

—Estás muy ocupado últimamente.

Ahora sonó mucho más lejos, elevada. Seguramente desde lo alto de un árbol. Sombra no logró ubicar al dueño de aquella voz.

—Supongo que por eso me tienes abandonada.

Había cambiado de posición de nuevo, sin que él viera nada. Entonces apareció, se mostró justo delante de él. Sombra retiró los colmillos.

—¿No te alegras de verme? Qué decepción…

—Claro que me alegro —contestó Sombra.

No se alegraba, los dos lo sabían, como también sabían que él debía responder del modo en que lo había hecho.

Vela era un poco más alta que Sombra y más esbelta. Tenía los colmillos más

afilados que Sombra había visto nunca, blancos y brillantes, tan hermosos como letales.

—Hace tiempo que no me cuentas de tu vida, Sombra —dijo ella. Su cuerpo se fundía con la negrura. Un mortal no podría distinguirla—. He tenido que venir a tu escondrijo para encontrarte. Imaginaba que andarías con alguno de tus tratos. ¿Sigues matando por dinero?

—Tengo que ganarme la vida de algún modo.

—Los demás vampiros no aprueban tus actividades, Sombra, piensan que llamas demasiado la atención, pero a mí no me molesta. Me gusta tu estilo. Mientras sigas a mi cargo no tienes por qué preocuparte.

El mensaje era obvio: Sombra continuaba trabajando como asesino porque Vela lo permitía.

—Hablando de eso —dijo Sombra—. Hiciste un gran trabajo conmigo, pero creo que ya estoy preparado para ir por libre.

Vela se acercó, le acarició el pecho con suavidad, luego el hombro, la espalda. Él se dejó, no se volvió cuando ella se colocó detrás.

—Sombra, cariño, me encantaría, pero no puedo. Tengo una responsabilidad.

—¿Consideras que no estoy preparado?

Sonó más duro de lo que debería, de lo que se había propuesto.

—¿Estás enfadado? —Vela pestañeó, juntó los labios de un modo irresistible—. Eres un buen vampiro, Sombra, uno de los mejores, pero apenas llevas quince años como inmortal. Es muy pronto para ti, aún tienes que aprender mucho más. —Acercó su rostro y bajó el tono de voz—. Y yo tengo que enseñarte.

—¿Quieres que me enfrente a un vampiro de cien años para que veas que no soy ningún debilucho? Tráemelo y verás.

—Cuidado, Sombra. —Los ojos de Vela brillaron. Se mordió el labio inferior—. Es la última vez que te advierto sobre esto. No vuelvas a hablar de medirte con otro vampiro. Nadie puede matar a un vampiro bajo la pena más cruel que puedas imaginar. No lo olvides.

Era difícil de olvidar. Uno de las primeras lecciones que aprendían los vampiros nada más ser convertidos era que no se toleran las peleas entre ellos, bajo ninguna circunstancia. Una regla que provenía de mucho tiempo atrás, milenios, desde los tiempos en que podían caminar a la luz del sol. Un vampiro se saltó esa norma una vez. No le mataron, pero decidieron castigarle para que los demás aprendieran con su ejemplo.

El vampiro seguía encerrado en una torre muy estrecha, de forma cilíndrica, repleta de runas y símbolos de reclusión, de espacio tan reducido que el prisionero apenas podía separar los brazos del cuerpo un par de centímetros, y por supuesto no podía sentarse ni tumbarse, solo permanecer de pie. Todas las mañanas, el techo de la torre se abría durante quince segundos y el sol incidía directamente sobre su cabeza. Sombra conocía el tormento que el sol causa en la piel de un vampiro por experiencia

propia, de cuando salvó a Eva de caer al vacío, y no podía imaginar lo que supondría sufrir esa tortura día tras día durante milenios, y por toda la eternidad, ya que el condenado nunca sería puesto en libertad.

Todos los vampiros recién convertidos eran llevados a contemplar el castigo, para recordar el destino que les aguardaba si osaban acabar con la vida de uno de los suyos. En los últimos tiempos la norma se estaba endureciendo. Ya no era suficiente con no matar a otro vampiro, tampoco se le podía negar ayuda.

Eran reglas básicas, propias de quienes se enfrentan a la extinción. Hubo un tiempo en que eran los dueños del mundo, los únicos inmortales de origen no divino, y los más poderosos. Los ángeles llegaron a temerles y les impusieron la pena de no poder soportar la luz del sol. Las demás criaturas inferiores se aprovecharon, se rebelaron contra ellos y se liberaron.

Lo peor de todo fue un efecto secundario del que tardaron en darse cuenta, inesperado, según se cree, ya que no era la intención de los ángeles cuando impusieron su condena, pero que igualmente surgió y tuvo consecuencias devastadoras en ellos. Desde aquel entonces, cada vez era más complicado convertir a un humano. La situación fue emporando con los siglos y ahora se había llegado a un punto en que era casi imposible convertir a alguien. Había supuestos trucos para conseguirlo, pero nadie podía confirmarlos. Los conflictos con las razas inferiores como hombres-lobo, magos, y por supuesto centinelas, nunca cesaron, y la población de los vampiros fue disminuyendo. Por pocos que murieran, no podían reponerse, no en su totalidad al menos, mientras que los mortales seguían procreando, y los hombres-lobo seguían mordiendo y ganando miembros para sus apestosas manadas.

Se creía que Sombra era el vampiro más joven de Madrid, tal vez incluso de España, y eso no era una buena referencia de su situación.

—Conozco la pena por matar a un vampiro —dijo Sombra—. Era una forma de hablar, no una declaración expresa de intenciones. Solo quería recalcar que estoy preparado, puedes librarme de tu dominio.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y agitó su melena.

—Eso debo decidirlo yo —dijo—. Y decido que no lo estás.

Se esperaba esa respuesta. Vela era su dueña, su creadora, y solo ella podía dar por concluido su entrenamiento. Pero Sombra sospechaba que no lo haría nunca. Vela era muy poderosa y su posición había mejorado sustancialmente cuando convirtió a Sombra. Ahora gozaba de una excelente reputación y puede que aspirara incluso al puesto de líder.

Cuando un vampiro convertía a un humano, se formaba un vínculo especial entre ellos, uno que solo el creador podía romper. Sombra lo percibía, pero desconocía el alcance de dicho vínculo. Si hubiera convertido a alguien él mismo podría saberlo, pero no era el caso. Había oído que ese vínculo podía extenderse a los nuevos vampiros, de modo que si Sombra convertía a alguien mientras siguiera ligado a Vela, indirectamente le estaría beneficiando a ella y a nadie más. Nadie había convertido a

Vela, ella era uno de los vampiros originales, de los que fueron creados al inicio de los tiempos.

—¿Puedo saber en qué basas tu decisión? —preguntó.

—Hay muchas razones —dijo ella—. Pero lo peor de todo es tu apego por los mortales. Mientras sigas aferrado a tu familia no podrás ser considerado un verdadero vampiro. Nadie tarda más de unos meses en cortar los lazos, en darse cuenta de su condición superior e inmortal. Tú no has llegado a ese punto.

—Tal vez sea porque soy más inteligente que los demás —repuso Sombra—. Precisamente porque me doy cuenta de mi inmortalidad, de que tengo la eternidad por delante, puedo seguir con mi familia. ¿Cuánto tiempo pueden vivir? ¿Cincuenta años más? ¿Ochenta en el caso de Eva? ¿Qué son ochenta años para nosotros? Apenas un suspiro.

—Tu razonamiento demuestra tu ignorancia. No es culpa tuya, cariño, aún eres muy joven. ¿Has pensado que ocurrirá si tu dulce sobrina tiene hijos? Tu familia seguirá viviendo y tu debilidad por ellos te mantendrá en esta situación. —Sombra iba a replicar, pero ella se lo impidió con un gesto—. Te estoy permitiendo que continúes a su lado, pero mi paciencia tiene un límite, te lo advierto. Lo ideal sería que tú mismo acabaras con ese vínculo absurdo, aunque puede que algún día me obligues a darte un empujón.

Sombra apretó los puños y retiró un tanto el labio superior.

—Ni se te ocurra acercarte a ellos, te lo advierto. Si les tocas…

Vela soltó una carcajada suave.

—Sombra, cariño, mi asesino favorito, no te pongas de esa manera. —Se acercó a él, le acarició la barbilla, juntó los labios y los dejó a menos de un centímetro de los suyos—. Te he dicho que de momento no me importa. No les deseo ningún mal y menos a tu hermano, el juez más honrado de este país. Apuesto a que el bueno de Esteban no me ha olvidado. Seguirá pensando en mí…

Sombra la apartó y dio un paso atrás.

—Ni lo sueñes. Está felizmente casado. Ya no se acuerda de ti.

—Lo dudo mucho.

Era probable que así fuera. Vela fue novia de Esteban hacía mucho tiempo, hasta que él se interpuso entre ellos y se la arrebató a su hermano, o eso creyó. En realidad fue ella la que cambió de opinión y prefirió a Sombra. En su momento no supo la verdadera razón. Sombra era el hermano más favorecido, siempre se le habían dado mejor las mujeres que a Esteban. Cuando vio la nueva novia que tenía su hermano pequeño se volvió loco de celos. Vela era una mujer muy hermosa, distinguida, con un atractivo irresistible, una voz seductora y una silueta espectacular. Se enamoró locamente de ella. Y fue eso lo que le abrió las puertas al mundo de los vampiros.

Una de las teorías más aceptadas en torno a la conversión era que solo funcionaba cuando la víctima estaba fuertemente ligada al vampiro, cuando entregaba su alma voluntariamente, es decir, cuando estaba enamorada. Naturalmente, con eso no

bastaba, pero era un requisito imprescindible. Se decía que solo había una o dos excepciones, pero que desde hacía quinientos años todos los conversos habían estado enamorados de sus respectivos vampiros. Por eso también tenían la norma de convertir a personas con un cierto atractivo, jóvenes y en torno a los treinta años. Aquello tenía el inconveniente de que una vez convertidos, los recién creados vampiros pasaban por un estado de odio puro al darse cuenta de que habían sido engañados, de que la persona que amaban no les correspondía y había estado jugando con ellos. Sombra al menos se contentó con saber que había salvado a su hermano, ya que de no haber sido él, Vela habría convertido a Esteban. Por eso no podía dejar que Vela pensara que Esteban seguía loco por ella, si no, podría tratar de convertirle a él también, aunque ya era mayor para el patrón que buscaban.

—Pues no dudes tanto. Esteban está enamorado de su mujer y no rompería su familia por nadie. Ni siquiera por ti, Vela, aunque te cueste creerlo.

—A ti te cuesta creerlo —repuso ella muy tranquila.

—No quiero hacerlo, Vela, pero si no me queda más remedio, lucharé, contra quien sea. Si alguien toca a mi familia, lo mataré. Me da igual el castigo, y si por un momento intuyo que me vais a capturar, romperé la página. No aconsejo que me pongáis a prueba en eso.

Ella se acercó de nuevo y sonrió, puso una mano a cada lado de su cabeza. Sombra se resistió lo que pudo, pero era más fuerte que él. Ella le besó con fuerza, apretó sus labios fríos y carnosos contra los suyos, le acarició el pelo de la nuca. Sombra notó cómo algo se encendía en su interior en contra de su voluntad, un fuego que trepó por su espalda, que se enroscó en su cuello y le hizo estremecer.

—A eso me refería, cariño —dijo ella junto a su oreja—. Aún no estás preparado. —Le soltó—. Y a mí no puedes engañarme. Tienes valor, pero no me has olvidado, no puedes. Y sé que no te atreverías a romper una página de la Biblia de los Caídos. No te apures, cuando llegue el momento me la entregarás voluntariamente, ni siquiera tendré que pedírtela.

Lo cierto era que Sombra no pensaba romper la página que poseía, pero no era por la razón que Vela suponía. Naturalmente, estaba al corriente de la supuesta importancia de ese libro. La leyenda relataba que la Biblia de los Caídos fue el origen de la guerra en el cielo. Dios y Satán se pelearon por ella, y en el forcejeo se rompió, las páginas cayeron al mundo y se perdieron en su inmensidad. Ahora todos luchaban por recuperarlas, por descubrir el secreto que se oculta en su interior, un secreto capaz de originar una guerra en el cielo.

Todo eso era muy bonito, pero a Sombra no le reportaba ningún beneficio directo. No se molestaba en darle vueltas a si era o no verdad la leyenda, aunque era innegable que aquel libro encerraba algo muy poderoso. Las runas, y sus increíbles efectos, provenían de la Biblia de los Caídos, de las páginas que habían sido recuperadas. A Sombra no le gustaban, no se sentía cómodo dependiendo de unos garabatos que no terminaba de comprender. Por eso no se había molestado en

aprender los trazos, prefería que otros los grabaran para él.

Lo verdaderamente importante era que todo el mundo ambicionaba las páginas de la Biblia de los Caídos, y eso las confería un valor incalculable, al margen del secreto que albergaran. Sombra había aprendido mucho tiempo atrás que lo más valioso era lo que los demás necesitaban, aquello por lo que estaban dispuestos a pagar cualquier precio.

—Aún no me has contado para qué has venido a verme.

Ella asintió y le miró divertida.

—Tienes razón, siempre me entretengo hablando contigo. —Vela se puso seria—. Tengo que advertirte de que hasta nueva orden, no puedes salir de Madrid, y es mejor que termines pronto tus asuntos. Es muy probable que te reclame en breve.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Tal vez haya llegado el momento que tanto tiempo llevamos esperando. —Hizo una pausa. La curiosidad de Sombra creció de repente, pero el vampiro se contuvo, esperó a que ella se explicara—. Ha muerto un ángel. Bueno, en realidad, le han matado.

—¿Un demonio?

—No, un mortal.

—¡Imposible! —repuso Sombra—. Nadie puede matar a un ángel. Solo un demonio, y no uno cualquiera, solo uno de los caídos podría hacerlo. Es otro de tus juegos, pero no me engañarás.

—No imagino qué crees que conseguiría mintiendo con esto —dijo Vela un tanto decepcionada—. Me sorprende que no hayas oído el rumor. Céntrate porque es verdad. Ha ocurrido, y ha sido aquí, en Madrid. Como comprenderás, nos interesa mucho saber cómo han matado a quienes nos impusieron la debilidad a la luz del sol.

Sombra no pudo contener su asombro. La noticia era demasiado importante para todo el mundo, pero en especial para los vampiros, por razones obvias.

—¿Se sabe quién ha sido?

—Sí, aquel que no tiene alma. ¿Le conoces?

—He oído hablar de él. Se cuentan cosas muy extrañas de ese tipo, algunas son difíciles de creer. Pensaba que eran exageraciones, cuentos.

—Pues no lo son —dijo Vela, que había adoptado un tono autoritario—. Aquel que no tiene alma ha matado a un ángel. Aún no sabemos cómo, pero lo más importante es que lo ha hecho.

En cuanto se enteraron, los vampiros quisieron averiguar cómo había sido posible tal hazaña. Sombra podía entenderlo. Si descubrían el modo de matar ángeles podrían forzarles a devolverles la inmunidad contra el sol o a que dejaran de tener impedimentos para convertir a más humanos. Si lo conseguían, se abriría una nueva etapa para ellos.

—Acabaré mi trabajo y estaré a tu disposición, Vela. Te lo aseguro.

—Eso no me basta. Si te requiero antes, dejarás lo que estés haciendo. Nada es

más importante.

—Lo sé.

—No. Crees que lo sabes, pero no es así —aseguró ella—. Tú no sabes qué es caminar a la luz del sol siendo un vampiro, no puedes saber qué se siente cuando te arrebatan eso, pasar de ser los más poderosos a quedar relegados a una posición defensiva. ¡Nosotros!

—Me queda claro, de verdad —dijo Sombra—. Tal vez no haya experimentado nada de eso, pero sé que si nos hicieron eso en el pasado, podrían castigarnos de nuevo de otra manera diferente, tal vez peor. Les odio tanto como tú, Vela, y me tendrás a tu lado cuando llegue el momento.

—Excelente. —Se notaba que Vela estaba satisfecha con la reacción de Sombra —. Termina tus asuntos deprisa. Pronto saldremos de caza.



7

Javier Arnao se despertaba muy temprano, a las seis de la madrugada. Tenía un millón de asuntos que atender siempre, como correspondía a un empresario de éxito.

Cada mañana se daba una ducha con el agua templada, tirando a fría, porque era lo mejor para despejarse, y luego desayunaba en exceso, mucha bollería y mucho café, una de sus debilidades. Alternaba los bollos con rápidos vistazos a su pequeño portátil, en el que consultaba la cotización de la bolsa y otras noticias financieras. Evitaba entrar en su cuenta de correo. Eso lo dejaba para cuando estuviera cómodamente instalado en su despacho.

Aquella mañana, sin embargo, no acudió a la oficina. Tenía un asunto importante que supervisar, una entrega especial que le obligaba a trabajar en sábado. Le indicó a su chófer la dirección.

—Buenos días, señor Arnao —le saludó el director del banco nada más llegar.

Javier le estrechó la mano. El director era un empleado extremadamente eficiente. Hasta el último céntimo de la sucursal estaba contabilizado por su mente analítica. Siempre lucía un aspecto impecable, un detalle que trasladaba a todo el local.

—Buenos días —respondió Javier echando un vistazo general—. Me gustaría terminar cuanto antes. ¿Llegaron los diamantes?

—Por supuesto, fue ayer mismo. Pasemos a mi despacho y le pondré al corriente.

Javier le siguió. Habían recibido dos de los diamantes amarillos más grandes del mundo, cuyo valor era incalculable, y estaban guardados en la cámara acorazada de la sucursal. Se trataba de una estancia construida a base de hormigón armado y cemento fundido, ubicaba a diez metros de profundidad.

El director le lanzó una mirada incómoda.

—Antes de comenzar con los detalles, tal vez quiera echar un vistazo a esto.

Javier cogió el sobre que le tendía. Llevaba su nombre escrito.

—¿De dónde ha salido?

—Me lo dio una muchacha esta mañana —explicó el director—. Insistió en que se lo entregara a su dueño y luego se marchó deprisa. No lo he abierto.

Javier rasgó el sobre, impaciente por la curiosidad. No imaginaba quién podía ser la joven mensajera, pero supuso que hallaría la respuesta en el contenido del sobre.

Solo había una fotografía. Y era más que suficiente.

El rostro de Javier se contrajo por la sorpresa. Tragó saliva.

—¿Puedo acceder a la cámara de seguridad? —preguntó de repente.

El director se sorprendió mucho por la reacción.

—¿Malas noticias?

—Véalo usted mismo. —Javier dejó el documento sobre la mesa con un fuerte manotazo.

El director entendió la consternación de Javier y se sorprendió todavía más.

—Es imposible —aseguró.

—Comprobémoslo.

Fueron a toda prisa hacia la cámara de seguridad. La fotografía mostraba el contenedor donde se guardaban los diamantes. Estaba abierto y vacío.

Los dedos del director temblaban mientras introducía el código de seguridad. La enorme puerta acorazada se abrió, deslizando a un lado las más de diez toneladas de peso distribuidas de forma circular.

El contenedor estaba abierto justo delante de ellos, ligeramente torcido a la derecha, exactamente como figuraba en la fotografía. Ni rastro de los diamantes. Javier no podía creerlo. No había ningún boquete en la pared, ningún desperfecto, nada que explicara cómo alguien había podido entrar y robar las joyas.

La puerta se cerró de golpe. Javier oyó un golpe a su espalda y se volvió. El director yacía en el suelo, inconsciente. ¿Qué había pasado? Se puso nervioso, miró a un lado, luego al otro, tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo. No veía nada…

—No terminé mi charla contigo la otra noche.

Conocía esa voz vagamente, pero no había nadie allí, estaba a solas con el director. Era imposible. ¿Se estaría volviendo loco?

Entonces vio una sombra en un rincón, donde la luz proyectada desde la lámpara del techo apenas alcanzaba. Allí había alguien, una silueta con forma humana, ahora la distinguía con claridad.

—¿Quién eres?

—¿No me recuerdas? —El hombre emergió de la esquina y se mostró a la luz. Javier tuvo ganas de gritar—. Después de haberte estrangulado a los pies de una iglesia pensaba que no me olvidarías.

—¿Qué quieres? ¿Cómo has entrado aquí? ¿Y los diamantes?

—Calma, calma, demasiadas preguntas.

Javier Arnao no podía calmarse, era imposible. Aquel individuo le había sostenido en el aire con una sola mano, sin pestañear siquiera, mientras hablaba con

el padre Jorge. Poseía una fuerza sobrehumana y ahora estaba atrapado allí con él, a su merced. Se forzó a recordar la conversación con el anciano, pero el miedo no le ayudaba, y se dio cuenta de que solo había captado fragmentos aislados. Mientras luchaba por no ser estrangulado, sus oídos se habían taponado en más de una ocasión. Pero algo quedó, una explicación que justificaba la fuerza de aquel individuo. Y también recordó un nombre.

—¿Sombra?

Javier escuchó algo, un leve susurro apenas audible. Sombra se movió o eso le pareció. Fue como un parpadeo. Estaba delante de él, y una fracción de segundo después, seguía ahí, pero con algún cambio en su postura.

—Veo que tu memoria funciona después de todo —dijo Sombra—. Respecto a las otras preguntas, te diré que no puedo explicarte cómo he entrado, me temo que no lo comprenderías. Y los diamantes están donde deberían.

Javier se volvió. Efectivamente las dos piedras preciosas descansaban en el interior del contendor, donde solo había aire hacía un instante. Entonces creyó entender qué había pasado. Se giró de nuevo.

Sombra estaba ahí, justo enfrente de él, a un palmo escaso, silencioso y serio.

—Sí, los he devuelto hace un momento, sin que me vieras.

Javier dio un paso atrás.

—¿Has venido a robarlos?

—Entonces, ¿por qué los devuelvo al contenedor? El miedo no te deja razonar. Es comprensible, lo he visto en numerosas ocasiones. Deberías controlar la respiración.

—NNNo entiendo nada. —Javier se llevó las manos a la cabeza.

—Yo te lo explicaré, es bastante sencillo. He venido a matarte. —Sombra comenzó a pasear de un lado a otro. Su calzado deportivo parecía no tocar el suelo—. Por si no lo captaste con claridad cuando hablaba con el bueno del padre Jorge, soy un vampiro, y la luz del sol no me sienta nada bien. Necesitaba traerte aquí dentro, donde podemos estar solos y a oscuras. No me llevaré los diamantes, no me interesa que confundan el móvil del asesinato. Aunque entiendo que ese detalle a ti no te importe lo más mínimo.

Javier estaba asustado, pero no tanto como debería al escuchar que le iban a matar allí mismo. Algo en el vampiro le confundía, tal vez la forma tan natural con la que se expresaba. No mostraba una actitud amenazadora, ni su aspecto era el que imaginaba en un asesino. Únicamente el contenido de sus palabras revelaba sus intenciones.

—¿Por qué vas a matarnos? ¿Qué te hemos hecho?

El vampiro seguía desplazándose por la cámara de seguridad según hablaba, a veces con las manos cogidas a la espalda, otras acariciando su barbilla, pero siempre en movimiento, un movimiento lento y calculador.

—¿Matarnos? No, no. Me he explicado mal. Solo voy a matarte a ti. El director no me sirve para nada.

—¿Es para… alimentarte?

—No. Bueno, es una ventaja añadida, pero no me metería de día en un banco para eso. Puedo cazar de noche.

El miedo creció en el interior de Javier.

—Entonces es por mí, es algo personal.

—He venido a por ti, sí, pero no es personal. Se trata de negocios. Soy un profesional y mato por dinero.

—¿Alguien te ha pagado por acabar conmigo?

—No, con el padre Jorge —dijo Sombra—. Entiendo que no veas la relación. Verás, ese buen hombre tiene la mala costumbre de no salir de su iglesia y de noche está muy bien guardada por los centinelas. De día, claro está, no puedo ocuparme de él como debería. Así que me he visto obligado a tomar medidas.

Javier Arnao no podía comprender que alguien quisiera matar al padre Jorge, a una de las mejores personas que había en el mundo.

—Me matarás para obligarle a salir, pero no servirá de nada. La misa se celebrará dentro de la iglesia y no acudirá a mi entierro, que por otra parte sería de día. Es un plan absurdo.

—No lo es —dijo Sombra, secamente.

Se hizo un pequeño silencio. Javier empleó la pausa para reflexionar, y funcionó, comprendió el verdadero plan del vampiro.

—Es un chantaje. Piensas seguir matando a la gente que conoce hasta que acceda a salir de la iglesia por la noche. Lo que no entiendo es por qué me cuentas todo esto. Si vas a acabar conmigo, ¿por qué no lo haces y ya está?

—Esa es una pregunta interesante. Hay dos razones principales. La primera es que me gusta que la víctima, que no es lo mismo que la presa, sepa por qué voy a poner fin a su vida. Reconozco que hay algo en los últimos instantes de una persona que me atrae, sus reacciones, sus expresiones. Se descubre una parte íntima que nadie más ve, que ni siquiera ellos mismos conocen. En tu caso, puedo afirmar que no lo haces mal por ahora, controlas tu miedo lo suficiente como para no lloriquear, ni hacer súplicas absurdas, no te desmoronas. Lo normal es que la gente busque algún modo de salvarse. Algunos me atacan. Un gran error, por cierto, porque solo acelera el final y les priva de alguna ventaja que ahora te comentaré. Otros intentan sobornarme. Celebro que este tampoco sea tu caso. Imagino que has comprendido que no tiene mucho sentido ofrecer dinero a quien se halla en la caja fuerte de un banco. Finalmente unos pocos intentan hacerme ver que estoy equivocado, que mis actos son malos y que no debería hacerlo. Reconozco alguna intervención bastante creativa en este último grupo. Menciones al infierno y la salvación de mi alma…

—Has dicho que no he perdido una ventaja. ¿Cuál?

—Una importante, que además es la segunda razón de que te cuente todo esto. Te voy a permitir hacer una llamada. Podrás despedirte de quien quieras. Será breve, pero tendrás la ocasión de transmitir tus últimas palabras.

Javier no entendía nada.

—¿Me permitirás llamar a mi mujer?

—Naturalmente. La familia es lo más importante de todo. —Sombra sacó un móvil y se lo lanzó. Javier lo atrapó al vuelo—. Será una llamada corta, así que escoge bien tus palabras. Si sucumbes al miedo y tratas de llamar a la policía, pedir ayuda o revelar lo que está a punto de sucederte, tu muerte será lenta y brutal. Y corres el peligro de enfadarme y que decida acabar con algún miembro de tu familia.

—Aquí dentro no hay cobertura —dijo estudiando el móvil, en cuya parte trasera lucía un extraño símbolo.

—Para ese teléfono sí la hay —le aseguró Sombra—. Te recomiendo que hables sin que se note qué está pasando. Cuando vean las noticias, entenderán el motivo de tu llamada. Tenlo presente.

Javier siguió el consejo. Era evidente que el vampiro había estado en esta situación en incontables ocasiones y que la controlaba a la perfección. Además, entre el terror que dominaba su mente, brillaba la certeza de que no había nada que pudiera hacer para reducir al vampiro y escapar. Se concentró en la llamada más difícil de toda su vida, una que jamás imaginó que tendría que hacer.

Su mujer contestó a la primera. Javier agradeció que no estuviera sin batería o fuera de cobertura.

No pudo reprimir el impulso de decirle que la quería nada más oír su voz. Ella se extrañó, pero él logró tranquilizarla. Le dijo que estaba en el aeropuerto, que había surgido un viaje de negocios ineludible y que no sabía cuándo regresaría. Separó el móvil cuando se le hizo un nudo en la garganta y creyó que iba a llorar. Luego se disculpó por varios errores del pasado, entre otros por no haberle dado un hijo. A partir de ese punto ella supo que algo iba mal. Él repitió que la quería y…

El teléfono desapareció de su mano.

—Es la hora —dijo Sombra—. Lo has hecho bien, lo tendré en cuenta.

Fue rápido, y por lo que Javier Arnao sintió en los últimos momentos de su vida, sin dolor.



8

La gente inundaba las calles. Los puestos exhibían sus mercancías, de lo más variadas, y los mercaderes las anunciaban a voces, garantizaban su calidad con frases hechas y las vestían de precios bajos, difíciles de resistir.

Los compradores y curiosos paseaban, miraban, se empujaban unos a otros, deambulaban entre los diferentes puestos y compraban.

Así transcurrían los domingos en el rastro de Cascorro, el mercadillo por excelencia de Madrid. Un conglomerado de calles, colmado de cientos de puestos, por los que discurrían miles de personas, incluidos los turistas atraídos por el ambiente del comercio, lo artesanal, la ganga y la oportunidad.

Se podía encontrar un poco de todo menos comida y animales. Ropa, libros, productos electrónicos, muebles, películas… La lista era interminable. Todo se pagaba a buen precio y en metálico. En cierto modo, el intercambio recordaba a la época de los trueques, y así era en algunos aspectos, especialmente en ciertos entornos ocultos.

En una de las callejuelas adyacentes, una muy estrecha a la que apenas llegaba la luz del sol, había una tienda. Parecía una más a simple vista, pero no lo era. Los transeúntes observaban brevemente las extrañas figuras de madera que decoraban el escaparate, los gatos que se retorcían entre ellas, y seguían caminando sin mostrar interés por los extraños objetos.

De vez en cuando alguien entraba en la tienda, y salía al poco tiempo, escandalizado por los precios. Y también de vez en cuando alguien compraba, alguien que sabía qué se vendía en realidad en aquella casa de aspecto sucio y destartalado, alguien que necesitaba lo que allí se ofrecía.

La tienda era únicamente el escaparate, porque dentro, la casa era mucho más que eso. Había un sótano, húmedo y descuidado, insuficientemente iluminado por la luz oscilante de cuatro velas negras. En el suelo, justo en el centro, había un símbolo

grabado. Debajo de ese símbolo se extendía un corredor subterráneo y maloliente, en bastante peor estado de conservación que la propia casa, que comunicaba con la red de alcantarillado de Madrid.

Sombra llegó caminando por él con su habitual ritmo tranquilo, envuelto en la penumbra y el hedor que emanaba de las aguas residuales. Le dio una patada a una rata que pasó ante él. Echó un último vistazo, penetrando en la oscuridad con su visión de vampiro, y golpeó el techo encima de su cabeza.

Escuchó un sonido suave, un roce sobre la piedra, y supo que alguien estaba repasando el símbolo en la parte de arriba. Una sección cuadrada del techo se deslizó sin apenas hacer ruido.

Sombra vio asomarse el rostro delgado de un niño, parcialmente cubierto por una capucha. No lo reconoció.

—¿Un vampiro? —preguntó el muchacho.

Sombra asintió.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

Se retiró. En un segundo escaso, Sombra ascendió por las oxidadas barras de hierro que sobresalían de la pared y servían de peldaños. El chico subió corriendo hasta la puerta de entrada al sótano y la cerró sellándola con otro símbolo, uno que Sombra sabía que estaba destinado a bloquear la luz del sol. Era una medida innecesaria allí abajo, pero que demostraba la seriedad con que trataban a sus clientes.

Así eran los brujos, los mayores comerciantes del mundo oculto. Gracias a ellos, había un momento y lugar en el que había una tregua que todos respetaban. Los domingos, durante el rastro, solo se comerciaba. Las diferencias se dejaban aparte. Y así sucedía en todas las grandes ciudades del mundo. Cada una tenía un mercadillo en el que los brujos llevaban a cabo sus negocios y donde no se permitían peleas ni enfrentamientos.

El muchacho regresó al lado de Sombra, hizo una reverencia y le miró con el brillo de la expectación en los ojos. Era delgado hasta el extremo, y lucía una tez pálida, enfermiza y sucia. Se cubría con una especie de manta o capa, rasgada en diversos puntos y forrada de múltiples remiendos, que hacía juego con sus botas agujereadas. Las manos estaban parcialmente envueltas en pañuelos descoloridos. Aparentaba doce años.

—¿No eres demasiado joven? —preguntó el vampiro.

—Sin duda lo soy —repuso el muchacho con humildad, agachando un poco la cabeza—. Pero me han instruido bien. Puedo atender el negocio en ausencia de mis superiores.

—Eso espero. Primero quiero devolver este teléfono móvil.

Se lo lanzó al chico. El pequeño brujo lo atrapó en el aire.

—Observo que está modificado para disponer de cobertura en cualquier parte —

dijo tras repasar la runa grabada en la parte trasera—. ¿Puedo transmitir a mi jefe tu satisfacción por el uso del dispositivo?

—Puedes.

Los brujos parecían un departamento de atención al cliente. Siempre preocupados por la satisfacción de sus productos, como si se pudiera recurrir a otros para conseguir lo mismo.

—Es una gran alivio saberlo —dijo el muchacho—. Si puedo servirte en algo más…

—Necesito una runa concreta, una que me grabaron en un cuadro, pero que dure más de una semana.

—A tu disposición. Necesitaría saber de qué runa se trata. —Sombra le entregó un papel con las especificaciones. El muchacho lo estudió con atención, se encorvó sobre el documento y murmuró. Al vampiro le disgustaba el idioma particular de los brujos, aunque no lo entendía. Nadie salvo ellos lo hablaba—. Es una runa de protección. Un diseño complejo. Me temo que su duración está optimizada. Una semana es el máximo.

—Eso ya lo sé —dijo Sombra en tono cortante. Le disgustaba tratar con un chaval sobre las runas, un tema que no dominaba—. Pero no es suficiente. Necesito alargar ese plazo, quiero una solución y no me sobra el tiempo. Ponle precio y terminemos cuanto antes.

De eso se trataba siempre, era la esencia de los brujos, el servicio y el precio.

—Si me concedes un minuto consultaré el catálogo. —El muchacho cogió un libro que parecía a punto de deshacerse de una estantería polvorienta, atornillada a la pared. Pasó las páginas y leyó, musitó varias frases. A Sombra no le gustó el tono que creyó percibir—. Creo haber hallado una solución satisfactoria al problema. La duración, en este caso concreto, está relacionada con el tamaño de la runa. Si prescindimos del cuadro y la dibujamos en la pared, obtendríamos el efecto deseado, prologaríamos la duración. Podría ir a grabarla…

—No me interesa —sentenció el vampiro—. Tiene que estar camuflada en un cuadro y del mismo tamaño. Podría aumentar un poco la dimensión, pero no demasiado.

El brujo enarcó una ceja. El vampiro permaneció impasible.

—Desgraciadamente, no veo el modo de que eso sea posible —dijo el muchacho.

—Si estás empleando un nuevo método para regatear e inflar el precio, te recomiendo que lo reconsideres —le advirtió Sombra, que empezó a caminar en círculos, silencioso—. Tengo dinero, lo que no tengo es tiempo. No tengo nada contra los brujos y estoy al corriente de la tregua. Sin duda, esa es la razón de que un mocoso como tú esté plantado ante mí sin el menor temblor en su cuerpo esmirriado. Pero la tregua solo dura lo que dura el rastro. Luego se acabó, luego estaré más enfadado y no será tan fácil tratar conmigo.

—Lo entiendo perfectamente…

—No, no lo entiendes —siguió Sombra—. Tu jefe, o uno de los vuestros, me vendió ese cuadro y me garantizó su correcto funcionamiento. Y ahora ponen a un crío al frente. Hicimos un trato y voy a ampliarlo. Soy un buen cliente, puedes comprobarlo revisando las cuentas, sé que registráis hasta la mínima transacción comercial. Ahora, este cliente está lejos de quedar satisfecho y eso no es bueno para el negocio. Te recomiendo que vayas a buscar a un adulto, a alguien que sepa más de estos condenados símbolos y que tenga una predisposición más adecuada. ¿Me he explicado con claridad?

El término adulto producía una sensación extraña en la boca de Sombra cuando se trataba de brujos. Para ellos un adulto era un chaval de quince años, dado que todos los brujos eran niños. No había uno solo que llegara a los dieciséis.

—Nada más lejos de mi intención que contrariarte —aseguró el brujo—. Pero mi conocimiento sobre esa clase de runas es insuperable. Un adulto te diría exactamente lo mismo.

—Entonces tienes un grave problema, chico. Porque nadie se acordó de advertirme de ese detalle cuando compré la runa, pero sí se acordaron de cobrar un buen precio, según recuerdo. Si no hay nadie más con quien tratar, tú eres el responsable. Y si piensas que por ser un crío insignificante voy a tener contemplaciones, estás muy…

—¡Jaque! ¿Qué te ha parecido, Tedd? —dijo una voz inocente y jovial.

Sombra se puso en tensión inmediatamente. Buscó el origen de aquella voz.

—Esa reina no durará mucho, Todd —dijo alguien de avanzad edad.

El vampiro los vio bajo la tenue luz de una vela, junto a la pared opuesta, en una ubicación en la que no había nadie cuando él entró en la estancia. Estaban sentados a ambos lados de una mesa sobre la que descansaba un tablero de ajedrez. Las piezas eran figuras de dragones, pequeñas las que representaban a los peones, y más grandes las de las piezas principales. El rey era la mayor de todas.

Los contrincantes formaban una pareja singular. El primero era un niño, de nueve o diez años, delgado, con abundante pelo moreno, de rostro vivaz y juguetón. Su oponente era un anciano con la piel plegada en profundas arrugas. El pelo largo y canoso estaba recogido en una coleta que caía hasta la mitad de la espalda. Tenía un bastón negro apoyado sobre la pierna. No se parecían en nada, salvo en el color de los ojos. Ambos lucían un tono violeta brillante y luminoso.

—¿De dónde habéis salido vosotros dos? —preguntó Sombra.

—Lo correcto sería detener la partida, Tedd —dijo el niño levantando la vista del tablero y posándola en el anciano—. El asesino nos ha hecho una pregunta. Y de todos modos estás a punto de perder.

—Ni lo sueñes, Todd —repuso Tedd. El anciano siguió estudiando el tablero—. Te llevo una torre de ventaja. Esto no ha acabado. Pero estás en lo cierto respecto al asesino.

Sombra dudó. La alusión a su profesión no le gustó en absoluto. Demostraba que

le conocían, pero él no les había visto nunca. Estaba en desventaja y eso le irritaba. Además, no podía olvidar que se encontraban bajo la protección de la tregua.

De lo que estaba razonablemente seguro era de que no eran brujos. No vestían como tristes pordioseros, por no hablar de que el anciano debía de tener noventa años como poco, y además había algo especial en ellos, algo que Sombra no podía precisar, pero que era tan evidente como sus sonoros nombres.

—Escuchadme bien, pareja. No sé cómo habéis llegado hasta aquí ni me importa, pero estáis molestando. Coged vuestro tablero de ajedrez y continuad la partida en otra parte.

—¿Has oído eso, Todd? —preguntó Tedd. El anciano despegó sus ojos violetas del tablero y agarró el bastón—. El asesino nos trata con desdén, no nos respeta, ni tampoco a nuestra partida. Dile cuántos años llevamos con ella.

—No te alteres, Tedd —dijo Todd. El niño se bajó de su butaca, corrió al lado de Tedd y le permitió que se apoyara en él—. Es normal que se muestre algo enfadado. Después de todo hemos interrumpido su amenaza al pobre brujo. Y no nos conoce. Cambiará de opinión. A lo mejor deberíamos presentarnos.

—Ya sé vuestros nombres —dijo Sombra—. Lo que no entiendo es qué hacéis aquí y por qué no me habláis directamente.

El pequeño brujo se acercó al vampiro.

—Me permito aconsejarte que no les enfades. No conviene…

—No necesito tus consejos, chico —le cortó Sombra.

Le enojaba lo absurdo de la situación. Y seguía perdiendo el tiempo.

Tedd y Todd caminaron despacio. El niño acomodaba su paso al del anciano, que avanzaba encorvado, apoyado sobre su bastón. Miraban las paredes como si buscaran algo en las mugrientas estanterías, sin dirigirse ni al vampiro ni al brujo en ningún momento.

—Se me queda la boca seca, Tedd —dijo Todd—. No me importaría echar un trago.

—Pensaba exactamente lo mismo, Todd —dijo Tedd—. Pero no veo nada adecuado por ninguna parte.

El brujo se separó de Sombra a toda velocidad. Sacudió las telarañas de un mueble de madera, sacó una botella de *whisky* y sirvió dos vasos. Se los llevó a la pareja de jugadores de ajedrez. Por alguna razón, a Sombra no le produjo la menor sorpresa ver a un crío de diez años apurar el *whisky* de un trago y relamerse con el rostro iluminado por la satisfacción.

—Una bebida excelente, Tedd —dijo Todd. El niño esperó a que el anciano diera un sorbo—. Ahora creo que puedes explicar al asesino cuánto admiramos su trabajo.

El anciano se limpió sus arrugados labios con el dorso de la mano.

—No está mal, Todd —concedió Tedd mirando el vaso—. Pero creo que deberías ser tú el que le dijera que hizo un trabajo impecable en el banco al acabar con aquel empresario.

Sombra estaba desconcertado, pero empezaba a interesarse por la pareja. Quería averiguar cómo sabían tanto de él.

—Ya veo. De modo que ya ha salido en las noticias que ha muerto Javier Arnao y de algún modo habéis deducido que estoy implicado. Si sabéis tanto de mí, estaréis al corriente de que no me sobra la paciencia.

—No me gusta su tono, Todd —dijo Tedd, levantando el bastón y dándole un par de vueltas sobre su cabeza—. No es amable. Percibo ese aire condescendiente de los vampiros, se cree superior. Me desagrada la gente sin educación. ¡Y eso que solo hemos venido a ayudarle!

—Con cuidado, Tedd —dijo Todd—. No debes excitarte. Es mejor que nos sentemos. Verás, el asesino solo está intrigado. Le explicaré que la ausencia de sangre nos llevó a deducir que un vampiro había sido el responsable de aquel asesinato.

—Eso no es exacto, Todd —puntualizó Tedd—. Lo deduje yo solo, no fuimos los dos.

—Ciertamente, Tedd —convino Todd—. Pero hay muchos vampiros, ¿recuerdas? Yo fui el que se fijó en el estilo inconfundible de nuestro querido asesino.

El pequeño brujo seguía la conversación atentamente. Sus ojos saltaban del niño al anciano, como en un partido de tenis. Parecía preocupado por algo. Sombra se dio cuenta de que aquellos dos nunca miraban a nadie salvo a ellos mismos, sus ojos violetas jamás se cruzaban con los del vampiro o los del brujo.

El niño acompañó al anciano de vuelta a la butaca. Luego colocó la botella de *whisky* y los vasos sobre el tablero de ajedrez, con cuidado de no mover las piezas. Apuró otro vaso y se sirvió de nuevo.

Sombra estaba bastante confuso respecto a la pareja. La tregua le impedía recurrir a la intimidación física, aunque tampoco era una idea que le sedujera. Tedd y Todd sabían demasiado, no podían estar allí por coincidencia. Se le ocurrió una posible manera de presionarles, un tanto absurda, pero no perdía nada por probar.

—Eh, tú —le dijo al brujo—. Consígueme un vaso. —El muchacho obedeció, le entregó un vaso tras limpiarlo con un pañuelo que Sombra prefirió no ver de dónde había sacado. El vampiro se acercó a la mesa de ajedrez—. Seguro que no os importa que beba con vosotros.

—A mí, desde luego que no, Tedd —dijo Todd. El crío llenó su vaso una vez más —. No sé si a ti te incomoda que el asesino nos acompañe.

—Yo no tengo inconveniente, Todd —contestó Tedd—. No puedo resistirme a una petición tan educada. En todo caso, es a nuestro anfitrión al que podría incomodarle. Después de todo, la bebida es suya.

Sombra agarró la botella. Los ojos de Tedd y Todd brillaron.

—Es un placer invitarle a beber —se apresuró a decir el brujo, con un leve temblor.

El brillo de los ojos violetas de los jugadores de ajedrez desapareció. A Sombra no le gustó nada ese detalle. Bebió, pero no dejó de vigilarles en ningún momento.

Con o sin tregua, nadie le iba a sorprender.

—No es gran cosa —dijo Sombra con desaprobación—. Una cosecha pobre. Es escocés, pero solo ha sido destilado una vez y han añadido algún otro cereal a la cebada malteada. Maíz, si no me equivoco. Los he probado mejores.

—El asesino entiende de licores, Tedd —dijo Todd muy animado.

Sombra habló rápido, adelantándose a la réplica del anciano, que seguro estaba a punto de dar. Ya le había quedado claro el curioso modo de expresarse que tenían.

—Ya está bien de comedias —dijo con dureza—. No sé cuál es vuestro juego, pero o empezáis a hablar claro, o partiré ese maldito tablero y se acabó vuestra partida.

El brujo ahogó un gemido.

—Estoy confundido, Todd —dijo Tedd—. Nunca pensé que no nos expresáramos con claridad. ¿Acaso no hemos dicho que queríamos ayudarle?

El niño asintió enérgicamente.

—Desde luego que sí, Tedd —dijo Todd—. Debe de ser un malentendido. Nuestro amigo se impacienta y yo quiero continuar la partida. No te dejaré escapar ahora que estás derrotado. Pero hay un inconveniente. Nuestra conversación debe mantenerse en privado, no podemos hablar en presencia de gente que no esté directamente involucrada.

Sombra no entendió a qué se referían. Iba a protestar, pero…

—Ya me voy —dijo el brujo a su espalda—. Os dejaré a solas y nadie os interrumpirá.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

—Todo está dispuesto, Tedd —dijo Todd dando un pequeño salto en la banqueta —. Explica a nuestro amigo que tenemos el cuadro que necesita, con una runa que puede durar un año.

—¿De modo que el brujo me engañaba? —preguntó el vampiro—. ¿Se puede alargar la duración?

—No te explicas bien, Todd —dijo Tedd. El anciano le señaló con el bastón—. El asesino saca conclusiones equivocadas. Piensa que el brujo mentía y no es así. No sabe que esta runa la hemos grabado nosotros, no los brujos.

—Culpa mía, Tedd —dijo Todd—. Debería haberlo mencionado. Tampoco le hemos contado al asesino que tenemos un obsequio especial para él, algo que encontrará muy útil.

Sombra lo dudaba, pero había decidido seguirles el juego, dejarles hablar a ver qué descubría de ellos. Aunque tuviera que soportar que no le dirigieran la palabra a él directamente.

—¿Y qué obsequio es ese?

—Díselo, Tedd —pidió Todd, muy excitado—. Explícale que nuestra máxima preocupación es ayudar a nuestros amigos.

—Así es, Todd —asintió Tedd—. La felicidad de nuestros amigos es nuestra

prioridad. Y en este caso, no podemos dejar pasar la ocasión de ofrecerle al asesino un tatuaje. Una runa de protección insuperable.

—Sois muy amables, pero sé cuidarme solo, gracias —dijo Sombra decepcionado.

—Ahora eres tú el que se explica mal, Tedd —le reprendió Todd—. No le has dicho que el tatuaje no es para él. Es para su adorable sobrina.

Sombra se quedó completamente inmóvil. Conocían su identidad, su secreto. Esos dos extraños sabían quién era y que tenía familia. ¿Cómo podía ser posible? Se alarmó, consideró en matarles allí mismo. Luego cambió de idea. Nadie sería tan estúpido de quedarse a solas con él y revelarle que conocían todos sus secretos sin algún medio de protección. Y esos dos parecían cualquier cosa menos estúpidos. Además, tenía la certeza de que no querían que nadie más lo supiera, por eso habían despedido al brujo antes de hablar.

—Se ha quedado sin habla, Todd —dijo Tedd—. Yo esperaba algún tipo de agradecimiento. Esa pulsera que lleva su sobrina no está mal, pero no es nada en comparación con la runa que puede tatuarse.

—No sé cómo sabéis tanto de mí —admitió Sombra—. Pero no voy a grabar una runa a mi sobrina. Las runas causan un tormento indescriptible sobre la piel, incluso pueden matar.

—Aún no se fía de nosotros, Tedd —dijo Todd. El niño parpadeó y sus jóvenes ojos violetas se iluminaron—. O puede que finja. Aunque lo que ha dicho de las runas es cierto, él sabe perfectamente por qué en el caso de su sobrina no causarán ningún daño.

Desde luego lo sabía. Lo que no imaginaba era que alguien más estuviera al corriente. Sombra estaba impresionado.

—Bien. Es obvio que sois mucho más de lo que parecéis, pero no somos amigos. Si de verdad podéis conseguirme esas runas y demostrarme su utilidad, supongo que exigiréis un pago a cambio.

—¿Qué hacemos mal, Todd? —preguntó Tedd, molesto. El viejo golpeó el suelo con el bastón varias veces mientras hablaba—. ¿Hemos lanzado alguna amenaza? ¿Algún insulto? ¿No hemos sido correctos desde el principio? ¿No le hemos aclarado desde el primer momento que veníamos a ayudarle? ¿Por qué no se fía de nosotros? Si no quiere nuestra ayuda, no se la daremos. Detesto a la gente ingrata.

Sombra lo pensó un instante.

—Es cierto que no me habéis amenazado ni nada por el estilo —admitió el vampiro—. Pero nadie da nada gratis.

—Ahí lo tienes, Tedd —dijo Todd—. No es algo personal contra nosotros. Es que no es un asesino confiado, eso es todo. Para que se sienta mejor, podemos ofrecerle que nos corresponda con un pequeño favor, algo insignificante para él. Así no se sentirá en deuda con nosotros.

Sombra aplaudió en su interior el modo en el que habían conducido la

conversación para que él se ofreciera a pagar. Pues no le cabía duda de que ese supuesto favor era el precio que tendrían las runas. El vampiro sentía que estaba a punto de averiguar qué perseguían en realidad Tedd y Todd.

—Si está en mi mano, me encantará ayudaros en la medida de mis posibilidades. ¿Qué favor es ese que podría haceros?

—Esa es la actitud, Todd —dijo Tedd. El anciano mostró una sonrisa inmensa—. Da gusto tener amigos tan educados. Me sorprende, sin embargo, que no intuya la naturaleza del favor que podría concedernos. ¿Qué se debería esperar de un asesino que no fuese matar a alguien?



9

Llegaban tarde. Jaime y su compañero debían haber entregado la mercancía en su destino hacía un par de horas. Ya debería estar conduciendo a casa, de vuelta con su mujer y su pequeño hijo. Pero en vez de estar jugueteando con su bebé de seis meses, se hallaba atrapado en medio de un atasco considerable.

Su compañero leía distraído el *Marca*, un periódico deportivo, mientras él conducía el camión. Jaime detestaba la lluvia, y aún más los atascos, pero cuando se juntaban los dos, le entraban ganas de gritar.

Llevaban diez minutos completamente parados. Los demás vehículos protestaban con el ruidoso sonido del claxon. Como si sirviera de algo. Cambió de emisora muchas veces. Nunca encontraba música a su gusto cuando estaba de mal humor.

—El Real Madrid ha vuelto a perder —se quejó su compañero, pasando una página—. Inútiles. Que han jugado muchos partidos esta semana, dicen. Con lo que ganan deberían jugar uno cada día. A esos les querría ver yo cargando y descargando, verían lo que es estar cansado…

Siguió murmurando. Jaime no le prestó atención. No le gustaba el fútbol, que por desgracia era el único tema de conversación posible con su compañero. Intentó distraerse mirando por la ventanilla.

Tras diez años trabajando como transportista ya debería estar acostumbrado a sobrellevar los atascos. Sería más fácil con otro compañero, pero le había tocado el más aburrido del mundo. Los deportes eran lo único que le interesaba.

—Y van y fichan a ese negado —siguió maldiciendo su compañero.

Luego profirió una blasfemia repugnante. Jaime iba a preguntarle qué le había perturbado tanto, pero el coche de delante se movió. El tráfico fluía de nuevo. Metió la primera y aceleró, el camión se puso en movimiento.

Llovía bastante y el sol se había retirado hacía una hora. La visibilidad era mala. Jaime condujo con cuidado. Pasaron junto a dos coches bastante destrozados que

habían chocado en un cruce. La gente conducía de pena, cada vez que caían cuatro gotas se producía un accidente, y eso en el centro de Madrid era garantía de un atasco monumental. La policía dirigía el tráfico, dando paso alternativamente a las dos calles que se cruzaban, intentando restituir la normalidad. Les llevaría bastante tiempo conseguirlo. La fila de coches era interminable.

Un par de manzanas más lejos ya no se percibía el atasco. Jaime se relajó un poco. La lluvia no paraba de caer, tintineaba sobre el cristal de las ventanillas y lo empapaba todo. Sería un auténtico fastidio descargar en esas condiciones.

Ya estaban cerca. Torcieron por una calle de solo dos carriles. Jaime decidió llamar a su mujer para preguntar por el niño. A lo mejor conseguía oírle balbucear un poco, porque estaba claro que ya no le vería despierto. Eran las ocho y media, y era imposible que llegara a casa antes de las diez, y eso si todo iba normal a partir de ese momento. El niño se acostaba a las nueve, nueve y media como muy tarde.

—¿Dónde estás? —preguntó su mujer.

Jaime sujetó el teléfono contra la oreja. Debería usar el dispositivo de manos libres, pero le disgustaba que su compañero escuchara toda la conversación.

—Ha habido complicaciones. Llegaré tarde.

—Qué faena.

—Dímelo a mí, que todavía tengo que descargar la mercancía. ¿Cómo está mi pequeño hombrecito?

—Un poco revoltoso. Ha comido…

—¡Eh! ¿Qué haces? —le interrumpió su compañero—. No te desvíes, que tardaremos más.

—Ahora te llamo, nena. —Jaime colgó. Detuvo el camión y miró a su compañero de mala gana—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—No te metas por ahí. Daremos un rodeo enorme. Conozco estas asquerosas callejuelas.

—¿Es que no ves la señal? —preguntó Jaime—. La calle está cortada por obras.

Había un triangulo en el suelo y unos cuantos conos naranjas que cortaban la calle.

—¿Tú ves algún obrero?

No se veía a nadie.

—No, ya habrán terminado por hoy.

—Pues eso —dijo su compañero—. Me bajo, quito los conos, pasamos el camión y los vuelvo a poner.

—No.

Jaime puso el camión en marcha y tomó la desviación obligatoria.

—Pero si no se ve ningún agujero ni nada. Eres la leche. Llegaremos más tarde todavía, joder.

—A lo mejor las obras son más adelante y luego la carretera está cortada. No quiero tener que salir marcha atrás y perder más tiempo, ni meterme en líos por

ahorrarme quince minutos.

—Hubiéramos llegado antes. Ahora tardaremos…

—Pues la próxima vez conduces tú.

La discusión quedó zanjada. Jaime volvió a llamar a su mujer, pero no llegó a hablar con ella. El móvil se le cayó al suelo.

Había un tipo en medio de la calle, de espaldas al camión. Jaime pisó el freno con los dos pies. El hombre se tambaleó un poco pero no se apartó ni se volvió. ¿Cómo era posible que no oyera al camión? ¿Y qué hacía en medio de la calzada? Quizá fuera un borracho.

Los neumáticos chirriaron. El compañero de Jaime salió despedido hacia adelante y se golpeó la cabeza con el cristal. Las hojas del periódico se esparcieron por la cabina del camión. No podría detener el camión a tiempo. El corazón de Jaime se disparó. Tiró del freno de mano. Logró disminuir la velocidad, pero aún no era suficiente. Una de las ruedas patinó al atravesar un charco.

El golpe fue bastante fuerte. Jaime contempló horrorizado cómo la espalda del desconocido se curvaba hacia atrás, sobre el capó, para luego desaparecer al caer al asfalto. Al menos el camión terminó de detenerse y no le pasó por encima.

Su compañero estaba inconsciente, no sangraba, ni se apreciaba que tuviese ninguna herida seria. A Jaime le temblaba todo el cuerpo cuando bajó de la cabina. ¿Y si había matado a aquel hombre? Tuvo que apoyarse en el camión para no derrumbarse por la presión.

La lluvia le empapó de inmediato. Avanzó dos pasos. No quería ir, pero tenía que hacerlo. En aquel instante hubiera vendido su alma al diablo para volver unos minutos atrás en el tiempo y poder evitar el atropello. Al final se obligó a continuar. El hombre podría estar vivo y necesitar ayuda. Rezó para que así fuera.

Lo primero que vio fueron las piernas sobresaliendo de debajo del camión, empapadas, con una playeras verdes un tanto extravagantes. Uno de los faros estaba roto y el parachoques delantero yacía en el suelo, abollado. El capó se había combado por el impacto. Jaime se agachó junto al cuerpo sin saber si debía tocarlo. Era un hombre joven, con el pelo largo, vestido con una camisa de cuadros. Se alarmó al no ver subir y bajar el pecho. Cayó de rodillas junto a él para sacarle del charco en el que se hallaba.

Y entonces el desconocido se levantó.

Fue tan rápido que lo primero que pensó fue que estaba teniendo alucinaciones.

—No te preocupes por mí —dijo el hombre con toda la serenidad del mundo—. Me encuentro perfectamente.

—¿C-Como…? Yo… No… —Jaime nunca había estado tan confundido. Sacudió la cabeza—. ¿No te he atropellado?

—Lo has hecho —respondió el desconocido—. Un buen golpe. No tienes más que echar un vistazo al frontal de tu camión.

Jaime lo hizo. Nada había cambiado, pero necesitaba verlo de nuevo. Aquel

hombre no podía estar de pie como si nada. Era imposible.

—Se trata de un truco.

No se le ocurría cuál podía ser, pero era la única explicación que asomaba en su cabeza.

—Te lo voy a decir solo una vez —dijo el hombre agachándose, apoyando las manos en las rodillas—. No lo entenderás nunca, así que mi consejo es que lo olvides o te volverás loco, pero es cosa tuya. Ahora ven, levántate. Te vas a calar hasta los huesos en ese charco.

Jaime tomó su mano y permitió que le ayudara a incorporarse. Se sentía profundamente desorientado, pero al menos no había matado a nadie.

—Yo… Lo siento…

—No importa. Abre la puerta de atrás. Tienes que hacer algo para mí.

—¿Qué?

—No me obligues a repetirlo.

Jaime tuvo miedo. Había algo amenazador en aquel individuo. No era su aspecto, tampoco su voz, hablaba con mucha tranquilidad. Puede que fueran sus ojos. Su pelo mojado los cubría casi por competo, pero se adivinaba un brillo peligroso. Caminó hasta la parte de atrás, seguido de cerca por el desconocido, cuyos pasos no sonaban al pisar los charcos.

Abrió la puerta.

—Toma esto —dijo el hombre. Le dio un bate de béisbol a Jaime—. Destrózalo todo.

Jaime asintió. Le tembló la mano al coger el bate. No entendía absolutamente nada, pero sabía de un modo inexplicable que llevarle la contraria sería un tremendo error.

—¿Todas las cajas? —preguntó.

—Todas.

Subió al camión. Alzó el bate con las dos manos y vaciló. El hombre le midió con la mirada, una mirada que le hizo sentir más frío que la lluvia que empapaba sus ropas.

Golpeó con todas sus fuerzas, destrozó la mercancía que transportaba, una caja tras otra, bajo el intenso escrutinio del desconocido, que seguía fuera, bajo la lluvia, impasible.

Al terminar estaba jadeando.

—Bien —dijo con aprobación el hombre—. Una cosa más. Quiero que vayas a tu destino y cuentes lo que ha pasado. Puedes omitir el atropello o no, lo dejo a tu elección, pero tienes que entregar este mensaje literalmente. ¿Me has entendido?

—Sí.

Cada vez tenía más miedo.

El desconocido le dio el mensaje en un papel y le obligó a repetirlo para asegurarse de que lo había memorizado, a pesar de ser bastante corto.

—Si omites una sola palabra o no entregas el mensaje tal y como te he dicho, lo sabré.

Jaime no lo dudó ni por un instante. Y consideró que era la amenaza más seria que había escuchado en toda su vida.

—Lo haré. Lo prometo.

—Excelente. Te falta una caja.

Juraría que las había destrozado todas. Jaime se volvió al fondo del camión. No vio ninguna caja intacta. Rebuscó entre los pedazos con el bate, temiendo enfadar a aquel hombre, pero no encontró nada.

—Yo no veo ningu…

Dejó la frase a medias. El desconocido había desaparecido.



10

Hacía frío en el interior de la iglesia.

Se filtraba por las lonas que cubrían las ventanas de la parte superior, las que había destrozado el vampiro para atraer al padre Jorge al exterior. La lluvia rebotaba contra ellas incesantemente, empapándolas, formando goteras.

El padre Jorge no parecía sentir el frío en sus viejos huesos, caminaba con paso resuelto, golpeando con su bastón. Un cura salió a su encuentro, se plantó delante de él y le miró en respetuoso silencio.

—Habla, hijo.

—No puede salir, padre —dijo el cura con humildad—. El sol se retiró hace ya varias horas.

El padre Jorge le miró, tenía una expresión dulce y comprensiva. Al cura le pareció uno de los peores crímenes imaginables que alguien quisiera causar daño a aquel hombre santo.

—No puedo quedarme, hijo. Mis hermanos deben saber lo que he descubierto.

El anciano agitó un poco el enorme libro que llevaba en la mano. Un volumen grueso, con las tapas de cuero, antiguo y desgastado, rasgado en algunos puntos del lomo. Un tomo que el monje conocía bien porque lo había visto muchas veces, siempre en manos del padre Jorge o de algún otro santo. Se decía que nadie más podía leerlos.

—Lo siento mucho, padre —dijo el cura—. No puede salir de noche. Seguro que sus hermanos pueden esperar a mañana para que les transmita esa información.

Una de las lonas que cubría la cristalera rota se soltó por una esquina. El viento aulló al invadir el interior de la pequeña iglesia y el agua cayó sobre los bancos de madera.

—Mañana oficiaré la misa en honor de Javier Arnao —le recordó el padre Jorge —. Y después acompañaré a su familia al cementerio. Asistiré al sepelio.

El cura sabía lo importante que aquello era para el anciano. El padre Jorge había sentido un profundo pesar al enterarse de cómo el vampiro había matado al empresario en su propia cámara de seguridad. El cura vio la expresión en el rostro del santo, el temblor en sus arrugados labios, y supo que se sintió culpable.

—La pérdida de Javier ha sido una tragedia, padre. Pero si sale esta noche, el vampiro le atrapará y mañana no podrá oficiar ninguna misa. Vaya después del entierro, por la tarde, antes de que se oculte el sol.

—Eso no es posible —se resistió el anciano—. Mis asuntos y los de mis hermanos son demasiado importantes para consentir que nadie los entorpezca. Se trata de la Biblia de los Caídos, hijo. Guardo una relación de sus páginas y he hallado una nueva. Mis hermanos deben saberlo. Si algo me sucediera…

—El vampiro no le cogerá, padre. Es imposible.

El padre Jorge asintió y tomó aire, como si estuviera tremendamente fatigado.

—No es solo por el vampiro. Podría llegar el fin de mi existencia.

El cura entendió el problema. A pesar de que el padre Jorge era sin duda muy mayor, estaba convencido de que su hora tardaría en llegar. Sin embargo, cualquier información sobre la Biblia de los Caídos era prioritaria, pues el mayor de los secretos reposaba en sus páginas. Era un secreto que convertía cualquier otra cosa en insignificante, incluso la vida de un santo, un secreto tras el que todos andaban y por el que todo el mundo mataba. Así se lo había explicado el padre Jorge. No existía amenaza alguna capaz de disuadir al santo de que no se comunicara con sus hermanos.

Y los santos solo se comunicaban la información relevante en persona. Ni teléfonos, ni correos electrónicos, ni nada parecido. Se citaban y contemplaban sus propias almas en comunión con Dios antes de hablar. Era una característica que nadie era capaz de emular, que les hacía únicos e inconfundibles.

—Si de verdad es tan urgente, padre, puedo entregar yo su libro, o puede enviar a alguien, si lo prefiere. Pero no va a salir de la iglesia de noche.

—Tengo que hacerlo en persona —insistió el padre Jorge—. Mi misión no debe retrasarse. Y tú no puedes detenerme, hijo, lo siento.

Echó a andar de nuevo, lentamente, acariciando las piedras del suelo con su bastón. Estaba muy cerca de la puerta.

El cura se puso de nuevo a su lado.

—Es cierto, padre. No puedo retenerle. Pero ellos sí. —Señaló dos hombres apostados junto a la salida. El cura inclinó levemente la cabeza, avergonzado—. Lo siento mucho. Los envían sus hermanos, están preocupados por usted. Esos dos centinelas no le permitirán salir, no se separarán de usted y no consentirán a ese vampiro poner un solo pie dentro de la iglesia.

—Mis hermanos…

Las puertas de la iglesia se abrieron de golpe. El viento sacudió el escaso pelo del padre Jorge. Un hombre entró apresuradamente, casi corriendo, pero no llegó a dar

dos pasos. Los dos centinelas le redujeron en un instante. Uno de ellos le sujetó contra el suelo, mientras que el otro alzó un martillo.

—La iglesia está cerrada a estas horas de la noche. ¿Quién eres?

El recién llegado se alarmó al ver aquella arma tan grande justo encima de su cabeza. Era un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, de ojos grandes y asustadizos.

—¡No, por favor! —chilló aterrorizado.

Trató de cubrir su rostro con las manos, pero el centinela que le sujetaba le tenía inmovilizado.

—¡Tu nombre! —ordenó el que sujetaba el martillo.

—¡Jaime! ¡Me llamo Jaime! —dijo el recién llegado con la voz quebrada—. Tengo que ver al padre Jorge… Es por un mensaje…

El centinela le levantó sujetándole por el cuello, le giró hacia la puerta.

—Nadie puede ver al padre Jorge. Largo de aquí…

—¡Espera! —El santo llegó hasta ellos—. Suéltale, es inofensivo, lo veo en su alma.

El centinela obedeció.

Jaime se giró, se acercó al anciano y al cura. Entonces adoptó una mueca extraña. De repente se puso muy nervioso y se llevó las manos a la garganta, con los ojos abiertos al límite.

—Habla, hijo. Yo soy el padre, Jorge.

—No pued… ¡Ahora sí puedo hablar! —dijo aliviado—. Tengo un mensaje urgente para usted. Soy un transportista, venía a entregar las nuevas cristaleras para su iglesia, pero tuve un percance.

—Tranquilo, hijo. Habla despacio. Tómate tu tiempo.

—Gracias. —Jaime hizo una pausa y respiró hondo—. Lo que tengo que contar no es nada fácil. Pero él me dijo que usted lo entendería.

Relató el atropello de aquel extraño individuo y todo lo que sucedió desde entonces. Le contó a aquel anciano de aspecto amable cómo el miedo se adueñó de su ser desde el primer instante, se esforzó al máximo por darle todos los detalles que su memoria había guardado.

—Me obligó a destrozar las cristaleras con un bate de béisbol. Y me transmitió un mensaje para usted. Dijo exactamente: «Este mensajero está vivo como muestra de mi buena voluntad. Le espero mañana fuera de la iglesia, al caer el sol. Es su última oportunidad de salvar a sus feligreses». No me dijo su nombre, pero…

—No te preocupes, sé de quién se trata.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó el transportista con el semblante pálido por el miedo—. ¿Está todo en orden?

—Perfectamente —dijo el padre Jorge.

—Gracias, señor —contestó el transportista—. Ese hombre me advirtió. Me dijo que si no le entregaba a usted el mensaje me encontraría, y nunca he tenido más

miedo de nadie, se lo juro. No quiero volver a ver a ese…

—No tienes de qué preocuparte —le aseguró el anciano posando la mano sobre su hombro. El transportista se tranquilizó—. Ese hombre ya no te molestará más. Ahora, ve tranquilo, hijo.

Jaime lo hizo. Se despidió y salió de la iglesia visiblemente calmado. Los centinelas cerraron las puertas inmediatamente.

—¿Por qué lo habrá hecho? —preguntó el cura—. ¿Por qué habrá roto las cristaleras?

—Para enviarnos varios mensajes —contestó el santo—. Primero, el que transmiten las palabras de ese pobre transportista. El vampiro nos demuestra su control de la situación al resaltar que ha perdonado la vida del mensajero, pero ha tomado la de Javier Arnao, así reafirma su superioridad. Las cristaleras las emplea para decirnos que podría destruir la iglesia y para mostrar su desprecio. Eso es lo que creo.

—Entonces es muy arrogante —razonó el cura—. Esa será su perdición. No tiene ninguna posibilidad de apresarle.

—Sí la tiene —repuso el padre Jorge.

—¿Cómo dice?

—Voy a ir a su encuentro —contestó el anciano.

—No puede hacer eso. Solo tiene que esperar a que los centinelas le cacen.

El padre Jorge adoptó una expresión triste.

—Ese vampiro está retrasando mis asuntos y matando a inocentes. No puedo consentirlo.

—Padre, esa no es la solución. Comprendo su pesar por la muerte de Javier, pero no le ayudará si el vampiro le mata, ni resolverá sus asuntos. En la iglesia está protegido en todo momento. No puede salir de noche. Debe aguardar a que maten al vampiro.

—Entonces, más vale que encuentren al vampiro en el plazo de un día —dijo muy serio el padre Jorge—. Mañana oficiaré la misa de Javier y luego asistiré a su entierro. Pero no voy a cargar con más muertes inocentes a mi espalda. Al caer la noche, si no habéis dado con él, saldré a enfrentarme con el vampiro.



11

La luz era tenue y agradable, el vino, exquisito.

John Wayne acaba de coser a balazos a otro vaquero. Susana no sabía quién era la víctima, hacía tiempo que había perdido el hilo de la película, abstraída por el ritmo casi musical que la lluvia tocaba contra las persianas del salón. Tenía los pies descalzos sobre el sofá, cubiertos por una manta. En la mesa descansaban los restos de una *pizza* tamaño familiar.

Se acurrucó contra su marido y ronroneó. Esteban pasó el brazo por los hombros de su mujer, distraído, y siguió absorto en la trama de aquel clásico del oeste que ya había visto al menos diez veces.

Ella se apretó más contra él, le acarició el pelo.

—Eva está dormida —susurró en su oreja.

—Sí —contestó él mecánicamente.

Susana deslizó su mano por el muslo de Esteban con suavidad, trazando pequeños círculos, cada vez más arriba. Le besó en el cuello.

El siguiente disparo de John Wayne se hizo en el más absoluto silencio. Esteban había quitado el sonido de la televisión.

—De modo que estás juguetona…

Ella sonrió y parpadeó.

—Puede.

—Uhmm… El caso es que es un peliculón. No sé si merece la pena…

Ella fingió pegarle con un cojín. Él se lo arrebató y lo lanzó lejos, y la obligó a recostarse en el sofá. Se puso sobre ella y se besaron, se apretaron el uno contra el otro, se acariciaron donde sabían que al otro más le gustaba.

—Si nos damos prisa —dijo Esteban con una mueca pensativa—, podemos terminar a tiempo de ver el tiroteo final de la película.

—Más le vale que no, señoría —le advirtió Susana, y le golpeó con otro cojín—.

Como se le ocurra siquiera… ¡Sombra!

Esteban se sobresaltó por el grito. Se incorporó hasta quedar sentado en el sofá. Su hermano estaba de pie allí mismo, a un metro escaso. Silencioso, como siempre.

—Maldita sea, Sombra —dijo Esteban—. ¿Es que no puedes llamar a la puerta?

Susana se abrochó la blusa mientras atravesaba al vampiro con una de sus miradas más feroces, una que Esteban conocía muy bien y que no prometía nada bueno.

—¿Cómo te atreves a irrumpir así en nuestra casa? —resopló Susana. Sombra no contestó, sino que aguardó pacientemente a que terminara la explosión de la mujer—. No me importa que seas de la familia. ¡Esta no es tu casa! No puedes destrozar nuestra intimidad de esa manera. ¡Y sécate antes de entrar! Lo estas poniendo todo perdido.

Esteban se dio cuenta en ese momento de que Sombra estaba empapado. Tenía el pelo hacia atrás, pegado a la cabeza, resaltando sus afilados rasgos. Los ojos resplandecían de un modo siniestro. Casi le costó reconocer a su hermano, un hermano que nunca envejecía, que siempre conservaba el mismo aspecto por más años que pasaran.

—Lo siento mucho —dijo el vampiro—. No era mi intención molestar, pero no podía esperar. Tengo poco tiempo.

—¿Te ha pasado algo? —Se preocupó Esteban.

Acostumbraba a medir a la gente con un simple vistazo. En su faceta de juez, Esteban había observado a incontables delincuentes y a gente inocente también. Parte de su cometido era dictar sentencias que sellaban el futuro de las personas. En este caso, se sintió incapaz de descifrar la expresión de su hermano. Solo supo que no le había visto nunca así con anterioridad.

Y aquella incertidumbre acentuaba su habitual preocupación por Sombra. Después de todo era un asesino, mataba personas. Era lógico que quisieran acabar con él. En un rincón de la mente de Esteban, siempre había una pequeña sensación de alarma que le advertía de que algún día alguien mataría a su hermano.

—Estoy bien —dijo Sombra.

—Nosotros también lo estábamos antes de tu visita —se quejó Susana con tono irónico—. ¿Se puede saber qué has hecho? ¿A quién has matado esta vez?

—¡Susana! —la reprendió Esteban.

—¿Qué? Si le aceptamos como es, ¿por qué no podemos hablar de su ocupación? —Estaba furiosa—. Él te pregunta por tus juicios. Así que yo me intereso por su trabajo. ¿Qué tal van esos encarguitos? ¿Vienes a contarnos cómo has mordido a otro?

La situación era insostenible. Esteban pensaba que su mujer tenía razón, pero solo en parte. Sombra era un vampiro, era diferente, y era un miembro de la familia, le gustara o no. Demasiado complicado.

—Él no es como los demás —dijo—. Ya hemos discutido…

—Ella tiene razón, hermano —le interrumpió Sombra—. Nada bueno puede salir de mi relación con vosotros. He venido a despedirme.

Nadie habló durante un tiempo.

—No, no puedes irte —dijo Esteban—. Eres mi hermano. Tú has hecho mucho por nosotros, no puedes andar por ahí solo. Yo… yo te quiero.

—Y yo a ti —dijo Sombra—. A todos vosotros, y a ti también, Susana. Pero entiendo tu postura. Yo pensaría igual de estar en tu lugar. No me mires así. No miento, nunca lo hago. ¿Puedes recordar una sola vez en que te haya dicho una mentira?

Susana no contestó. Estaba claramente impactada por la noticia.

—¿Qué ha pasado, Sombra? —preguntó Esteban—. ¿Qué ha cambiado para que tomes esa determinación? Me debes una explicación.

El vampiro se acercó a él y puso las manos sobre sus hombros.

—Te debo mucho más que eso, hermano —dijo—. Por aceptarme y no renegar de mí. Pero por desgracia no puedo explicártelo, esta vez no.

—¡Cielo santo! ¡El pintor! ¿Le mataste tú?

Sombra se extrañó.

—¿De qué estás hablando?

—Esta mañana han encontrado la cabeza de Santana, un pintor famoso, clavada en el tridente de la plaza de Neptuno —explicó Esteban—. ¿De verdad no lo has visto en las noticias? No tenía una gota de sangre. Por Dios, dime que no has sido tú.

El vampiro apretó un poco sus hombros.

—Te juro que no. Es la primera noticia que tengo. Pero dime una cosa, ¿estás seguro de su identidad? ¿Era Santana?

—Completamente seguro. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Sombra.

Le soltó y retrocedió un paso con gesto reflexivo. Esteban no sabía qué pasaba, pero estaba seguro de que su hermano le ocultaba algo y de que había sido sincero al negar estar implicado en esa muerte.

—Sombra, tal vez me precipité —dijo Susana. Su voz había cambiado, sonaba mucho más suave—. Sé lo que Esteban y mi hija sienten por ti. Y yo misma sé que te debemos la vida de Eva, algo que nunca te podré agradecer lo suficiente… ¡Déjame terminar! Es cierto que no apruebo tu vocación de asesino, no puedo, es superior a mí. Pero también sé que esa no es la solución. Somos tu familia, debemos encontrar un equilibrio, un modo de relacionarnos sin que nos afecte. Si desapareces del todo, causarás otro tipo de dolor, diferente, pero no más llevadero.

—Agradezco tu sinceridad —dijo el vampiro—. Imagino cuánto te habrá costado pronunciar esas palabras. Pero ambos sabemos que este día llegaría. Es lo mejor para todos.

—No estoy de acuerdo —se rebeló Esteban—. A lo mejor debemos vernos menos, con algún tipo de normas, una vez cada seis meses. Joder, no lo sé, pero esto

no es… —Se quedó quieto, estudió a su hermano y vio algo—. ¡Maldita sea! Estás en algún aprieto y crees que puedes morir, ¿verdad?

—Es posible que eso suceda.

Susana no pudo disimular su asombro. Era evidente que ni siquiera había considerado esa posibilidad.

—¿Quién te persigue?

—Nadie me persigue a mí —contestó Sombra—. Yo soy el depredador, no la presa.

—Entonces es por la víctima —reflexionó Esteban—. Vas a intentar matar a alguien que a lo mejor te supera. ¿Por qué?

—Porque acepté el contrato. Porque esto es lo que soy y lo que hago. Y porque yo nunca fallo ni me echo atrás. Se trata de él o yo. Uno de los dos morirá.

Lo dijo con frialdad, sosteniendo la mirada de ambos sin inmutarse, con una determinación inquebrantable, imposible de rebatir. Esteban lo comprendió del todo en ese momento. Sombra mataría a su víctima o moriría en el intento. Y nada en el mundo podría cambiar ese hecho. Su hermano nunca se detendría y solo fallaría una vez en toda su vida, la vez que acabara con su propia existencia.

Le invadió la tristeza.

—¿Quién es la víctima? Debe de ser alguien muy fuerte.

—No puedo decírtelo. Y vosotros no queréis saberlo.

—Está decidido entonces —concluyó Susana. También había pesar en su voz, como en la de su marido—. No has venido a discutirlo, solo a informarnos.

Sombra asintió.

—Y a pediros algo. Quiero que aceptéis este dinero. Conocéis su procedencia, no os mentiré. Si no lo queréis, os ruego que se lo entreguéis a Eva algún día, cuando consideréis que es correcto, y si os parece bien, le podéis decir que es un regalo de su tío. Veo tu rechazo, Susana, y lo comprendo. No quieres dinero manchado de sangre, pero no lo mires de ese modo. El dinero está aquí y las víctimas no van a resucitar. Considéralo como un dinero que proviene de tu cuñado, de alguien que te quiere y que no tiene nada más que ofrecerte. Si aun así no te convenzo, por lo menos podéis guardarlo por si surgiera una emergencia. No hay nada malo en eso.

En ese instante a Esteban le costó creer que su hermano fuera un asesino implacable. Se alegró de la reacción de su mujer.

Susana se levantó, se acercó a Sombra y cogió el maletín que le tendía.

—Lo guardaremos. Y si decidimos no dárselo a Eva, te prometo que será porque he encontrado otro modo de que ella sepa cuánto le quería su tío.

El vampiro asintió de nuevo.

—He cambiado el cuadro de la entrada, el que os dejé la última vez. No os causará ningún problema…

—Ese cuadro me da igual —dijo Esteban—. Prométeme que tendrás cuidado y que te pondrás en contacto conmigo si puedes. Algo debes poder hacer, una carta, un

correo electrónico, una llamada… ¡algo! Aunque sea una vez al año.

—Lo intentaré —dijo Sombra, sosteniendo la mirada de su hermano—. Me gustaría despedirme de Eva, verla una última vez. A solas, si os parece bien.

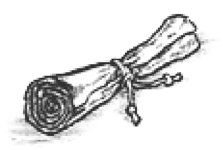
Susana y Esteban se miraron.

—Por supuesto —dijo ella tras un segundo escaso—. Está en su cuarto. Tendrás que despertarla.

—Gracias. Después de esta noche, no os volveré a molestar —dijo Sombra—. Os quiero.

Susana se interpuso en su camino. El vampiro la observó extrañado. Ella le abrazó con fuerza, sin importarle que estuviera mojado.

—Nunca pensé que llegaría a decir algo así —confesó y tragó saliva—. No sé a quién persigues, pero mátalo, Sombra. Eres el mejor.



—¡Puta!

—¡No te resistas! ¡Zorra!

—¡Te gustará!

Eran tres tipos en total. Estaban a su alrededor, por todas partes. Intentaba moverse, pero no podía. La sujetaban con fuerza y la golpeaban, le arrancaban la ropa con brusquedad, entre carcajadas asquerosas y depravadas.

—¡Puta!

Otra bofetada. Ahora estaba completamente desnuda e indefensa. Uno de ellos se puso encima y la aplastó con el peso de su cuerpo, mientras jadeaba de un modo exagerado y grotesco. Sintió un aliento caliente, húmedo y repugnante cerca de su cara. Ella chilló y suplicó, resbalaron las lágrimas por su rostro.

—¡Puta!

Agarraron sus tobillos con mucha fuerza y le separaron las piernas con un brusco tirón sin que ella pudiera evitarlo. Hizo un último intento desesperado de sacudirse de encima al agresor, pero no funcionó.

—¡Guarra!

Entonces sintió un dolor desgarrador abriéndose paso dentro de ella. Gritó con todas sus fuerzas…

Y se incorporó hasta quedar sentada. Estaba en su habitación, sudaba, podía escuchar los acelerados latidos de su corazón. Se dio cuenta de que alguien la abrazaba y le susurraba al oído mientras la mecía con suavidad.

—Solo era una pesadilla. Ya pasó…

Aturdida aún por la pesadilla, Eva no sabía quién la sostenía en sus brazos, pero eso no importaba. Allí se encontraba bien, protegida. Las terribles imágenes de aquel

mal sueño producían chispazos en sus nervios. Quería expulsarlas, mandarlas al infierno.

—Tranquila… Estás a salvo.

Continuó aferrada a esa voz que la alejaba del peligro. Se hubiera quedado así durante horas.

Entonces dos manos la sujetaron por los hombros y vio el rostro de su tío ante ella, con una dulce sonrisa. Sombra le pasó la mano por los pómulos para limpiarle las lágrimas.

—¡Oh, tío! Estaba otra vez en el metro, con aquellos hombres…

—Solo era un mal recuerdo. No estabas allí. Y ya nunca más te molestarán.

Eva enterró de nuevo la cara en el pecho de su tío y volvió a llorar. Sombra la acarició, esperó pacientemente a que se calmara.

—Si no hubiera sido por ti, tío…

—No lo pienses más. Tú eres mi chica, una mujer fuerte, y estoy orgulloso de ti, de cómo les hiciste frente.

Se sorbió la nariz. Luego comprendió que era de noche y se extrañó de que su tío estuviera en su cuarto.

—¿Por qué has venido a verme tan tarde?

—Ha surgido un imprevisto. Tengo que marcharme y quería despedirme antes.

La noticia le puso triste. Ahora más que nunca, necesitaba saber que su tío velaba por ella.

—¿Mucho tiempo?

—Es por negocios. Tengo que viajar y no sé cuándo regresaré.

—¿No puedes hacer los negocios esos desde aquí?

—Por desgracia, no.

De repente sintió algo molesto en la tripa. Se levantó el pijama y vio un extraño símbolo dibujado cerca de la cintura, un poco hacia la derecha.

—Es un tatuaje —explicó Sombra.

—¿Me lo has hecho tú?

—Sí. Dejará de escocer muy pronto. ¿Te gusta?

No se parecía a ningún tatuaje que hubiera visto antes. No estaba mal.

—Está chulo —dijo algo confundida—. ¿Significa algo?

—Significa que eres la persona más importante del mundo para tu tío. Te traerá suerte, y además, es un diseño original. Te garantizo que nadie más tendrá otro igual.

Aquello sonó bien. Por alguna razón le hizo sentir única.

—Es raro.

—Es mi regalo de despedida, sustituye al colgante que te di. Pero puedo quitártelo, si lo prefieres.

—¡No! Me gusta. Me lo quedo. ¿Vendrás a verme cuando puedas?

—En cuanto me sea posible, tienes mi palabra. Ahora acuéstate y duerme. No te preocupes por tus padres, acabo de hablar con ellos. Y recuerda lo que siempre te he

dicho. Eres especial. No dejes que nunca nadie te haga pensar lo contrario.

Le dio un beso en la frente y la cubrió con la manta.

Eva no tuvo más pesadillas esa noche.



12

Los rayos de sol acariciaron la iglesia al amanecer, calentando sus frías piedras, que aún estaban húmedas por la lluvia que las había bañado durante toda la noche.

El padre Jorge abrió las puertas del templo y respiró hondo. Ante él se abría una mañana mustia, con una triste tarea por delante. Dentro de poco oficiaría la misa de Javier Arnao, uno de los feligreses más devotos y más queridos de la congregación, un gran hombre. Y la mejor forma que se le ocurría de honrarle, era asegurarse de que todo estuviera en perfecto estado.

Ordenó limpiar el interior de la iglesia, que se había ensuciado con la tormenta. Repasaron la instalación eléctrica, los micrófonos, las luces. Encendieron algunos radiadores eléctricos y colocaron bien las lonas que tapaban las cristaleras rotas para lograr un ambiente acogedor en el interior, un espacio que en pocas horas se llenaría de dolor y pesar.

Los primeros amigos y familiares llegaron a partir de las once de la mañana. Se quedaron a las puertas de la iglesia, conversando, esperando a los demás. Iban vestidos de negro en su mayoría; los hombres, con trajes; las mujeres, con vestidos que cubrían hombros, brazos y rodillas.

El padre Jorge bajó la escalera que había a la entrada de la iglesia y caminó entre ellos, compartiendo su dolor y sus palabras, ofreciendo consuelo donde lo veía necesario, y recordando los aspectos célebres de la vida de Javier Arnao cuando la ocasión lo propiciaba.

El día era bonito y soleado, en claro contraste con el ánimo de los asistentes a la misa. Las escasas sonrisas que se asomaban eran forzadas por la cortesía.

El coche fúnebre llegó media hora después. Era uno de esos vehículos alargados, negros y sombríos. Varias personas se colocaron en la parte de atrás, a recibir el ataúd. Sus rostros estaban serios, petrificados. El padre Jorge supuso que eran los familiares más cercanos, aunque solo reconoció al hermano pequeño de Javier.

Cargaron el ataúd sobre los hombros, tres a cada lado, y ascendieron por la escalera, hacia el interior de la iglesia, arropados por los demás asistentes.

El padre Jorge entró el primero. Los portadores transportaron el féretro lentamente por el pasillo central. Lo depositaron cuidadosamente sobre un soporte preparado a tal efecto, al fondo de la iglesia, donde todo el mundo pudiera verlo, delante del pedestal tras el que aguardaba el padre Jorge para conducir la misa.

La puerta de la iglesia se cerró con un eco que sonó a muerte y desolación. Los familiares y amigos fueron tomando asiento en los pequeños y gastados bancos de madera. Muchos estaban cogidos de la mano.

El padre Jorge esperó a que todo el mundo estuviera sentado. Dio unos golpecitos en el micrófono para cerciorarse de que estaba conectado y comenzó.

—Queridos hermanos…

No pudo decir nada más.

La tapa del ataúd reventó en ese preciso instante y una figura surgió de su interior, una figura rápida y silenciosa, que llegó hasta el padre Jorge de un salto. Se colocó detrás de él y le rodeó el cuello con la mano.

El padre Jorge lo reconoció en el acto.

—Buenos días, padre —dijo Sombra sujetándole con fuerza—. Apuesto a que no esperaba verme de día. —Hubo gritos. Algunos de los presentes se levantaron—. Le recomiendo que les mande permanecer en sus asientos o presenciará una escena que lamentará en lo más profundo de su ser.

—Ellos no tienen culpa de nada —dijo el santo—. Me quieres a mí.

—Eso lo sé yo y lo sabe usted —repuso el vampiro—. Explíqueselo a ellos y nos ahorraremos muertes innecesarias.

Sombra le permitió alcanzar el micrófono. El padre Jorge habló, rogó a los asistentes que permanecieran en sus asientos. Sus palabras surtieron efecto y todos le obedecieron, a pesar del miedo que emanaba de sus pálidos rostros, sus ojos abiertos y sus manos temblorosas.

—Esta vez he podido hablar antes de que usted me lo permitiera, padre —susurró el vampiro—. ¿Será que esa misteriosa imposición solo funciona la primera vez? —Sombra apretó el cuello del anciano y le obligó a alzar la vista—. Imagino qué está pensando y tiene razón. Pero le advierto: si alguien intenta llegar hasta las lonas que cubren las cristaleras y retirarlas para que entre el sol, morirá mucha gente, y puedo hacerlo con dolor, con mucho dolor.

—No será necesario, hijo. Nada de esto lo es. Pensaba acudir a nuestra cita de esta noche.

—No lo pongo en duda, padre. Pero hubiera estado fuertemente protegido.

Un monje apareció corriendo por un lateral. Se abalanzó sobre el vampiro mientras gritaba una plegaria. El padre Jorge notó que su cuello quedó libre, escuchó un golpe seco y volvió a sentir la mano del vampiro estrangulándole, todo en menos de un segundo. El cuerpo del monje yacía a sus pies, boca abajo, inerte, con la cabeza

girada completamente y mirando al techo con los ojos aún abiertos.

—A esto me refería —dijo el vampiro—. De noche hubiésemos tenido más intromisiones de sus amigos los centinelas.

El padre Jorge suspiró.

—¿Tanto significa mi muerte para ti, hijo?

—En realidad, para mí no, para otra persona —dijo Sombra—. Recuerde que solo soy un mandado. Si no hubiera sido yo, habría sido otro. Debería haberme tomado en serio, padre, y no prestar tanta atención a sus obligaciones. Es muy difícil cumplir con ellas estando muerto.

—Hice lo que debía. Pero no se puede tener todo en esta vida. Ayer terminé mi cometido y finalicé algo mucho más importante que mi propia existencia.

—Me alegro por usted. Pero si no se hubiera dejado engañar por mis palabras, podría haber deducido mis verdaderas intenciones, que no eran obligarle a salir de la iglesia, sino todo lo contrario.

—Tus palabras no me engañaron, hijo. Fue tu alma, tu interior. Incluso tú eres capaz de obrar bien, y me consta que ya lo has hecho. Todo esto es parte de un plan superior.

—He oído eso con anterioridad —dijo Sombra—. Y la verdad es que nunca me ha importado si es cierto o no. Personalmente, prefiero pensar que yo soy responsable de mi propio destino, pero entiendo que a usted le consuele esa creencia.

—Es mucho más que una creencia.

—Lo que usted diga. Nunca niego consuelo a una víctima. —El vampiro acercó su cabeza al cuello del anciano. El padre Jorge sintió un aliento frío sobre su nuca—. Ha sido un placer conocerle, padre.

Una mujer se levantó y señaló a Sombra. Era mayor, le temblaban las mejillas por la rabia.

—¿Por qué haces esto? ¡Suelta al padre Jorge ahora mismo, asesino!

El vampiro la miró.

—Esto es entre el anciano y yo. No lo convierta en asunto suyo también, señora.

—Respeta sus vidas, hijo —rogó el padre Jorge.

La mujer se acercó al pedestal con paso tembloroso. Algunas personas la llamaron, le pidieron que regresara al banco y que no se involucrara, pero ella no hizo caso. Se detuvo a un par de pasos de ellos.

—No lo hagas —suplicó al vampiro—. Ya has matado a un cura. ¿No es suficiente?

—No —repuso Sombra—. No es una cuestión de cantidad. Vuelva a su sitio.

—No lo haré —dijo la mujer, obstinada—. Tómame a mí en su lugar. Libérale y mátame a mí.

Sombra tapó la boca del padre Jorge antes de que pudiera decir nada. Alzó la cabeza y centró su atención en la mujer.

—Muestra usted un valor impresionante —dijo con admiración—. No es

frecuente que alguien ofrezca su vida para salvar la de otro. Solo he visto a un padre y a una madre intentar un intercambio y sacrificarse por su hijo. Pero usted no es hija del bueno del padre Jorge. ¿Por qué lo hace?

—Porque él lo merece —repuso la mujer—. El mundo necesita a gente como él.

—¿En serio? En ese caso, no debe temer nada. Este hombre es un santo y su número siempre es constante. Otro nacerá en alguna parte para reemplazarle. Nunca aumentan ni disminuyen. Dígaselo, padre.

Apartó la mano de la boca del anciano, pero la dejó cerca.

—Es cierto, hija mía. No debes hacer ese trato…

Sombra le cubrió de nuevo la boca.

—¿Y bien? —preguntó mirando de nuevo a la señora—. Su argumento acaba de derrumbarse. ¿Sigue queriendo dar su vida por la de un hombre que ha vivido más de cien años?

—Por supuesto —repuso ella—. Es lo correcto, algo que un asesino no puede entender. Una persona decente…

—¿Y no será otra la razón? —soltó el vampiro—. Está usted excesivamente delgada. Le tiemblan las manos y su piel y sus uñas presentan un color poco saludable. Y sus ojos… Sí, tiene un problema muy serio. Le sorprendería mi capacidad para valorar la salud humana. Apuesto a que es un cáncer y en fase terminal. Su hora está próxima y quiere despedirse con un halo de gloria.

La mujer bajó la vista.

—Respeta su vida —dijo el padre Jorge—. Ella no tiene nada que ver.

—Ya lo ve, señora —dijo Sombra—. El padre Jorge no está de acuerdo.

—Yo he tenido una vida larga —siguió el santo.

—Demasiado para mi gusto —dijo el vampiro—. Es hora de acabar con ella.

Le mordió con una rapidez brutal, enterró los colmillos en el cuello del anciano. Le sujetaba la cabeza y el hombro mientras la sangre brotaba y salpicaba el suelo. Se escuchó un crujido. El cuerpo del padre Jorge se desplomó sobre el del monje, mientras la cabeza colgaba de la boca de Sombra. El vampiro la cogió y la lanzó a su espalda, para terminar rebotando contra una cruz de mármol.

La gente comenzó a gritar. Se levantaron y corrieron hacia la puerta de la iglesia, empujándose y ayudándose al mismo tiempo. Se detuvieron de golpe a pocos metros de la salida.

Sombra ya estaba allí, apoyado sobre la puerta con la mandíbula manchada de sangre, goteando.

—Nadie va a salir de aquí —dijo—. Esto aún no ha terminado.



13

Soplaba una brisa ligera entre las tumbas. De esas que acarician los rostros con suavidad, removiendo los cabellos y las prendas de vestir holgadas, susurrando en los rincones más apartados.

Sombra llegó al cementerio al caer la noche. Caminó hasta el montículo de tierra, como siempre que terminaba un trabajo, saboreando los olores y sonidos de un lugar en el que los mortales enterraban a sus semejantes, un sitio que para él ya no significaba nada.

No vio ninguna huella alrededor de la cruz de madera. Y eso no le gustó. El último pago debería estar enterrado según lo acordado o habría represalias. Sombra recordaba a Pablo, aquel hombre mayor y gordo que le había encargado el asesinato. El vampiro había sido muy explícito con él respecto a las consecuencias de no pagar. Tal vez no le había tomado en serio. Gran error.

Sombra no acostumbraba a proferir amenazas en vano. Su reputación de infalibilidad no se limitaba a la víctima en cuestión, también se extendía al cobro y a los plazos. Y Sombra se preocupaba mucho de cuidar su reputación, pues lo contrario no sería bueno para el negocio. Él siempre cumplía su parte del trato y exigía lo mismo del contratante, ya que si no, podría extenderse el rumor de que con él se podía jugar o negociar. Fue lo que le sucedió una vez, tras su finalizar su tercer trabajo. El pagador, un sujeto desagradable apodado el inglés, consideró que la víctima no había sufrido lo suficiente y exigió una reducción de la tarifa. El vampiro no discutió. Acabó con los guardaespaldas que le acompañaban, con todos menos con uno. Al que dejó vivo le dio el dinero que le habían adelantado como pago por matar al inglés.

El guardaespaldas aceptó.

—Presta atención —le dijo Sombra hablando despacio—. Si tu jefe, el inglés, no sufre tanto como considera que debería haber sufrido la víctima, me enfadaré. Si su

agonía no dura un mínimo de dos días, me enfadaré. Y si no te ocupas de que esta historia sea conocida, me enfadaré. Si me enfado, iré a por ti. Tendré que emplear mi tiempo en encontrarte, y para no considerar que lo he malgastado cuando podría estar ocupándome de otros asuntos, te mataré de un modo ejemplar.

Y se marchó.

Sombra no ganó un solo céntimo con aquel encargo, pero obtuvo algo a cambio, algo que no se puede comprar. Mejoró considerablemente su reputación y nunca más tuvo problemas con los pagos.

Hasta tal vez el día de hoy.

Sombra cavó el agujero. La caja de plata no estaba.

Se enfadó.

—Te pones muy mono cuando te cabreas.

Era Vela, por supuesto. Debería haberlo imaginado. No podía verla, pero era ella. ¿Quién si no?

—No estoy de humor.

—Eso ya lo veo. Tus ojos brillan. Tienes esa expresión severa, implacable, propia de un inmortal, de alguien superior. Ahora mismo eres más hermoso que cuando te alimentas. Tu atractivo ha crecido, me gustas…

La caja de plata salió volando de un árbol que estaba a la derecha, aterrizó en la tierra y resbaló hasta quedar justo a los pies de Sombra. El vampiro giró la cabeza en la dirección opuesta.

Allí estaba ella, sonriendo a un metro escaso de distancia, tan peligrosa como la misma muerte.

—Reconozco que no me esperaba que fueras tú quien me hubiera contratado —dijo Sombra—. No creía que quisieras ocultarte tras un mortal. Los consideras inferiores.

Vela se sentó a su lado.

—Precisamente por eso lo hice, para que no sospecharas. ¿No admiras mi genio? —Sombra no contestó—. Oh, no te apures. El dinero está dentro. Puedes comprobarlo. Conozco la seriedad con que te tomas tu trabajo, aunque sea un rasgo un tanto infantil, en mi opinión.

Sombra no tocó la caja de plata.

—¿Infantil?

—Sí. Tu orgullo te domina. Estás demasiado preocupado por tu reputación, por que los demás sepan que eres el mejor. Y no me digas que es por el negocio. Lo haces por ti. A quien de verdad quieres convencer de que eres infalible es a ti mismo. Los vampiros no tenemos nada que demostrar a los humanos. Aún tengo tanto que enseñarte…

Vela suspiró, inclinando la cabeza hacia atrás y dejando que su melena cubriera la espalda, juntando los labios sin que llegaran a tocarse. Era un gesto que realzaba su belleza y ella lo sabía. Estaba jugando con Sombra.

—Pues a pesar de mi orgullo y mi carácter infantil, siempre consigo mi objetivo.

—Matando humanos —puntualizó ella.

—Un santo no es un humano corriente.

—Es cierto, pero has tenido suerte —dijo Vela sin mirarle directamente.

Sombra contuvo las ganas de replicar, de señalar que había trazado un plan perfecto y que lo había ejecutado sin un solo fallo. Sin duda ella lo sabía, pero no opinaba igual.

—Reconozco que tienes valor, Sombra. Muy pocos vampiros se atreverían a actuar a la luz del sol. Por cierto, ¿cómo saliste de la iglesia?

—Esperé a que anocheciera. Tuve que matar a varias personas hasta que entendieron que pasarían el resto del día encerrados allí conmigo.

—Como te decía, fue un plan ingenioso para sorprender al santo, pero también fue una estupidez.

—¿Crees que hubiera sido mejor intentarlo de noche, cuando está protegido?

—Hubiera sido mejor pedir ayuda —dijo ella.

—¿Por eso viniste a verme? ¿Para asegurarte de que cumpliera tu encargo y te pidiera ayuda?

Vela soltó una pequeña carcajada.

—No, cielo, no. Eres demasiado orgulloso para pedir ayuda. En cualquier caso, como ya te he dicho, tuviste suerte. ¿No te preocupaba que alguien abriera el ataúd en medio de la calle?

—¿Con qué frecuencia ocurre eso? Siempre hay que asumir algún riesgo. Así resulta todo más excitante.

Ella asintió de un modo que dejaba claro que esperaba esa respuesta.

—¿Qué habrías hecho si hubiera habido centinelas en la iglesia?

—De día no estarían de guardia. Y solo habría dos como mucho. Les hubiera vencido.

—De noche tal vez hubieras acabado con ellos, pero de día es dudoso. Los centinelas no son estúpidos. No hubieran luchado contigo. Habrían ido a destapar las lonas para que entrara la luz y no habrías podido detenerlos a todos.

—Discrepo. Solo serían un par.

—Pero hubieran sido más, mi querido niño. —Vela se enroscó en su brazo y apoyó la cabeza sobre su hombro—. Como mínimo, cinco, si no hubieran tenido que atender otros asuntos…

Sombra lo vio claro en ese preciso momento.

—¡Fuiste tú! Tú mataste a Santana para que los centinelas fueran a investigar por la mañana.

Debería haberlo imaginado desde el momento en que su hermano le habló de esa muerte, pero estaba demasiado concentrado en el plan para matar al padre Jorge. Santana, el famoso pintor, era también un centinela y Vela sabía que su asesinato les mantendría inevitablemente ocupados, sobre todo de día, cuando un vampiro no es

una amenaza.

—Pues claro que fui yo. ¿Pensabas que la fortuna te había sonreído? Deberías alegrarte de que vele por ti. Agradece que descubriera tu plan y me ocupara de tapar los huecos. Eres demasiado temerario, Sombra.

La reprimenda no le molestó. Vela disfrazaba sus intenciones con sus jugueteos y su apariencia de estar seduciéndole, pero a pesar de sus palabras, Sombra estaba seguro de que ella admiraba su proceder. Muy pocos vampiros se habrían atrevido a asaltar una iglesia a la luz del día, tal vez ninguno. Y hacerlo de noche implicaría una especie de guerra abierta contra los centinelas, algo que no les convenía.

Lo que sí molestó al vampiro fue que Vela hubiera deducido su plan. Tal vez lo había logrado por ese vínculo que les unía, que le ligaba a ella por haberle convertido. Se sintió desnudo. Y tampoco fue un plato de buen gusto que ella hubiera encontrado un posible fallo. Le había utilizado, como si fuera un juguete que…

Una alarma se encendió en el interior de Sombra. Allí había más de lo que le había dicho. Recordó que en su momento le pareció extraño que le encargaran la muerte de un santo.

—¿Por qué lo hiciste a través del humano? Podías habérmelo pedido…

—Es obvio que no quería que supieras que era yo quien te contrataba.

Una evasiva. Vela seguía jugando.

—De acuerdo —dijo él—. Intentaré deducirlo. Sé que matar a un santo no tiene sentido. Otro nace en su lugar. Así que este debía de tener algo en particular que te molestaba.

—Al contrario. Había algo en el padre Jorge que me gustaba. Piensa, esfuérzate más.

—Entonces es por los vampiros. No quieren que provoquemos a los ángeles innecesariamente y sé que está prohibido matar a un santo. Me lo encargaste para hacerlo al margen de los demás, para ocultar tus intenciones.

Vela le dio unas palmadas en la espalda.

—Eso está mejor. Te estás acercando, pero te falta un detalle. Te asigné este trabajo, mi querido aprendiz, para que cargaras con la culpa si salía mal.

—Y para apuntarte el tanto, ahora que ha salido bien.

—Exacto.

A Sombra no le sorprendió tanta franqueza. No podía hacer nada al respecto y era el modo que ella empleaba para recordarle su superioridad y su domino sobre él. Después de todo, ella también era orgullosa.

Se encontraba en una situación delicada. Vela podía denunciarle a la comunidad de vampiros y le darían caza. Acabarían con él. Si no lo había hecho ya, era porque tenía otros planes, que con toda seguridad no le agradarían en absoluto.

—Me la has jugado bien.

—No temas, no es lo que crees. No te delataré.

Sombra no se tranquilizó.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¿Recuerdas que hablamos de aquel que no tiene alma?

—Sí, el Gris. ¿Qué pinta él en todo esto? ¡Un momento! Es el que mató al ángel… Aun así, no entiendo…

—Deja que te explique —dijo Vela—. Resulta que es un ser único, con varios problemas serios. Uno de esos problemas le obliga a coger prestada el alma de otro para poder confesarse. Tiene que hacerlo cada cierto tiempo o morirá. Además, no le puede confesar cualquiera, tiene que sentir el abrazo de Dios en su interior…

—Y le tiene que confesar un santo —terminó Sombra.

—Exacto. El padre Jorge era su confesor particular. Estaba muy interesado en ayudarle con su pequeño problema de ausencia de alma.

—Sigo sin entenderlo —admitió Sombra—. Si el Gris mató a un ángel, yo le veo como el mejor aliado que podíamos soñar. ¿Por qué cabrearle?

—Porque se niega a revelar el secreto —dijo Vela—. Va diciendo que no fue él quien mató al ángel, pero sabemos que miente.

—¿Y si dice la verdad? Si lo hubiera hecho, los ángeles habrían acabado con él.

Vela sacudió la cabeza.

—Piensa un poco más. Si ha matado a uno, tal vez tenga o sepa algo que le permite medirse con ellos. Sea como sea, tenemos que averiguar su secreto.

—Entiendo. Pero no veo por qué tanto rodeo. Podemos atraparle y obligarle a hablar. Conozco un par de trucos que le soltarán la lengua.

—No es tan sencillo, Sombra. No le conoces, no se trata de un hombre corriente. Aunque le atrapáramos no hablaría si no quisiera, y tampoco puedes intimidarle con tus truquitos. Eso está muy bien con los humanos, pero el Gris es especial. Se dice que no tiene sentimientos, así que no le podrás amenazar con nada salvo con su propia vida. Y descubriría el farol. Si hay alguien que no queremos ver muerto en estos momentos es precisamente aquel que no tiene alma. En esta ocasión necesitamos un enfoque diferente.

—Pero matar a su confesor no resuelve nada. Hay más santos.

—Pero muy pocos —se apresuró a recalcar Vela.

—¿Quieres que los mate a todos?

—No, Sombra. Ya te he dicho que hay que ser más sutil. Por suerte, el Gris es un hombre inteligente. Entenderá que si hemos matado a uno, podemos matarlos a todos. Y al ser el padre Jorge el elegido, sabrá que le enviamos un mensaje a él. Con uno es suficiente. Lo que cuenta es la amenaza. Así estará más predispuesto a hablar con nosotros.

Y si conseguían el secreto del Gris, sería ella la que se encargaría de llevarlo ante los demás vampiros. Así Vela ganaría respeto entre los suyos y podría aspirar a ser la líder, lo que de verdad ambicionaba.

Mientras, él seguiría siendo un simple peón que se encarga del trabajo sucio. Tendría que pensar en algo para cambiar su situación, pero de momento no se le

ocurría nada. Mejor no darle muestras a Vela de su intención de traicionarla en cuanto tuviera la ocasión.

—Me alegro de que estés contenta, Vela, y de que tu plan vaya tan bien. Eres una maquinadora temible. Me rindo ante ti. Entiendo que ya no soy necesario ni hay nadie más que matar. Ve con los demás vampiros y disfruta de tu éxito. No me importa.

—Entiendes mal. Aún te necesito.

—¿Qué? —dijo Sombra sin disimular su enfado.

—Pensé que era evidente —dijo Vela acariciando su rostro—. Al Gris no le gustará lo que has hecho. Eso nos ahorrará tener que buscarle. Antes o después, Sombra, el Gris irá a por ti.



Anochecía. La luna estaba oculta por las nubes, pero se podía presentir su resplandor a través de la sucia cristalera que recorría el centro del techo.

Estaban en una nave industrial abandonaba, entre las placas de yeso laminadas que delimitaban las antiguas oficinas. Había una mesa alargada y metálica, sobre la que descansaban dos grandes maletas con las más modernas cerraduras.

Jesús y sus dos hombres estaban a un lado de la mesa. Raúl se había situado enfrente, también escoltado por dos corpulentos guardaespaldas. Así habían acordado realizar la venta.

—Muestra la mercancía —exigió Jesús—. Quiero echarle un vistazo.

Raúl giró su maleta de modo que Jesús pudiera ver su contenido cuando la abriera.

—Por supuesto —dijo—. No encontrarás nada mejor.

Una colección de bolsas de plástico transparente, cuidadosamente amontonadas, quedó a la vista cuando se alzó la tapa de la maleta. Estaban rellenas de polvo gris claro: la heroína.

Jesús no se fiaba de nadie. En aquel negocio no existían los amigos, menos cuando se iba a desembolsar una cantidad de dinero tan grande a un nuevo proveedor. Era la primera vez que hacía tratos con Raúl y eso aumentaba su desconfianza. Casi todo el mundo intentaba sacar más beneficio del que correspondía, sustituyendo la droga por otra sustancia en algunas de las bolsas, mintiendo sobre su pureza, adulterándola… La lista de tretas era interminable.

—Quiero comprobarla —dijo en un tono que no dejaba lugar a la discusión.

Raúl asintió.

—No hay problema. Enseña el dinero y podrás hacerlo.

Jesús hizo un gesto con la cabeza. Uno de sus hombres abrió la maleta y mostró los fajos de billetes tan bien colocados como las bolsas de heroína.

—Ahí no está todo —apuntó Raúl tras un rápido vistazo.

—Está la mitad —repuso Jesús—. En cuanto hayamos comprobado la droga,

verás otra maleta igual que esta sobre la mesa.

Raúl hizo una mueca, pero estuvo conforme.

—De acuerdo, pero no quiero jugarretas extrañas —advirtió. Cogió una de las bolsas de heroína—. Aquí tienes.

—Prefiero escoger la bolsa yo mismo, si no te importa.

Se miraron. Hubo un momento de tensión.

—Desde luego —dijo finalmente Raúl, empujando la maleta—. Sírvete tú mismo.

Jesús removió las bolsas de plástico, sacó una de las que estaban al fondo y se la pasó a su hombre. El guardaespaldas cortó la bolsa con una navaja pequeña, tomó una pequeña muestra con el dedo y se la metió en la boca.

—Parece buena, jefe.

—Pero no lo es —dijo alguien más.

Los seis traficantes cruzaron una mirada de alarma.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Jesús.

Uno de sus hombres cerró rápidamente la maleta del dinero y la arrastró hacia él. Los guardaespaldas de Raúl hicieron lo propio con la heroína.

—He sido yo.

Un hombre salió de la esquina más alejada de la estancia. Caminaba lentamente, sin hacer ruido. Los cuatro matones le apuntaron con sus armas. Cuando estuvo bajo la luz del fluorescente, se vio que no llevaba nada en las manos. No parecía nervioso por las cuatro pistolas que le encañonaban. Llevaba unos vaqueros desgastados y unas playeras amarillas, bastante chillonas, tenía el pelo castaño y largo, rozando los hombros.

—¿Qué es esto? —preguntó Jesús—. Acordamos traer solo dos hombres como escolta. Si es un truco…

—No es de los míos —le interrumpió Raúl—. No le había visto nunca.

—En efecto —dijo el desconocido—. No soy de los suyos, ni de los tuyos tampoco. Me llamo Sombra y solo he venido a hacer una pequeña demostración. No voy armado, no hay razón para alarmarse.

Jesús miró a Raúl, que se encogió de hombros.

—Te estás jugando la vida, amigo.

—¿Qué mierda de nombre es Sombra? —preguntó Jesús, que aún no sabía qué pensar.

—Un apodo, obviamente —contestó Sombra, indiferente.

Llegó hasta la mesa.

—Espera un segundo —dijo Raúl—. Me suena ese apodo. Es el de un asesino a sueldo o eso he oído. Uno caro.

—Uno que nunca falla —dijo Sombra—. Pero no voy a matar a nadie, lo he prometido. Y yo siempre cumplo mi palabra.

—Eso me parece muy bien, señor asesino a sueldo —dijo Jesús—. Ahora será mejor que te largues mientras puedas.

—No te conviene en absoluto —repuso Sombra—. He venido a decirte que esa droga es falsa. Te están timando, señor traficante de heroína.

Jesús fulminó a Raúl con la mirada. Las pistolas cambiaron de objetivo con un movimiento rápido, los matones reaccionaron apuntándose entre ellos.

—¿Qué? —bufó Raúl—. ¡Eso es absurdo! ¿Cómo te atreves?

—¿Es cierto? —preguntó Jesús muy serio.

—Por supuesto —contestó Sombra—. ¿Qué gano mintiendo en eso?

—Te la estás jugando —amenazó Raúl—. ¿Cómo podrías saber que la heroína no es auténtica?

—Eso es irrelevante —repuso Sombra.

Raúl se puso tenso.

—Está mintiendo —le dijo a Jesús—. Tu hombre lo ha comprobado. Puedes meterte un chute y verás que no has saboreado una heroína mejor en tu puta vida.

—Yo no pienso meterme esa mierda, jefe —dijo el matón que había catado la droga—. Si el tío raro tiene razón, a saber qué veneno me estaré metiendo en el cuerpo.

—Yo lo haré —se ofreció Sombra—. Así nadie tiene que arriesgarse. Es una solución perfecta. Si no os gusta el resultado, me podéis acribillar. Tú, Jesús, comprobarás si lo que he dicho es cierto. Y tú, Raúl, no tienes nada que temer si tu droga es tan buena como dices. Todos ganamos.

—Me parece bien —dijo Jesús.

—Y a mí —dijo Raúl—. No tengo nada que ocultar. Yo soy un hombre de negocios íntegro.

—Excelente —dijo Sombra—. Si hacéis el favor de bajar las armas, me pondré a ello ahora mismo.

Raúl y Jesús hicieron un gesto a sus hombres, que bajaron las pistolas, pero no las enfundaron.

Sombra alargó la mano y cogió una bolsa de heroína. Uno de los matones de Raúl se adelantó.

—Eso no se toca sin permiso.

Lanzó un puñetazo. Sombra elevó la mano izquierda y detuvo el golpe sin apenas moverse, atrapó el puño del guardaespaldas en pleno vuelo y apretó. El hombre cayó de rodillas, suplicó, se le escapó un grito y se quejó del dolor. A pesar de ser un auténtico mastodonte de más de cien kilos de músculo, Sombra le manejó con facilidad, con una sola mano, sin ni siquiera dedicarle una mirada.

—No vuelvas a tocarme. —Apretó más. El hombre chilló. Sombra le dio una patada en la cara y lo dejó inconsciente—. ¿Por dónde iba? Ah, sí, la prueba. ¿Puedo? —añadió señalando la droga.

Raúl asintió, deslizó una mirada a su guardaespaldas y luego se centró de nuevo en Sombra. El asesino extrajo la droga y la calentó sobre una cuchara.

—Con esa dosis podrías matar a un elefante —le advirtió Raúl.

—Tanto mejor para ti —dijo Sombra—. Yo muero y tú demuestras la pureza de tu mercancía.

Raúl se encogió de hombros.

Sombra llenó la jeringuilla hasta el límite, dejó a la vista su brazo izquierdo y se inyectó la droga delante de todos los presentes, dejando que lo vieran con toda claridad.

—Ya está hecho.

—Te quedan segundos de vida, imbécil —dijo Raúl con desprecio.

—Si es heroína, sí —repuso Sombra.

Apoyó las manos en la mesa y sonrió. Les miró a todos de uno en uno.

—No es posible —dijo Raúl pasado un rato.

Sombra le miró.

—Yo diría que sí es posible.

Luego abrió el maletín con el dinero, sacó tres fajos y empezó a hacer malabarismos con ellos. Jesús apretó los puños mientras veía su dinero pasar de una mano a otra con una coordinación y precisión absolutas.

—Mi droga es de la mejor calidad —dijo Raúl al advertir la mirada de Jesús. Tenía un hombre menos y la situación se estaba poniendo muy difícil por momentos —. Te lo juro.

—¿Y cómo explicas eso?

Jesús señaló a Sombra, que continuaba añadiendo fajos a su ejercicio de malabarismo. Cinco montones de dinero, sujetos por una goma, bailaban entre las manos de Sombra.

—Qué bueno soy.

—Me has intentado engañar —dijo Jesús—. Eso no lo tolero.

—¡No! —gritó Raúl.

Jesús fue más rápido. Desenfundó su arma y disparó. Le alcanzó a Raúl en el pecho, que cayó al suelo, seguido medio segundo después por su guardaespaldas, que había sido acribillado por los matones de Jesús.

Sombra dejó el dinero sobre la maleta.

—Supongo que quieres un pago por haberme avisado de esta trampa —dijo Jesús guardando su arma—. Te lo mereces. ¿Cuánto quieres?

—Ya me han pagado, no te preocupes —contestó Sombra—. Yo nunca hago nada gratis.

—¿En serio?

—Sí. Buen disparo, por cierto. Ahora tengo que irme. Pero antes… —Se agachó junto a Raúl, que aún no estaba muerto. Tenía el jersey empapado, le salía sangre por la boca y apenas podía respirar. Le quedaba muy poco de vida—. Antes de que mueras quiero decirte algo. Es que me gusta que la gente sepa por qué muere. —Hizo una pausa, acercó la boca hasta casi rozar la oreja de Raúl y susurró—: Recuerdos de Tedd y Todd.



FERNANDO TRUJILLO Sanz (Madrid, España, 1973). Escritor madrileño, que comenzó su carrera literaria como un pasatiempo en que entretener las horas de insomnio. El año 2010 supuso una vuelta de tuerca en su trayectoria, ya que empezó a publicar sus historias en el mercado digital.

En poco tiempo, *El secreto del tío Óscar* (junio 2010) y *La última jugada* (julio 2010) escalaron puestos hasta encabezar las listas de Amazon en la categoría de suspense y misterio. También ha publicado *El secreto de Tedd y Todd* (agosto 2010), *La Biblia de los caídos* (mayo 2011) y, en colaboración con César García Muñoz, *La prisión de Black Rock* (octubre 2010) y *La guerra de los cielos* (diciembre 2010).